

My. Alberto Taborga T.

BOQUERÓN



GUERRA DEL CHACO

Diario de Campaña

Prohibida su venta



Ministerio de Trabajo,
Empleo y Previsión Social

Biblioteca Laboral N° 40

Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social

Título: "Boquerón", Diario de campaña. Guerra del Chaco

Autor: My. Alberto Taborga T.
Combatiente en la Guerra del Chaco, formó parte
del contingente que resistió en el Fortín Boquerón.

D.L. x-x-xxx-xx

Tomado de Editorial Canata, La Paz-Cochabamba 1956

Distribución Gratuita
Enero 2016
La Paz - Bolivia



BOQUERÓN

(DIARIO DE CAMPAÑA)

Guerra del Chaco

My. ALBERTO TABORGA T.

ÍNDICE

A modo de introducción.....	6
Prefacio.....	21
Confirmatoria del Cnl. Marzana, Héroe de Boquerón.....	22
Prólogo.....	27
Boquerón (Diario de Campaña).....	31
Prisioneros de Guerra.....	109
Epílogo.....	115
Anexos.....	118
Proclamas del Alto Comando del Ejército en Campaña.....	124
Notas.....	129

A MODO DE INTRODUCCIÓN

I.

Este libro es una contribución relevante al conocimiento de lo que fue la batalla de Boquerón (del 9 al 29 de septiembre de 1932) durante la Guerra del Chaco.

La Guerra del Chaco constituyó para Bolivia la quiebra del estado oligárquico de la rosca minero-feudal, puesto que la derrota generó el malestar que impulsó a las mayorías nacionales a enjuiciar sobre la miserable situación del país y la incapacidad de la rosca para seguir conduciéndolo. Fue el principio del fin, en pocos años se produciría la Revolución Nacional del 9 de abril de 1952, que echó por tierra el edificio estatal que la oligarquía había construido desde la fundación de la república en 1825.

En términos generales, las clases dominantes, la clase media y otros sectores laborales y poblacionales con acceso a la ciudadanía (o sea la minoría nacional) consideraban de manera indubitable que sin mucho esfuerzo el país derrotaría al Paraguay, a lo sumo en unos tres meses. Como lo sentenció el Presidente Daniel Salamanca Urey: “pisaremos fuerte en el Chaco”.

Varios elementos se articularon para generar un imaginario social de enorme superioridad material, suficiente como para aplastar al vecino país sin mayores contra-

tiempos. Entre tales elementos se tienen:

- Mayor extensión geográfica.
- Mayor cantidad de población (si se incluye a la población indígena originaria campesina).
- Riqueza económica superior basada en la producción minera y de petróleo para exportación.
- Mejor equipamiento militar.
- Supuesta capacidad superior para el combate, así como glorias militares.
- Menor camino que recorrer para decidir la guerra, sólo había que cruzar el río Pilcomayo que era la frontera entre ambos países, según los mapas históricos, y capturar la capital Asunción.

La realidad mostró la equivocación.

La extensión geográfica no pesaba a favor, más bien en contra por las dilatadas rutas que debían seguir las tropas para trasladarse al teatro de operaciones, en un país que no estaba vertebrado por caminos y ferrocarriles, a diferencia del Paraguay que tenía capacidad inmediata para acercarse a las líneas de combate.

La cantidad de población no influyó sino al final de la campaña, cuando se vio que Bolivia podía reemplazar las bajas de manera más eficaz (a pesar de tener el doble de bajas que los paraguayos, sólo en muertos Bolivia perdió 50.000 hombres), lo que para el oponente

fue grave por la despoblación masculina que sufrió a fines del siglo XIX en la guerra de la Triple Alianza que sostuvo contra Brasil, Argentina y Uruguay. Pero al inicio de las operaciones, el Paraguay hizo un llamamiento general de sus reservistas, mientras que Bolivia convocó sus reservistas por escalones, de manera que hasta muy entrada la contienda no fue superior en esta materia. Además, pesó también el criterio del Estado Mayor General de que en el Chaco no era necesario un ejército mayor a cinco mil hombres para toda la campaña, lo cual hizo que Bolivia no tuviera una mayor concentración de tropas en el lugar y momento oportuno.

La riqueza económica tampoco influyó habida cuenta del bloqueo de material militar que se impuso a los contendientes que perjudicó más a Bolivia que a Paraguay, que recibió a préstamo o crédito el material necesario de Argentina y Brasil que no fueron neutrales durante la contienda a pesar de las proclamas formales; por otra parte las impresionantes primeras victorias paraguayas le permitieron hacerse de un enorme parque como botín de guerra tomado al ejército boliviano.

Como se dijo, el equipamiento militar superior boliviano pronto se redujo hasta que ambas partes quedaron equiparadas. En cuanto a capacidad militar, el soldado paraguayo demostró estar en similares condiciones y en varias ocasiones decisivas, en superiores condicio-

nes. Y si de glorias se trata, baste recordar la guerra de la Triple Alianza.

Finalmente, una cosa era lo que mostraban los mapas respecto a la frontera común y otra la realidad en el Chaco, que ya estaba ocupado por el Paraguay sobre las orillas opuestas de los ríos Paraguay y Pilcomayo, y donde Bolivia no tenía mayor presencia.

Precisamente, ante esa realidad concreta, el expresidente Hernando Siles Reyes y su Estado Mayor, decidieron tomar acciones conducentes a mejorar la situación boliviana en la zona, para lo cual se mejoraron y construyeron caminos de penetración igual que la ampliación de líneas férreas o la construcción del puente sobre el Pilcomayo que no pudo concluirse a tiempo. Asimismo se diseñó todo un dispositivo militar de cuarteles en el Chaco para sentar soberanía y preparar las bases ante una posible y futura guerra. Lo propio en cuanto a la masiva compra de armamento, sin el cual Bolivia hubiera perdido irremediablemente la guerra. Pero todas estas previsiones no fueron suficientes. La mentalidad del presidente Salamanca y su desconocimiento de la situación concreta, así como los elementos ya mencionados complotaron contra la idea general de que sería fácil vencer en esa campaña, sin tomar en cuenta otros aspectos no menos importantes como el desconocimiento de la naturaleza del lugar, a la que acudieron los bolivianos

del altiplano o los valles, que tuvieron que aclimatarse y aprender a sobrevivir en un medio adverso y hostil.

II.

En fin, una serie de acciones militares emprendidas por el ejército boliviano con la captura de una laguna (Chuquisaca o Pitiantuta) y el fortín paraguayo Antonio López que la guarnecía, precipitó la guerra desde el 15 de junio de 1932.

Represalias y contrarepresalias, materializadas en tomas y retomas de fortines, dieron lugar a que Bolivia hubiera ocupado el fortín Boquerón, amenazando desde allí dislocarse al este hacia Isla Poi que era su cuartel general quebrando así el dispositivo militar paraguayo en el Chaco o virar hacia el sur camino a Asunción. Ante esa situación, el coronel José Félix Estigarribia, comandante de las fuerzas paraguayas, en el mes de agosto dispuso que era vital retomar Boquerón, operación que aparentemente no ofrecería ningún esfuerzo, habida cuenta de la resistencia que habían estado oponiendo ambos ejércitos durante los dos meses anteriores en esas tomas y retomas; bastaría entonces, a su parecer, abrir fuego nutrido y a la carrera arrollar a los defensores, que por sentido común o instinto de supervivencia deberían replegarse a líneas más seguras.

El Estado Mayor General boliviano no había dispuesto ningún plan de avanzar hacia Isla Poi para quebrar la

resistencia militar paraguaya, ni algún otro plan para descolgarse hacia Asunción y acabar la guerra. Sencillamente porque para ello se necesitaban grandes cantidades de tropas y de equipo, así como de una enorme logística para el abastecimiento; aspectos todos en su conjunto, de los que no disponía el ejército boliviano; y que como ya se indicó no estaban dentro de la idea conceptual de lo que sería la contienda en el Chaco.

En esas condiciones, para Bolivia constituyó un esfuerzo enorme el atrincherar y artillar el fortín Boquerón, llevando seiscientos diecinueve hombres hasta el lugar. La idea entonces fue fijar al enemigo en ese lugar, sin que esté claro qué es lo que pensaban que posteriormente debía suceder dentro de un plan general de carácter estratégico. La enorme concentración de fuerzas que el Paraguay impuso con el paso del tiempo para la captura de Boquerón, hizo que Bolivia entendiera que estaba frente a una acelerada escalada militar no prevista y que la guerra podría tener un desenlace no imaginado, si es que no una mayor duración, además de que habría de consumir mayores cantidades de hombres y materiales, los que no había manera de llevar al Chaco en breve tiempo. En comparación a la acumulación de fuerzas por parte de Paraguay, Bolivia no tenía prácticamente casi nada que oponer en todo el Chaco, que no fueran débiles cantidades de tropas de la Cuarta División dislocadas en una línea de fortines que para entonces iban de Boquerón hasta Villamontes.

Esa evolución de la situación militar en el Chaco generó que el Paraguay intentase arrollar Boquerón para avanzar rápidamente hacia el norte barriendo los fortines bolivianos. Claro, Paraguay no creía en la información de que Bolivia no tenía tropas en el Chaco, de lo contrario, ¿por qué los bolivianos se aferrarían a Boquerón?, si no iban a ir tras Isla Poi o Asunción ¿qué sentido tenía quedarse en Boquerón? Si Bolivia no tenía fuertes concentraciones militares cerca a Boquerón para iniciar las acciones ofensivas ya indicadas, debía tenerlas para garantizar una defensa eficiente de ese lugar de avanzada, de la cuña al medio del dispositivo paraguayo que era Boquerón. Los manuales militares señalan que una posición defensiva elegida voluntariamente para que sea cercada debe tener afuera del cerco el correlato de una fuerza que opere contra el oponente evitando o rompiendo el cerco a voluntad para abastecerlo en caso de necesidad, atacando al enemigo en los flancos, desgastándolo, y llegado el caso ser parte de una contraofensiva para la derrota de dicho enemigo.

Nada de eso sucedía en Boquerón para el caso boliviano.

Realizado el cerco reglamentario de Boquerón por parte del Paraguay con dos líneas, una contra el fortín y la otra contra cualquiera que intentase romper el cerco o sitio, los dados estaban echados.

La imposibilidad paraguaya para arrollar Boquerón generó un altísimo nivel en la moral de la ciudadanía boli-

viana, para la cual Boquerón y sus soldados eran invencibles. Para el Paraguay era más complicado, puesto que el acopio de materiales y la acumulación de tropas no daban resultado contra el fortín. De haber conocido o creído lo que de verdad sucedía detrás de Boquerón, los paraguayos hubieran avanzado por los flancos del fortín y se hubieran adentrado hacia el norte en línea paralela al río Pilcomayo, hasta donde hubiese llevado el empuje de su ofensiva, en el mejor de los casos hasta la captura de Villamontes, todo lo cual no hubiera durado más que pocas semanas; pero en la inteligencia de que posiblemente en Boquerón hubieran cuatro mil soldados y detrás muchos más, entonces, eso obligaba a capturar primero el fortín antes de aventurarse al norte por la victoria.

Para los defensores, su situación quedó clara a los pocos días de iniciado el cerco. Se dieron cuenta de que no había suficientes fuerzas en retaguardia para romper el sitio, peor para emprender una contraofensiva. No eran parte de una operación mayor. En todo caso, comprendieron que cada día que ellos pudieran amarrar a esa posición a un enemigo numéricamente tan superior, era un día ganado para la patria, en sentido de que desde el interior del país pudieran acercarse y concentrarse en el Chaco las fuerzas suficientes como para poder repeler al oponente una vez que Boquerón colapse. A pesar de esperar los refuerzos tantas veces

prometidos, sabían de su situación. Su misión era una misión suicida, el objetivo era ganar tiempo, evitar que las fuerzas paraguayas avancen hacia el norte, el precio era su vida. La guarnición de Boquerón supo cumplir a cabalidad y mucho más de lo que el deber exigía, la misión encomendada.

Ahí radica la grandeza del hecho. La tropa boliviana conocía a la perfección su destino, y asumió su papel hasta el final.

En todo caso, día a día que transcurría, la opinión pública en ambos países, le otorgaba a Boquerón un valor moral y militar cada vez mayor, más épico y heroico, de cuya captura o defensa dependería el curso del resto de la guerra. Siendo que militarmente, en esas condiciones Boquerón no tenía ningún valor y que pudo ser abandonado sin mayor problema al comienzo, sí al comienzo, después su valor, en el sentido indicado, se incrementó hasta las nubes.

Resolver el tema de Boquerón para ambas partes se convirtió en asunto de triunfo o derrota, de vida o muerte.

III.

El texto que presentamos, con un resumen cronológico de acontecimientos que marcaron la historia del país (propio de los diarios de campaña), crónicas y memorias escritas por un oficial del contingente boliviano

como protagonista directo, el My. Alberto Taborga T., en el lugar donde se produjo uno de los capítulos históricos más decisivos y brutales de la guerra del Chaco: la Batalla de Boquerón.

De este modo, en el libro se manifiesta la relación viva que existe entre el autor y la descripción de los momentos más terribles que se vivieron en la toma del fortín, la desorganización, la improvisación y las crueles condiciones de vida en el frente.

La guerra del Chaco, en la que se enfrentaron Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935, sin duda constituyó el conflicto más trágico y sangriento del siglo XX en Latinoamérica. Sus consecuencias tuvieron enorme importancia en los procesos políticos y sociales posteriores de ambos países. Pero sin duda alguna permanecerá siempre en el recuerdo la Batalla de Boquerón, donde un disminuido grupo de soldados bolivianos escribieron la más bella página del heroísmo americano.

Desde el 7 de septiembre Boquerón estuvo sitiada.

Al amanecer del día 9 de septiembre de 1932 se inició el ataque, cuando el ejército Paraguayo rodeó la defensa boliviana del fortín Boquerón con alrededor de dos mil hombres que pronto se incrementaron a cinco mil y después a catorce mil.

La resistencia de los bolivianos durante días soportan-

do bombardeos de artillería y continuos asaltos, fue heroica con sacrificios consumados en aras de la defensa de la patria.

El 14 de septiembre recibieron la orden terminante proveniente de Palacio de Gobierno, debiendo aceptar la misión histórica que el destino les había impuesto, dentro un concepto esencialmente militar, la consigna que para ellos significaba la sentencia de muerte:

“BOQUERÓN DEBE RESISTIR HASTA QUE MUERA EL ÚLTIMO HOMBRE”.

La orden del Cnl. Manuel Marzana, Comandante del fortín reitera lo siguiente:

“Para su lectura a la tropa en todos los Puestos de Combate.

“Jefes, Oficiales y Soldados de Boquerón: El dedo de la fortuna nos ha señalado el insigne honor de representar en esta batalla al pueblo de Bolivia, a sus instituciones y a la salvaguardia de su honra nacional. Nuestro deber es llegar al convencimiento de que el enemigo podrá pasar después sobre nuestros cadáveres, con el RES-
PETO QUE INFUNDE LA MEMORIA DE LOS SOLDADOS QUE SUPIERON CAER COMO LEALES DEFENSORES DE SU BANDERA;
Jefes, oficiales y soldados de Boquerón:

“¡SUBORDINACIÓN Y CONSTANCIA!”.

Leída la orden, los soldados se ponen de pie, y tocados en lo más íntimo de su ser, por el efluvio de su probado patriotismo y pese al agotamiento físico, llenan el aire con un fuerte: ¡VIVA BOLIVIA!

Más de tres semanas de duro asedio. Se ven obligados en varias ocasiones a frenar el avance con varios contraataques, manteniendo una fiera resistencia en espera de refuerzos, cada día que resistieran significaba una aproximación de los soldados del ejército de Bolivia al teatro de operaciones, aunque no para liberar Boquerón; así continuaron su feroz resistencia ya sin esperanza de victoria, los alimentos y el bastimento se agotaban, las enfermedades y los numerosos heridos imposibilitaban continuar luchando, pero antes que rendirse preferirían morir.

Una vez agotadas municiones, agua y comida los soldados bolivianos estaban físicamente aniquilados, los paraguayos irrumpen las zanjas creyeron, al no recibir respuesta al fuego, que los bolivianos se habían rendido es así que toman prisioneros a los oficiales bolivianos. El comandante Paraguayo no admitía que para ese momento, Marzana hubiera combatido sólo con doscientos cuarenta hombres, otros doscientos estaban heridos y el resto muertos.

Se llegó a decir en aquel tiempo con orgullo entre los testimonios de excombatientes de la Guerra del Chaco que al Coronel Marzana no lo vencieron los 15.000 soldados paraguayos en los 23 días de asalto. Se dijo que al Coronel Manuel Marzana lo venció la sed.

Oficiales y soldados del Paraguay saludan con lágrimas a los valientes de Boquerón. Los guerreros también saben llorar, todos se encuadran y saludan. El autor anota:

Son los soldados que por veintitrés días nos han atacado furiosamente, hasta vencernos, refiriéndose a la campaña militar boliviana.

Esos militantes fueron al Chaco siendo tenientes y sus grados los ganaron con valentía en cruentos combates. Testimonio de ello son las cicatrices que llevan en sus cuerpos.

Que la actuación de estos servidores de la patria deje en nosotros un precedente que seguir, que su fervor patriótico nos sirva de ejemplo.

El repaso de estos hechos históricos permite comprender el proceso que vive el país, es momento de crear consciencia. Tomemos en cuenta que la responsabilidad no descansa sólo en los líderes de un país o en aquéllos que han sido elegidos para hacer un trabajo concreto. Está individualmente en cada uno de nosotros, no hay que olvidar el sentimiento de patriotismo de los combatientes de Boquerón. Que nos impulse a

desarrollar una nueva mentalidad en la sociedad y en los servidores públicos, para que tengan consciencia de que, para ser respetados, tienen que tener una actitud diferente.

El permitido orgullo que debe tener una servidora o servidor en función pública es asegurarse que los usuarios sepan que cumple su tarea en forma eficiente. Luchando día a día por alcanzar metas que beneficien a todos los bolivianos.

Un factor básico para que avance el proceso de cambio es una administración pública con un espíritu distinto, con una mentalidad diferente, con auténtica vocación al servicio de las mayorías nacionales; si no lo hacen así, demostrarán una gran cobardía moral.

El bienestar en nuestro país será posible siempre que los servidores públicos estén comprometidos en transformar al país, es grande la responsabilidad por eso es fundamental que el actuar sea ético y con eficiencia, sensibilidad, honestidad para brindar una mejor atención a los ciudadanos. Que el ejemplo de los defensores de Boquerón nos guíe en ese camino.

Recordemos pues, con recogimiento la última orden en Boquerón:

“A las 3 am de ese decisivo 29 de septiembre, el Cnl. Marzana dictó la siguiente orden:”

- 1.- El Oficial Carlos Ávila enterrará la bandera nacional en un lugar secreto para que no caiga en manos enemigas.
- 2.- Agotadas todas las municiones, el material de combate deberá ser destruido.
- 3.- Los soldados y oficiales se mantendrán en sus puestos de combate hasta el último sacrificio.
- 4.- En el asalto final del enemigo, deberá defenderse a todo trance a los heridos y enfermos.

¡Oficiales y soldados del Destacamento: ¡Subordinación y constancia!”

Es necesario señalar que la bandera fue salvada por el subteniente Clemente Inofuentes, quien no permitió el entierro sino que se apoderó de ella, la enrolló en su cuerpo y así marchó prisionero al Paraguay, guardándola hasta su regreso a la patria.

Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social

enero de 2017

PREFACIO

Este bello libro me ha conmovido. He seguido el curso de sus páginas y el impetuoso torrente de sus anotaciones con estremecida emoción. Taborga ha descrito con la majestad de la sencillez uno de los episodios más extraordinarios de la guerra humana.

Es el libro del coraje y de la tristeza. Del sacrificio y de la inmólación serena, pero angustiada. Éste es el libro del “dolor adormecido”, como expresa en uno de sus más culminantes momentos.

No pude ni puedo hacer crítica de él. Se me llenó en el corazón y rebasó por mis lágrimas. Grande escritor de un episodio vivido, de esos que llenan toda una vida, en apenas unos cuantos días.

Históricamente ésta es la mejor historia de la llamada “Batalla de Boquerón”.

Lo ponderarán todos los bolivianos, como lo hago, honradamente, con los nervios amarrados a sus páginas que destilan sangre, fiebre y exterminio.

La Paz, 18 de septiembre de 1955.

PORFIRIO DIAZ MACHICAO

CONFIRMATORIA DEL CNL. MARZANA, HÉROE DE BOQUERÓN

La Paz, 30 de Septiembre de 1955

*Señor Mayor D.
Alberto Taborga T.
Presente.*

Mi apreciado Mayor y amigo:

*He leído con suma atención su manuscrito “BO-
QUERÓN” (Diario de Campaña), que constituye in-
dudablemente el vivo reflejo de lo que un puñado de
valientes vivió y sufrió en las memorables jornadas de
esa titánica defensa.*

*Entonces, como ahora, mi pensamiento ha vivi-
do con la permanente invocación de los mejores, que
en esas duras batallas dejaron la vida como holocausto
de un superior porvenir de nuestra patria.*

*Es para mí, motivo de íntima complacencia,
la consulta que se sirve formular, a su jefe de ayer,
sobre el relato y publicación del trascendental he-
cho de armas del cual fue Ud. uno de sus destaca-
dos actores. Considero que al anotar en el papel
esos acontecimientos sobresalientes y de profunda*

autenticidad, abriga la intención de demostrar a la vindicta pública, que aquello no fue un simple suceso bélico, sino algo profundo, magistral y significativo: que la epopeya de Boquerón consumada con la claridad del agua cristalina, sin lugar por lo tanto a torcidas interpretaciones, fue llevada a cabo principalmente con el propósito firme de defender el acervo económico de la Nación: sus PETRÓLEOS. Para ello dimos el tiempo necesario y suficiente al grueso del Ejército en Campaña, para que se hiciera presente en el teatro de las operaciones, objetivos de los que nos hallábamos compenetrados y convencidos. Y eso mismo, como punto de partida donde un pueblo aprendió a rescatarse con el sacrificio y coraje sin medida de sus 600 soldados, comandados por una brillante oficialidad que supo multiplicarse en sacrificio y decisión juntamente a su tropa. Pero, ante todo, debo hacer resaltar que en aquel drama la heroicidad de esos oficiales y tropa, fue realizada con el más profundo y alto concepto de disciplina, no economizando la voluntad de vencer, bajo la obsesionante idea de que defendían las Petroleras de Camiri, Sanandita y el Bermejo. Todos y cada uno de ellos comprendieron, me consta, como una segunda naturaleza, su obligación de defender, lo que en el futuro constituiría la fortuna del petróleo por sobre otras para esta Patria.

Tengo el convencimiento de que las generaciones futuras de Bolivia, sabrán aquilatar en su justo valor, la inmolación de los soldados que en defensa espartana del solar patrio, dejaron a la posteridad un ejemplo, una enseñanza más y el recuerdo de un episodio que lo reconocen todos.

Nuestros muertos que ya pertenecen a la eternidad gloriosa por sus heroicas hazañas, forman parte del acervo patrimonial de nuestros mejores fastos gloriosos. Los oficiales, clases y soldados que subsisten de ese grupo de 619 hombres, considerarán que su tarea de intérprete y narrador de la veracidad histórica del asedio de Boquerón, como testimonio irrefutable de lo que fue el ejemplar comportamiento de ellos mismos, generalmente no apreciado en toda su magnitud por los propios actores, y sí escarnecido y vilipendiado por quienes jamás comprendieron la entraña viril de nuestro pueblo, que en esa hora, como en otras de sacrificio, dio lo último: la vida.

El transcurso de los años, además de tender velos de silencio y de olvido, ha ocasionado que nuestros mejores hombres de Boquerón resulten anónimos ciudadanos, sin vivencia social alguna, precisamente por el hecho de que quienes, -como ustedes, mis oficiales, clases y soldados-, que cumplieron con su deber, no precisan de dádivas fáciles y banales de sus compatriotas.

Creo firmemente, que para ellos y para la juventud de Bolivia, los vivos brochazos de autenticidad cruda que terminó de leer en su libro, servirán como ejemplo estupendo de una acción valerosa y, fundamentalmente, como experiencia dolorosa de las flaquezas de nuestra institucionalidad balbuciente.

Por último, permítame querido amigo y camarada, antes de terminar, referirme a una realidad que diariamente la vemos superada y pujante: en América han terminado, gracias a Dios, y para siempre, las luchas fratricidas entre hermanos del común acervo indoespañol. La dolorosa experiencia de la tragedia chaqueña, no servirá como aliciente a nuevas aventuras belicistas, los americanos de habla latina tendrán también su parte de enseñanza en la realidad desnudamente humanista de sus relatos y comprenderán que los errores de las cancillerías que culminan en desbordantes sangrías, no volverán a repetirse y que en estas tierras americanas, solamente el trabajo y la paz florecerán como fundamento de la educación de nuestros hijos.

Le felicito por sus afanes de aportar a la Historia Militar de la Guerra del Chaco, con trabajos originales, que sin duda alguna, han de contribuir a formar concepto cabal, también en lo profesional, sobre lo que fue el ataque y la defensa del Fortín Boquerón por las tropas bolivianas.

Su amigo y camarada de armas, le testimonia su más sincero agradecimiento por la justicia que recuerdan sus escritos en cuanto al reconocimiento del valor, pujanza y convicción cívica de mis demás oficiales y soldados. Estoy seguro que la publicación de su Diario de Campaña, unirá, en el común anhelo de seguir sirviendo a la Patria, a todos aquellos que vivieron los hechos convincentes de ese inolvidable mes de septiembre de 1932.

Que el espíritu patriótico y altruista que guió los pasos de los hombres de Boquerón, se mantenga fortalecido por aquel episodio escrito con sangre de valientes, para la Historia de Bolivia.

Su sincero amigo y camarada.

Coronel MANUEL MARZANA OROZA

PRÓLOGO

DIEN BIEN PHU es el contemporáneo pendón del orgullo francés. Fortaleza que soportó los embates de prolongado cerco, porque la ciencia ultramoderna estuvo a su servicio: desde el confortable y ágil helicóptero, hasta el fiel teletipo, que hacía ver a sus protagonistas como la opinión mundial seguía intrigada, minuto a minuto, a las variaciones de su asedio.

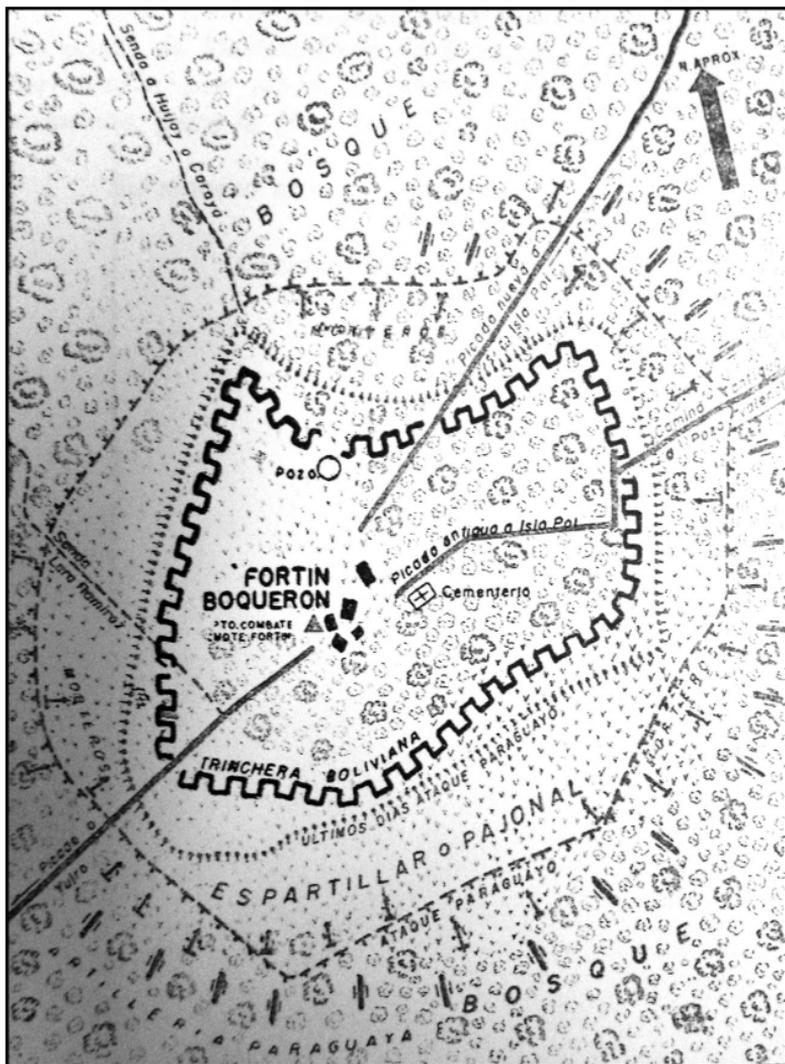
Los desapacibles galos han suspendido al Olimpo de la gloria a los defensores de Dien Bien Phu. ¿A qué altura tendría que exaltar la Nación Boliviana a sus 619 soldados de Boquerón, que durante 23 días diezmaron a 15.000 sitiadores paraguayos?

De tan clásicos guerreros fueron su escudo: leños de quebracho que a menudo se inclinaron, impotentes, ante el estallido de las granadas demoledoras, para luego formar en caprichosos arabescos, los túmulos funerarios de su inmortal celebridad.

Si algunos países se vieron forzados a divinizar a dudosos héroes, para adornar las páginas de su historia, los bolivianos, sólo debemos atenernos al ejemplo que nuestra raza prodigó, en los hechos magníficos que su destino sacrificado le plugo cumplir. Las gestas de la Confederación, del Pacífico, del Acre y del Chaco, muestran los escenarios en que nuestro valor campeó;

son el crisol de un temple inconmovible: la edificante prueba de que merecemos ser hijos de un Pueblo esforzado y heroico, por lo mismo, orgullosos de su cimera tradición.

EL AUTOR



CROQUIS DE LA LÍNEA DEFENSIVA DEL FORTÍN BOQUERÓN. Las líneas rojas marcan las posiciones del ataque paraguayo en progresión a través de los 23 días de la Batalla.

BOQUERÓN
(DIARIO DE CAMPAÑA)
GUERRA DEL CHACO

Cuando seudoestadistas civiles y militares tomaron a su cargo la conducción de una Guerra fatalmente perdida, antes de comenzada, por sus notables imprevisiones, un puñado de humildes soldados del Ejército Nacional, mantuvo enhiesto el pabellón patrio ante la arremetida paraguaya, sin que nube alguna de deshonor obscureciera el fulgor de sus colores. Y lo hizo hasta el último sacrificio, en el histórico recinto de Boquerón.

La resaca de los intereses politiqueros ha cubierto con herrumbre de olvido la gloriosa epopeya, acervo de una generación de combatientes, preteridos en épocas de bonanza, pero magníficos en las horas de dolor y de prueba, ante la indiferencia de los que no pudieron o no supieron lucir el kaki honroso en los cañadones del *Infierno Verde*.

Pueblos poco intelectualizados, como el nuestro, son fácil presa de las sofisticaciones demagógicas partidistas; pero es deber de probidad patriótica mostrar a los que nos suceden, nuestros desbarajustes institucionales, nuestras desgraciadas improvisaciones y tradicional abulia cívica en la concepción cabal de lo que se llama: la responsabilidad..

A la juventud de mi Patria ofrezco el crudo recuerdo de las horas de prueba que por suerte me cupo vivir, con emoción, sentimentalismo de adolescente y convicción nacionalista de soldado, en el memorable CERCO DE BOQUERÓN.

AGOSTO 1932

Inusitada febrilidad agita a oficiales y soldados del Fortín Boquerón. Hace treinta días logramos apoderarnos de este reducto paraguayo. Una breve escaramuza nos hizo dueños de él. También, y sufriendo considerables bajas, hemos logrado izar nuestra bandera en los mástiles de Corrales, Toledo y Huijay (Carayá). Apreciamos estas victorias como fáciles e intrascendentes. Juzgamos que no obedecen a la más elemental concepción estratégica.

Se advierte claramente que nuestro Gobierno y el Alto Comando sólo tratan de atemorizar al Paraguay con posturas arrogantes y de prepotencia insubstancial. ¿Creerán así obligarlo a claudicar en sus demandas con respecto al territorio en disputa? Pienso que los paraguayos no cederán a la intimidación. De su tradicional empecinamiento en la defensa de su “honor patrio” dieron muestras inequívocas en la Guerra de la Triple Alianza. Además, se hallan muy arraigados en el terreno. Un ferrocarril proveniente de Puerto Casado les aproxima a los puestos adelantados. Caminos de primera clase, pozos de agua bien ubicados y zonas industriales o agrícolas colonizadas por “menonitas” abastecen a sus primeras líneas defensivas.

Isla Poi es el objetivo de nuestro próximo ataque. Tengo la certidumbre de que ese intento nos re-

sultará fatal. Se sabe que el reducto está fortificado y alambrado en un frente de seis kilómetros. Nosotros sólo contamos con un efectivo operante de 1.500 hombres desperdigados en un frente de 800 kilómetros, vale decir en toda la zona S. E. del Chaco.

Carecemos del más primordial servicio de abastecimiento. La logística es ciencia ignorada por nuestro Alto Comando. En el léxico cuartelero se emplea una expresión prosaica, pero gráfica, que dice: “barriga llena, lleva pies”.

Recordamos que, para la toma de Fortín Toledo hemos tenido que efectuar una marcha forzada de 70 Km. en 12 horas. En ese avance no pudimos contar con una sola gota de agua. En tan precarias condiciones ¿podremos amagar a Isla Poí?

De cuando en vez llegan noticias de La Paz. La prensa capitalina estimula el espíritu belicista de Salamanca. De su tonante actitud participan los diplomáticos que nos representan ante los “neutrales” en Washington. Diplomáticos y prensa sostienen con fanfarronería, que el aguerrido Ejército del Altiplano, avanza incontenible “barriendo” a las huestes guaraníes contra el Río Paraguay ... La divisa del momento es: “PISAR FUERTE EN EL CHACO”, como lo proclamara el “HOMBRE SÍMBOLO”, nuestro introvertido gobernante.

El chauvinismo en las ciudades crece desbordante ante las bravatas de los Generales. Uno de ellos prometió expulsar a “látigo” a los invasores del Chaco ... La vieja camarilla de jefes “salamanquistas” ha contraído un solemne compromiso: entregar a su “líder político”, un Puerto sobre el Río Paraguay.

AGOSTO 1932

El Coronel David Toro retorna al país del asilo chileno para asumir la Jefatura de Operaciones del Alto Comando. Actuó en la revolución que encumbró a Saavedra, dicen, al precio de una respetable suma... Posteriormente fue Ministro de Gobierno de Siles para sostener su “prórroga” presidencial.

Toro es hombre desaprensivo y ambicioso. Hizo su figura a base de camarillas y entre oficiales corrompidos, para luego incursionar en la especulación política, siempre hablando a nombre del Ejército.

¿Vendrá al Chaco a cobrar represalias contra los que le derrocaron el año 30?

Se habla también de que el General Hans Kundt sería invitado a regresar al país, para asumir el mando del Ejército en Campaña ... ¿También este mercenario teutón se tomará sus represalias, con los que le hicieron oposición durante el tiempo que despóticamente manejó el Ejército enseñándole sólo la rigidez de ca-

ducos e inoperantes reglamentos militares? La oficialidad incontaminada intuye en Kundt y Toro, como a los hombres más funestos de la época. El tiempo nos lo dirá.

AGOSTO 1932

El Alto Comando sostiene enfáticamente, que el Paraguay sólo podrá movilizar un máximo efectivo de 5.000 hombres... ¿A qué clase de informaciones se atiene para anunciar públicamente la inferioridad numérica del enemigo? ¿Cómo obligaremos a retirarse del Chaco a estos empecinados guerrilleros, que marcan los árboles con sus cuchillos, proclamando: “¡Viva el Mariscal Solano López!”. “El Chaco es Paraguay”...?

La inminencia del peligro nos une fraternalmente a oficiales y soldados. Cada día los “pilas” nos sorprenden con emboscadas imposibles de evitarlas o repelerlas. Se pasean por el enmarañado bosque como Pedro en su casa. Nosotros no sabemos internarnos unos metros en la espesura. El sentido de la orientación nos falla a los altioplánicos, como les fallaría a los silvícolas en nuestros páramos andinos. Las “caraguatas” y las “uñas de gato” rasgan la piel y destrozan a girones la ropa. ¡Una descarga!... y caen uno o dos de los nuestros. No tenemos con qué curarlos.

AGOSTO 1932

De La Paz acaban de arribar algunos orondos turistas, entre ellos, el periodista de “La Razón” Guillermo Céspedes Rivera, el Coronel Francisco Peña, el Mayor Alfredo Santalla Estrella y otros, encabezados por el atildado General en Jefe Carlos Quintanilla. Se manifiestan locuaces y pletóricos de una dinámica patriótica capaz de acabar en el acto con los enemigos que se presentaran. Según ellos, todos los bolivianos somos héroes... Sin embargo, permanecen apenas una hora en el Fortín. No les place saber que los “pilas” merodean por el contorno.

El Capellán Luis Alberto Tapia, después de celebrada la Misa de Campaña, nos imparte su bendición. Se lo agradecemos de veras. Nos hacía falta para bien morir. No hay más que verse en trance difícil, para recordar las emotivas oraciones que nos enseñara la madre nuestra. Es preciso reconocerlo, la palabra del Padre Tapia reconforta el ánimo, va envuelta en ternura y carece de la petulancia que domina a los demás de sus acompañantes. Le obsequio un capote paraguayo, de los que encontramos en la toma del Fortín Toledo.

AGOSTO 1932

Sufrimos un serio contraste. El Fortín Huijay o Carayá (paraguayo), ha sido recapturado de sorpresa.

Su Comandante, el Mayor Raimundo Cárdenas, abandonó a su tropa ante la inminencia del envolvimiento. Personalmente vino a Boquerón a dar cuenta del desastre, como si no hubiera tenido a su mando estafetas. El Subteniente Néstor Valenzuela, quedó allí cumpliendo su deber como oficial de honor, hasta terminar el último cartucho. Han caído en esa acción dos prisioneros; el enemigo sabrá aprovechar sus informaciones. El Coronel Marzana, nuestro Jefe, increpa duramente a Cárdenas. Le ordena volver inmediatamente a su puesto; pero ya es tarde. Cárdenas es enviado a retaguardia para ser juzgado.

AGOSTO 1932

Los rastros felinos de los satinadores paraguayos van haciéndose cada vez más notorios y frecuentes. El Subteniente Humberto Núñez del Prado acaba de regresar de un reconocimiento a Pozo Valencia (Puesto Avanzado de Isla Poí). Ha traído heridos a dos de sus soldados; uno de ellos ha muerto al entrar al Fortín; el otro, el soldado Alvarado, tiene la mandíbula destrozada. El infeliz nos espanta, con sus alaridos. Su agonía es espeluznante.

La lobrete se hace insoportable. Nadie puede dormir. De cuando en vez rompe el silencio algún disparo. Son los centinelas avanzados que abren su fuego contra enemigos imaginarios o contra las alimañas del

bosque. Es difícil dominar los nervios al hombre destrozado por largas vigili­as, en los ámbitos solitarios de las marismas chaqueñas. El huajojó y las pavas silvestres ponen una nota macabra en el rumor de la espesura. Los zorros hambrientos contribuyen al nerviosismo general con sus lúgubres aullidos.

AGOSTO 1932

¡Nuevas noticias de La Paz! Crónicas periodísticas sostienen que el sistema defensivo de nuestro Fortín está hecho a base de casamatas de acero Y «blockhouses” de cemento armado. Que el mayor Santalla, en el espacio de una hora que estuvo de visita entre nosotros, nos habría dado directivas de alta ingeniería para la construcción de esas fortificaciones, según él, “inexpugnables”... Acabamos por creer lo que dicen los periódicos de La Paz, y, con el General Quintanilla, que somos invencibles...

Nuestros gobernantes y diplomáticos han decidido negociar una tregua o suspensión de hostilidades por treinta días. Aprovechando esta tregua, los paraguayos nos han desalojado de Carayá y de Rojas Silva ... No se nota que el Alto Comando esté adoptando medidas de seguridad o de abastecimiento en la retaguardia. Estamos “colgados” a 150 Km de Muñoz, asiento del Alto Comando. Doblamos nuestros esfuerzos para conseguir un sistema defensivo primitivo, porque no contamos sino con palas, picos y unas cuantas hachas

que utilizamos por riguroso turno entre las unidades que guarnecen el Fortín; si Fortín puede llamarse a esta aguada a cuyo rededor se ha acampado, se ha cavado zanjas de 0.80 m de profundidad y se han hecho parar chozas de barro que aquí llamamos “pahuichis”.

El poder combativo de los primeros días va resintiéndose, pues se ve muy claramente que hemos perdido la iniciativa en la acción bélica y en lo diplomático. ¿A qué plan obedecerá esta tregua de treinta días? ¿Será cierto que del Norte van descolgándose las legiones de refuerzos que tanto anhelamos? Todo coincide en presagiar el desencadenamiento de una terrible catástrofe. ¿Qué será de Bolivia?

Si nosotros constituimos la vanguardia hacia el enemigo, si somos la punta de lanza de la conquista, si debemos llegar los primeros al Río Paraguay, ¿cómo es que no tenemos cañones, fusiles, municiones, víveres, agua, zapatos, una elemental estación de radio o un destartalado camión aguatero? ¿Y el miedo, el obsesionante miedo de sabernos desamparados, con la retaguardia desguarnecida? ¿No serán los estadistas y los generales, unos dementes e irresponsables? ¿Será que la inminencia del peligro nos va haciendo cobardes? ¿Quién les ha convencido a los parlamentarios, periodistas y doctores, que nosotros podemos alcanzar el Río Paraguay en “tres meses”? La política de la guerra

no ha sido tomada en cuenta. Todo el Continente cree que nosotros somos los agresores... Estamos aislados de la simpatía internacional.

AGOSTO 1932

El insociable Salamanca, apartado de toda convivencia mundana, se empeña en frenar la necesaria socialización de Estado, que debería ser aplicada en estos decisivos instantes de nuestra vida republicana, ya que ningún país puede ir a la guerra sin antes haber logrado esta previa transformación.

Bolivia, aislada del resto del Continente, por su mediterraneidad geográfica, pierde, por obra imprevista de un cazurro gobernante, todo contacto con los países que pudieron haber sido inclinados a su causa. Porque sin su cooperación, los resultados de esta contienda serían catastróficos.

El “estadista” Salamanca y los generales de viejo cuño, ignoran, que movilización general, significa el desdoblamiento, total y absoluto, de las energías morales, económicas e industriales de la Nación, aprovechadas en relación directa de los factores geográficos, de la producción agrícola, de la solución de problemas sociales, de la adaptación climatérica de los combatientes en el terreno en que actuarán, de los sistemas de transporte y, por último, de la facilidad de comunicación interna y

con el mar. Más claro: debiéramos estar seguros, de que las válvulas de salida y entrada al territorio nacional, en manos de los países que nos enclaustraron, no serán cerradas por consignas internacionales, que nos impidan el reaprovisionamiento de vituallas y armamentos.

Este conjunto de factores positivos para la defensa de la patria, siéndonos de hecho adversos, no pesan sin embargo en la conciencia de nuestros conductores. El ánimo y la moral del pueblo, sufrirán incurable aplanamiento, cuando se le anuncie el primer traspie originado por estas imprevisiones.

Porque no basta la sola voluntad de vencer, ni es suficiente tener razón o justicia en pleitos de esta monta, ni será el número de hombres que se aliste bajo banderas, por obligación cívica, lo que determinará el resultado final; sino la vitalidad general del pueblo en armas.

Las multitudes, exacerbadas por los chauvinistas, debieran ser contenidas en sus eufóricos ímpetus, por gobernantes con don de mando terminante y visión de responsabilidad histórica; porque esas multitudes, desarmadas y sin equipo, equivalen a dóciles rebaños precipitados al despeñadero. Pero, tras esta cruenta experiencia, deben caer, el mito de una “élite” de puercos y taimados políticos y los prejuicios de un pueblo deslumbrado por el falso brillo de unos cuantos galonados,

ahora jinetes apocalípticos, sobre corceles desbocados, que nos llevan al abismo.

Pero ya nada hay que hacer, ¡la suerte está echada!

¡Nuevas noticias de la Capital! En La Paz, la alta sociedad se afana por dar los últimos toques a un gran baile de fantasía. ¡Se trata de seleccionar a las “¡bellezas departamentales!” ...

SEPTIEMBRE 8 DE 1932

Se percibe un ruido intenso de camiones. Es la señal inequívoca de aproximación del enemigo. Nuestro Jefe ha elevado el parte respectivo al Comando de Muñoz. La respuesta no se deja esperar: “Es necesario dominar al miedo”.....Nos apresuramos a limpiar la maleza que rodea los parapetos. Las distancias de tiro están calculadas. Talamos callejones profundos en la maraña, por donde tendrán que avanzar obligadamente los “pilas”. Mis posiciones dominan un campo despejado o pajonal de ochocientos (metros) por ochocientos. Es probable que se inicie el ataque por este sector. Coincide con la desembocadura del camino antiguo de Pozo Valencia.

El enemigo avanza rápida y simultáneamente. Una columna progresa a lo largo de la Recta Isla Poí - Boquerón; otra por el camino de Pozo Valencia. Son grandes masas de gente. No se cuidan de hacer ruido.

No sospechábamos que los paraguayos planearan una ofensiva de tan grandes proporciones. Presentimos la derrota antes de comenzada la batalla decisiva.

La situación se torna más comprometida. Nos sentimos solos. No podremos resistir la avalancha.

Reunidos los oficiales alrededor del fuego, masticamos hojas de coca mezcladas con azúcar. Esto aquieta los nervios. ¿Es misión de cobertura la que nos está señalada? ¿Dónde está el grueso de nuestras fuerzas principales? Pienso y deduzco: Plaza sitiada, Plaza tomada.....

SEPTIEMBRE 9 DE 1932

Las cuatro de la madrugada. Ante la presión de las avanzadas enemigas se han replegado nuestros puestos adelantados. Estamos listos. Va despejando la niebla. Los dientes castañetean y es imposible dominar el temblor de las piernas...

Las cinco. La artillería y los morteros enemigos rompen los fuegos, iniciando su preparación de ataque. Se oye un griterío feroz. Los “pilas” se esfuerzan en amedrentarnos, quieren aparentar con sus alaridos mayor número del que realmente deben contar. Suenan sus bandas de música: “Campamento” y “Cerro Corá” son las polcas épicas paraguayas que más les enardecen. Los proyectiles 105 vienen con un ruido peculiar, como

si estuvieran envueltos en papel de seda. Las explosiones son desmoralizadoras. Dan la impresión de oír caer un piano sobre un tablado.

Las ocho. Se inicia el ataque frontal. De la orilla del monte que queda a mi frente surgen tropas a caballo. En el flanco izquierdo ya se ha comprometido el combate. Observo: dos escuadrones progresan por el ancho pajonal, sin precaución alguna, sin intervalos, marchando al trote. Con gritos y ¡hurras! nos desafían. Sus risotadas nos son claramente perceptibles. Se acercan. Tenemos orden de vigilar estrictamente el empleo de munición. No debe dispararse sino a distancias mínimas. Nuestros soldados contemplan absortos, más con curiosidad que con temor, las maniobras de la caballería enemiga. A los seiscientos metros inician los escuadrones su asalto al galope. Chillan como vaqueros que arrean ganado. Minutos anhelantes “¡Añá-nembuí..Añáracopeguaré... Bolis...Viva el Paraguay”! Oímos por primera vez su grito de guerra.

Faltan contados segundos para que rebasen los 400 metros que tenemos marcados en el terreno. Los dedos se aferran nerviosamente a las gargantas de fusiles y ametralladoras....¡Ya! Doy la señal con un pitazo....Vomitan las pesadas. Se sacuden las livianas. No cesa la fusilería. ¡Hierve, por fin, el caldero de la guerra!

Espesa polvareda se levanta al frente... Se despeja... Diez minutos ha durado el primer amago. El R.C. 2 “Coronel Toledo” ha sido desbaratado en su primer intento. Sólo quedan caballos sin jinetes galopando por el campo, sus relinchos parecen pedir “alto el fuego”. El rechazo ha sido fulminante. Ayes, lamentos y clamor de heridos...

Dura y aleccionadora experiencia para la Caballería enemiga. Ha sido obligada a desmontar sin voz de mando...

Al fragor sigue apacible calma. Nos abrazamos frenéticamente, con alegría criminal... Nuestros soldados salen de sus madrigueras para recoger armas, municiones, equipos y bolsas de víveres de los muertos paraguayos. Probamos el gusto desabrido de la clásica galleta paraguaya. Fumamos “charutos” de tabaco fuerte. Nos aprovisionamos de yerba mate.

A mi izquierda: Dávila, Guzmán e Inofuentes, tienen aferrado al enemigo, en la parte de nuestras trincheras que los paraguayos han bautizado con el nombre de la “Punta Brava”. Ellos han sufrido muchas bajas. Yo, apenas cuento cuatro heridos.

Frente a la “Punta Brava” han caído en el primer asalto los mayores paraguayos Rivas Ortellado y Melgarejo, comandantes de Batallón de los Regimientos “Corrales” y “Curupaytí”, respectivamente.

A las quince horas, se reinicia el ataque. La preparación de artillería ha durado dos horas y media. Entra en pleno la I División Paraguaya, comandada por el Mayor Carlos G. Fernández. Está integrada por los Regimientos “Mongelós”, “Corrales”, “Curupaytí” y “Coronel Toledo”. Atacan por oladas. Parecen estar decididos a la acción final. Se oye: “¡Calar yata ganes!”.

Nuestros tiradores no se dan tregua. Matan hombre por hombre. Los paraguayos casi no atinan con el blanco. Son tropas bisoñas. Sus proyectiles pasan muy alto. Carnicería feroz aniquila sus filas.

Al ímpetu de los primeros, sigue una prudente y cautelosa actitud. No pueden protegerse en el campo despejado. Nuestros soldados, ahora, encaramados en las ramas de los árboles, no desperdician un solo cartucho. Obscurece... Gritos extraños para nosotros se desperdigan en el ámbito de una obscuridad sembrada de dudas. Los camilleros paraguayos llaman por sus nombres a sus heridos ¡Jaraaá!....¡Frutos. ! ¡Irála...¡Algunos responden. Otros, jamás se levantarán.

Cerrada la noche, entra al Fortín, como refuerzo, una Compañía del “14 de Infantería”, comandada por el Capitán Tomás F. Manchego.

SEPTIEMBRE 10 DE 1932

Toda la noche ha hostigado la artillería enemiga.

Apenas clarea, se reinicia la batalla. Es alarmante nuestro gasto de munición. La única pieza de artillería 7,5 con que contábamos ha sido batida. Seis de sus sirvientes han volado junto a ella. Su Comandante, el Teniente Jorge Calero, se ha salvado milagrosamente.

Al atardecer retornan las patrullas de contacto que fueron destacadas hacia las sendas de Lara y Castillo. El cabo Sústach informa que cerca a Yujra se comprometieron en un cuerpo a cuerpo con fracciones enemigas; que el sargento Alberto Cuadros, de Oruro, fue capturado prisionero por unos minutos, que al ser liberado de viva fuerza por sus compañeros, le encontraron andando a tientas, pues le habían vaciado los ojos... Tu vieron que rematarlo. Sústach da el Parte sollozando... Él tiene el cuero cabelludo desgarrado. Un proyectil le alcanzó en la escarapela de la gorra.

Indefendible postura la de los combatientes de Boquerón. Como está cerrada la tenaza de acero paraguaya sobre el pequeño círculo de nuestras trincheras, ocurre que el fuego enemigo dirigido contra cualquier sector, al pasar alto en su trayectoria, hiere fácilmente la espalda de los defensores que guarnecen el frente contrario. No sabemos pues si protegernos del fuego frontal o del que viene de atrás... Intrincado tema táctico que ningún sabihondo escritor de rígidos manuales y reglamentos podría descifrar...

SEPTIEMBRE 11 DE 1932

Apenas clarea, truenan artillería y morteros. El enorme efectivo del enemigo le permite rebasar y cerrar el contorno de nuestras posiciones, que no tienen sino un perímetro de mil doscientos metros. Los “pilas” han cortado los hilos telefónicos que nos comunicaban con Yujra. Organizan ataque tras ataque. Sin embargo, los Regimientos “General Aquino”, el “Lomas Valentinas” y el “2 de Mayo” no han podido reconquistar Boquerón.

Horas 6. Vuela un avión nuestro sobre el Fortín. Deja caer un mensaje lastrado. Es una proclama del General Quintanilla. Junto a ella hay una orden: II-XX 32 hs. 15.30... “El enemigo se encuentra en mal pie. El Destacamento Peñaranda atacará al enemigo que sitia Boquerón. Esta noche enviaré víveres y municiones. El Presidente de la República, el Comandante del Cuerpo de Ejército y el de División, felicitan por segunda vez a los heroicos defensores del “Verdún” boliviano. Sosténganse diez días más, que el Primer Cuerpo de Ejército romperá el sitio de Boquerón. (Fdo.) General Quintanilla”.

“Esta noche enviaré municiones y víveres”...

¿Lo hará mediante los arcángeles del cielo? «Sosténganse diez días más”... ¿Tendrá planeado algún golpe estratégico para aprovechar esos diez días?

El enemigo se encuentra en mal pie”... ¿Y mi General Quintanilla, en qué pie se encuentra?

SEPTIEMBRE 12 DE 1932

Los morteros nos enloquecen. Su sonoridad al explotar es desmoralizadora. No conocíamos esa arma mortífera... Un prisionero herido nos informa que a la entrada del Campo de Boquerón, por Yujra, ha sido masacrado un Batallón del “14 de Infantería” que venía en refuerzo nuestro. Su Comandante el Mayor Lairana, ha caído prisionero.

(Este desgraciado suceso nos fue favorable a los sitiados. Interrogado Lairana sobre el número de tropas existentes en Boquerón, respondió: “4.000 hombres”... Estigarribia engañado por el dato, resolvió emplear todo su poder ofensivo sobre Boquerón. 4.000 hombres, cercados, en cualquier momento podrían contraatacarle y desbaratar su retaguardia. . . De esta manera quedó estacionado su avance en profundidad y no se animó a progresar sobre el Fortín Arce, con lo que habría arrollado a las insignificantes fracciones escalonadas en ese sector, a paso de vencedores, hasta las petroleras de Sanandita y Camiri. Comprendida por nosotros la situación, nos decidimos a “aferrar” al grueso paraguayo. Los estrategas de nuestro Alto Comando no se dieron por entendidos ni de nuestra intención ni de nuestro sacrificio, que a la larga debían

devenir estériles. La verdad fue, que en Boquerón, sólo habían 619 defensores).

“Pechando monte” nos ha sorprendido gratamente el ingreso al Fortín, del Capitán Víctor Ustárez, con 40 hombres del Regimiento “Loa” 4 de Infantería. Su refuerzo es celebrado con alborozo. Le conocemos: es un baquiano temerario. Tiene en sí mismo una confianza que sorprende. Su intuición táctica nunca le falla. Ustárez es poeta y músico. Diserta sobre literatura y compone versos. Ejecuta el violín como un exquisito virtuoso. Domina varios dialectos de las tribus chaqueñas. Los “pilas” le temen porque saben de su larga experiencia en el monte. Le llaman el “charata” Ustárez.

Sabemos que el “6 de Caballería” ha sido desbaratado al intentar romper el cerco. Su refuerzo no habría sido decisivo. Sólo fracciones minúsculas de esa unidad han conseguido infiltrarse en Boquerón.

Los combates se suceden en forma intermitente. Observo que mis soldados piensan y proceden como uno solo. Entre ellos los hay de toda la República. Junto a Limachi y Sullcamaita del Altiplano, pelean Matarima y Chipanari de Chiquitos. No están ausentes los Quiroga e Iriarte de Cochabamba o el cruceño Aguilera de Portachuelo. Va despertando en mí un nuevo sentimiento de íntimo nacionalismo. Veo defendiendo el honor de la bandera nacional a hijos de todas las comarcas bolivianas.

Los soldados Escóbar, totoreño, y Ayaviri de Pacajes, son instintivamente sanguinarios; practican serenamente la “caza del hombre” y sienten la fruición del que elimina al enemigo racial. El segundo, a no dudar, descende de aquel famoso Cacique Macurí que saciaba su sed bebiendo la sangre de sus víctimas en un cráneo humano.

Escóbar fija una rayita en un tronco cada vez que voltea a un “pila”. ¿Los indios son cobardes? No saben a conciencia qué es Patria, pero se empeñan en fiera lucha con quienes intuyen son adversarios suyos o, más propiamente, de los oficiales que les comandan. Sumisos, sobrios, estoicos. ¡Cómo combatirían si tuvieran terruño propio que defender u hogar fijo que recordar!

El INDIO, siervo secular del feudogamonalismo criollo, fue despojado de sus “ayllus” y “comunidades” mediante engaños o a la fuerza. Desde entonces deambula por valles, trópicos y cordilleras, en procura de magros rendimientos, sin que jamás pueda conseguir la ventura de saberse dueño de nada, ni siquiera de su nómada libertad. Acude al cuartel, tal vez porque en el mismo busca refugio espiritual o porque cree que así quedará incorporado a la civilización. Es el único que, entre nosotros, cumple lealmente con la Ley del Servicio Militar Obligatorio.

Está a mi lado, atenta la vista al enemigo. De vez en vez otea el horizonte con retina de águila. Se preguntará ¿qué defiendo? ¿Juzgará que está en peligro la hacienda del amo? Se dirá, ¿por qué, sólo yo, ofrendo mi vida para defender a los de atrás? Se dirá, ¿dónde están los patrones, los “karas”?

¡Hermano Indio, Indio macho, si sobrevivo, diré quién fuiste en la trinchera!

Boquerón está guarnecido por el Regimiento “Campos” 6 de Infantería, por fracciones de los Regimientos “14” y “16”, más una sección del Regimiento “Lanza” 5 de Caballería. Por Regimiento se conoce en este frente de operaciones, a la unidad constituida por tres compañías de fusileros de 100 hombres cada una y una sección de ametralladoras pesadas; sin artillería de acompañamiento.

Con los refuerzos que pudieron ingresar al Fortín después de iniciado el ataque paraguayo, el total de nuestro efectivo alcanza a 619 combatientes.

El “Campos” 6 de Infantería, al cual me honro en pertenecer, fue y es, la unidad meritoria con cuyos esfuerzos se logró la apertura de caminos y sendas de contacto hacia la línea de fortines paraguayos, peligrosa misión que los soldados del “Campos” cumplieron bajo la acechanza de emboscadas y golpes de mano del

adversario, desbrozando la maraña con el machete en una mano y el fusil en la otra.

Mi Regimiento es una institución con características definidas por el pensamiento y la acción de quienes formamos en sus filas. Al conjuro de su venerado nombre, que evoca al pionero de las expediciones chaqueñas, don Daniel Campos, sentimos la necesidad de emularlo, cumpliendo concienzudamente las misiones que nos encomendara el Comando Divisionario, desde un año antes de iniciada esta campaña.

Mis soldados están inculcados de singular obstinación patriótica. El haberlos instruido desde el primer día de su conscripción militar, asegura la firmeza de sus convicciones cívicas y lealtad hacia la autoridad que invisto; pues les convencí en el cumplimiento de sus obligaciones para con la sociedad a la que se deben; les enseñé el manejo teórico y práctico de las armas que usan; inicié su elemental conocimiento de las primeras letras, y hasta les di lecciones de baile moderno recordando mis días de cadete gentil y romántico. Me sé por ello identificado con sus íntimos sentimientos.

Cuando la quietud remienda el alborotado estrépito de la tronadera de fuego, y como respuesta a los gangosos alaridos: “ ¡jípuií...nápuií... bolis...¡” de los “pilas”, mis soldados alcanzan enormes dimensiones

espirituales, para romper el aire con el optimismo de sus viriles ¡raás ...! Por el glorioso “Campos” 6.

Estos guerreros imberbes, pero veteranos, curtidos en el crisol de las pruebas terminantes, podrán un día ser los elegidos de la gloria, aureolados por el reconocimiento de sus conciudadanos, o tendrán que ocultar la huella de sus imborrables cicatrices, ante las consignas de las conveniencias políticas, recursos manidos de los sempiternos usufructuarios de glorias ajenas.

Me siento atraído por estas verdes llanuras del Chaco Boreal, si bien inhóspitas, pero que guardan en sí el espejismo de remoto tabú. Al descorrer las tupidas cortinas de su floresta, impregnada de aromas sutiles en los que se mezclan: el quebracho o palo santo, el urundel, el algarrobo, el palo borracho o toborochi, el motacú y su fiel amante el bibosí, la chanta y una gama inagotable de efluvios de helechos y trepadoras formando cadena infinita, creo avanzar a lo desconocido, colmando mis aventureras ansias de explorador en ciernes.

Recorriendo sus erizados piques, fácil me es soñar victorias fulminantes a cual más audaces, sobre estos “pilas”, escurridizos y astutos, cual jaguares ventteando su presa.

Me hallo, en el Chaco, como pez en el agua. Pero no olvido que debo retornar un día a mi añorada cuna,

la ciudad del Illimani, con el pecho constelado de refulgentes medallas y con brazo o pierna menos, como volviera de Marruecos, aquel legendario Millán Astray de los Tercios Españoles... ¡Vanidad de vanidades...!

Mientras tanto los guaraníes dan rienda suelta a sus instintos belicosos. Bárbaros, feroces, desaprensivamente temerarios, se burlan de nuestro silencio, invitiándonos a contestar sus procacidades. Sus carcajadas son estentóreas, como las de sus ametralladoras.

SEPTIEMBRE 13 DE 1932

Por primera vez me absorbe la contemplación del planeta Venus. Tan fulgurante en estos pajonales, parajes de desesperanza y de duda. Nunca lo vi tan cerca... ¿Me anunciará algún cambio en mi vida? ¿Sobreviviré a esta tragedia? ¿Moriré? Pero, ¿por qué? ¿Defiendo a mi Patria, o a los impostores de la retaguardia que hablan a su nombre? ¿A los países “neutrales” o a Wall Street, les conviene más que gane Bolivia o el Paraguay?

Entre el “camba” Barberí, trinitario, y el “koto” Galarza, de Padcaya, se tienen declarado duelo de agresivas pullas dichas con agudo ingenio, que a veces quieren degenerar en peligrosos pugilatos.

Galarza le deja oír a Barberí : “Dizque, Dios, a los cambas, les concedió la gracia de nacer desdenta-

dos, para que pudieran tragar el rancho siempre con aumento, rápido y sin mascar....”

El retruque surge instantáneo: “Belay, koto, aco-paibao, ¿no sabísbhoo que Dios es tarijeño?”

Por qué? se deja sorprender Galarza.

«Porque toda la vida está phoo Dios sentao de puro flojo, ídem que sus cumpas del Guadalquivir, phoo”.

Complejas emociones psicopáticas abruman al combatiente atrincherado, antes, en y después del instante culminante, que alcanza su clímax en el tété a tété del duelo furioso con el adversario que asalta.

En los prolegómenos invade a la mente, impaciente angustia; y al cuerpo, irreprimible temblor; como los que debe sentir el condenado a muerte. Se ve llegar el minuto supremo, como quien espera sentencia divina, por lo mismo misteriosamente arcana. ¿Se per-vivirá, o se pasará a la nada? En este avatar se hacen presentes los más gratos recuerdos de la existencia pasada. De los tristes, no se hace memoria...

Cuando ha sonado el campanazo de la hora crucial, se echan por la borda los sentimentalismos contemplativos de la vida. Y no es precisamente ya la defensa del propio ser lo que importa. Es el afán sin cuartel de voltear cuerpos de individuos que palpitan

quizás al impulso de las mismas obsesiones, tal como cuando se siegan las mieses del campo, en el menor tiempo posible, bajo el ardiente sol del estío ...

Ni ira, ni odio, ni cálculo “patriótico”, enervan el brazo armado del soldado en trance de ofuscación colectiva... Sólo un instinto, el satánico de exterminar, guía los movimientos del robot humano, que ataca o espera. El uno busca aterrorizar al otro con sus bestiales aullidos. El impulso de todos es desgarrar la piel del enemigo, buscando sus entrañas por deformados ojales... En este fulminante lance, no se distingue si lo que se aspira es matar o morir... Cerca estuve de perder la razón, cuando vi en la vorágine, con pupilas desorbitadas, los ojos extraviados de mis soldados... ¿Somos héroes al prodigar sin tasa ni medida la letal metralla, o cobardes al buscar salvar la vida, a precio semejante?

Al final de la brega, invade silente perplejidad al hombre que luchó y hasta las bestias del mato se tranquilizan cuando ven apaciguada la ferocidad de los humanos ... La mente y el cuerpo se adormecen ... Mezcla de inconfesable alborozo, de arrepentimiento y de desprecio por uno mismo, por haber sido actor en la carnicería, aplanan el espíritu, sorprendido por continuar aún en la efímera lista de los vivientes ante el premio de una verdadera resurrección cuyo final se comienza entre zozobras a esperar de nuevo ...

Una velada o desbordante resignación, de quien piensa que matando ha cumplido su deber, se esfuerza por acallar todo escrúpulo. Es que se asesina ante la inminencia de ser asesinado. Y los asesinos de ambos bandos claman secretamente con sus temblorosos labios, esta inútil letanía: ¡que mañana, no ordenen los gobernantes un nuevo ataque!

Mientras tanto, y cuando se ha creído ya conquistada la calma, sin previo aviso, se desatan sobre el Fortín nuevas tormentas de plomo fundido, que imitan, relámpagos primero, truenos después, y, como remate instantáneo, una tempestad de ensordecedoras granizadas de balas que azotan el sonoro zinc de inexistentes techumbres ...

Así nos tienen acorralados las hordas paraguayas, como si en nuestras madrigueras tuviéramos que oír por siempre sus multitudinarias voces de bronce como si estuviéramos condenados al suplicio de vernos ahogados, bajo el espantoso diluvio de su sangre y la nuestra; como si pretendieran estrujarnos dentro del vallado de sus encrespadas bayonetas; como si buscaran, finalmente, convertir este ya trágico reducto en perpetuo y fatídico manicomio ...

Cinco días que no dormimos. Los ojos se cierran entre disparo y disparo. Los oídos se resisten ya al constante eco de los proyectiles ora de fusil ora de

morteros, que estallan en el aire como latigazos que nos recordarán nuestra triste situación. La psicosis que provocan el peligro, el hambre y la sed se va generalizando. Esto se nota claramente en nuestras conversaciones. No escasean las controversias en las apreciaciones sobre la marcha de los acontecimientos.

Amanece. Un novedoso espectáculo se ofrece a la vista: ¡“Pilas” vestidos de azul! Parecen mecánicos con “overol” de trabajo. Llevan un brazal blanco en la manga derecha. Entre ellos, jovenzuelos con uniforme claro les dirigen; son los cadetes de la Escuela Militar de Asunción. Comandan los pelotones de asalto del Regimiento “Boquerón”. Un prisionero nos informa que esta unidad, compuesta por empleados fiscales, de banco, universitarios y artesanos, ha salido de la capital asuncena jurando retomar Boquerón.

SEPTIEMBRE 14 DE 1932

Hace unos momentos he conversado con el Comandante del Fortín, en una de sus frecuentes visitas a nuestras zanjas. El Coronel Marzana no disimula su pesadumbre al no poder solucionar siquiera en parte las fallas que la imprevisión del Alto Comando ocasiona, respecto al mantenimiento de nuestra tropa, que no goza del más elemental servicio de aprovisionamiento ni de sanidad. Tengo la impresión de que se considera, ante los ojos de los soldados, como el inmediato res-

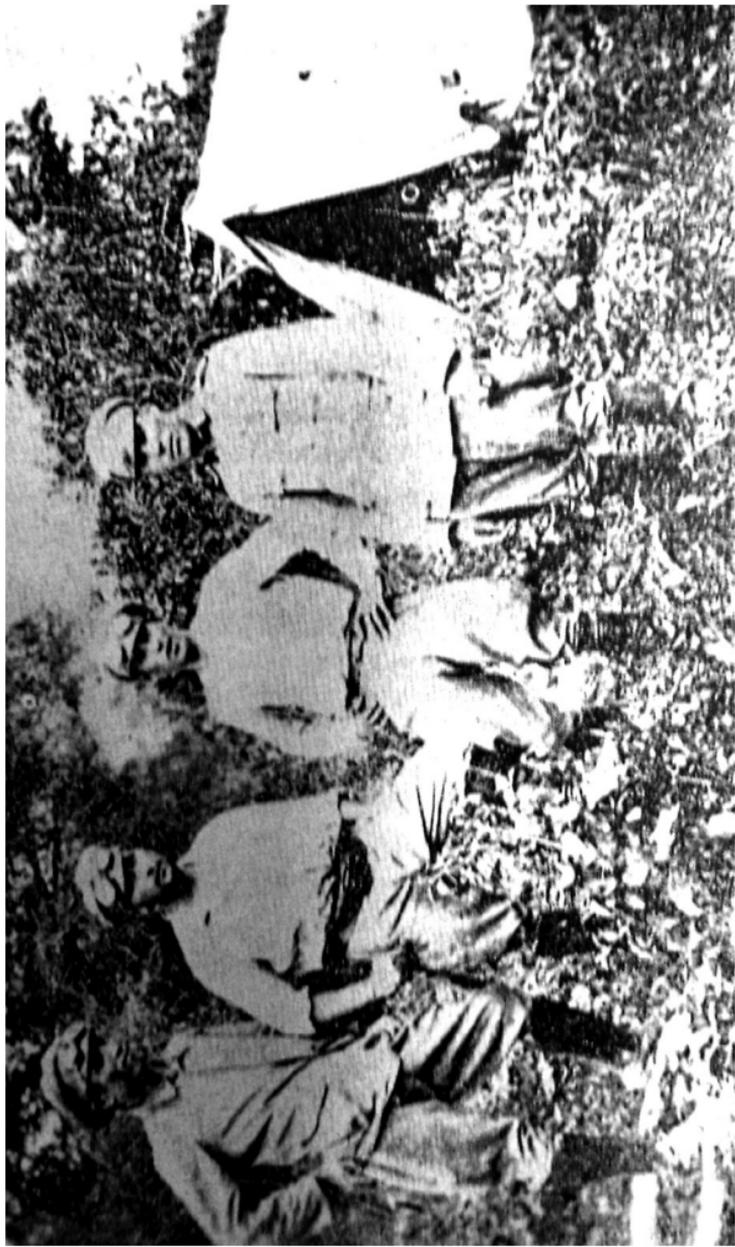
ponsable del drama que vivimos. Habla con cada uno de nosotros con afecto paternal. Su palabra reconforta. Su modestia marcha pareja con su valor y entereza de carácter. Constantemente está presente en los lugares de mayor peligro. No oculta la gravedad de nuestra verdadera situación. De esta manera cada uno de sus oficiales sabe lo que tiene que hacer para sincronizar las acciones en la defensa. Comunicativo, dan ganas de hacerle partícipe de nuestras más íntimas confidencias. Al expresarle mis dudas sobre la posibilidad de un rompimiento del cerco desde afuera, por falta de efectivos y armas auxiliares, me responde:

“Nuestra suerte está sellada. Debemos aceptar la misión histórica que el destino nos ha impuesto, aun cuando ello signifique un sacrificio estéril, dentro de un concepto esencialmente militar. Debemos cumplir ciegamente la orden que recibí momentos antes de ser cortadas nuestras comunicaciones con Yujra. La orden terminante que me transmitieron por teléfono proveniente del Palacio de Gobierno, es que no debemos abandonar el Fortín por ningún motivo. Yo solicité en el segundo día del ataque paraguayo, que debíamos contraatacar, consiguiendo nuestra liberación y ocasionando al enemigo el desbaratamiento y dispersión de su dispositivo de batalla, con lo que también se habría logrado el afianzamiento de una línea de defensa delante del Fortín Arce. Señalé, inclusive, el Campo de

la Mula Muerta, como el lugar adecuado para una defensa exitosa. Pero el Presidente de la República me hizo llegar por intermedio del Comando Divisionario, esta consigna que para nosotros significa la sentencia de muerte: “BOQUERÓN DEBE RESISTIR HASTA QUE MUERA EL ÚLTIMO HOMBRE”.

Una pesada nuestra no cesa de disparar. Sus golpes de fuego son excesivamente prolongados. El Coronel Marzana, alarmado, llega hasta ella, y comprueba que es la de Manchego quien personalmente la maneja. El Comandante del Fortín le recomienda economizar munición. El Capitán Manchego le responde: “Mi Coronel, no desperdicio ni un solo cartucho. Cada banda de mi pesada hace hervir una Compañía”.

Manchego, a no dudar, descende de estirpe guerrera: agresivo, frío y recalcitrante en su odio al enemigo. ¿Le preocupa algún grave presentimiento? Me deja leer párrafos de su Diario de Campaña. Tan pronto fija en él observaciones de crítica militar, como compone piezas literarias dedicadas a su prometida. Está perdidamente enamorado de una divorciada. Al paso de una patrulla aérea, no disimula su rencor contra cierto presunto culpable. Sabe que un aviador de la Base de Villamontes pretende arrebatarle el corazón de la mujer amada... ¡Designios que atormentan la obsesionada mente de los machos en celo ...¡



Desbrozando la selva, en pos del enemigo. Subtenientes Guardia, Alberto Taborga, Julio Prado y Cuernatino Ríos Arteaga

Al anochecer nuestros soldados han descubierto el cadáver de un oficial extrañamente rubio. Es del Mayor Orofiew Serebriakoff, ruso blanco, al servido del Ejército Paraguayo.

SEPTIEMBRE 15 DE 1932

Soldados del sector vecino encuentran al Teniente paraguayo Fernando Velásquez, que se debate entre estertores de muerte. Un proyectil se le ha incrustado en la cabeza, a la altura de la sien derecha. Está delirando y tiene la herida totalmente infectada. Al enjugarle el rostro, el paraguayo nos extiende una mano. Da a entender que quiere obsequiarnos su anillo a condición de conservarle la vida. Como es natural, no aceptamos el regalo. En esto asoma Manchego y exclama: “Conozco a este “pila”, es un buen hombre, me tuvo prisionero en Media Luna el año 28, después del ataque a Vanguardia”. Toma su pañuelo y amarra la cabeza al herido. Velásquez repite los nombres de su esposa y de su hija. Encontramos en medio de su pecho unas fotografías y una pequeña Virgen envuelta en un pedazo de tul, probablemente del que vistiera su novia el día de sus nupcias. Este hombre, de casi dos metros de estatura, nos consterna. Cada vez que podemos le visitamos en el “buraco” que le han adaptado los camilleros. El mozo se va apagando, pero su agonía se prolonga. Sus ojos azules, fijos en los rayos de luz que dejan pasar

los troncos mal unidos del techo que le cobija, parecen escrutar el misterio de su destino

Un avión nuestro da vueltas sobre el Fortín a escasa altura. Las antiaéreas paraguayas y su fusilería de primera línea abren contra él sus fuegos, semejando un clamor humano que protestara contra su intención de favorecernos. Pero parece que el piloto está dispuesto a jugarse la vida a condición de dejarnos caer algo. En momentos, casi roza la copa de los árboles y esquiva milagrosamente el ametrallamiento enemigo. Por fin, después de varios intentos, lanza un gran bulto, sobre el centro mismo del Fortín, en campo despejado y duro. Gran ovación de voces roncadas manifiestan al piloto su admiración a la proeza y a su noble solidaridad con nuestra situación desesperada. Varios hombres se precipitan a descubrir el bulto. ¿Qué encuentran? Munición retorcida, inutilizada por el fuerte golpe que sufrió. Ni un solo cartucho conserva su forma; además, en medio de la munición, aparece achatada, casi aplanada, lo que fue una lata de alcohol ... Ni los heridos, para quienes sin duda venía destinado este poderoso antiséptico, podrán utilizarlo ni el enemigo recibirá la dosis mortífera de proyectiles que se le pudo haber asignado.

Vana hazaña del esforzado piloto, que no debe sospechar cuanto apreciamos su bravura, como maldecimos la desidia de quienes prepararon la inútil enco-

mienda ... Como en muchos casos, en éste, lo heroico anda acompañado por la estolidez de unos cuantos...

SEPTIEMBRE 16 DE 1932

Tengo a mis órdenes un soldadito que vino a prestar su Servicio Militar desde las salitreras de Chuquicamata. Tiene acento marcadamente chileno, por lo que le llaman el “roto” Vargas. Pedrito Vargas nos divierte y hasta a los más pusilánimes tiene la virtud de levantarles el ánimo. Sabe contar historias inverosímiles. Posee un gracejo especial. Va y viene repartiendo todo el botín que recoge de los paraguayos muertos. Le prohíbo terminantemente hacerlo, pues cuido su vida tanto como la mía. Pero se da mañas tanto para engatusarme. De cuando en cuando le atizo un puntapié, aparentando enojo, y el perdulario se ríe. Me soborna con una lata de “Quaker” que a buen seguro le sustrajo del morral a algún oficial paraguayo que quedó con la “panza arriba”, como él dice.

No escasean los excéntricos, los que no cuidan el pellejo, como si lo tuvieran asegurado. El “chino Torrico” es otro soldadito que esta madrugada se presentó con un mulo blanco, sin duda extraviado de alguna batería enemiga.... Se arriesgó para cogerlo y se lo trajo de tiro... Verlo en nuestra línea y apresurarse a carnearlo fue cosa de minutos. Debo extremar mi camaradería, para compartir con los soldados un seco churrasco, sin grano de sal.

El Comandante del Fortín ha hecho llegar a todos los sectores la presente orden:

16 – IX - 32

Hs. 16.45. Para su lectura a la tropa en todos los Puestos de Combate.

“Jefes, oficiales y soldados de Boquerón: El dedo de la fortuna nos ha señalado el insigne honor de representar en esta Batalla al pueblo de Bolivia, a sus instituciones y a la salvaguardia de su honra nacional. No debemos discriminar sobre las desventajosas condiciones en que luchamos. Nuestro deber es llegar al convencimiento de que el enemigo podrá pasar después sobre nuestros cadáveres, con el respeto que infunde la memoria de los soldados que supieron caer como leales defensores de su bandera.

“No tengo motivos para recomendar a mis oficiales y soldados, el cumplimiento de sus obligaciones en sus puestos de combate, porque han dado pruebas de no precisarlos; pero debo anotarles la gravedad que entrañaría el gasto insulso de munición. Cada tirador debe vigilar su propio empleo de fuego, ya que no tenemos esperanzas de ser reaprovisionados. El arma blanca será nuestro único y último recurso cuando se agote la dotación insignificante que aun nos queda; hay que aniquilar hombre por hombre al atacante. Las ame-

tralladoras y la fusilería deben apuntar exactamente al cuerpo del adversario.

“Cualquier descuido puede ocasionar la sorpresa, que dé lugar al enemigo para romper nuestro encuadramiento de defensa. Cualquier punto que sea fracturado de él, significará el derrumbe de nuestras aspiraciones y de la expectativa que en nosotros cifran todos los bolivianos, cuya integridad y suerte para el futuro, nos han confiado.

“Hasta este momento, le tenemos paralizado en su avance al enemigo, impotente ante nuestra decisión de servir a la Patria; pero también debemos vencer al sueño, a la fatiga y a todas las privaciones que las circunstancias obligan. Un día podremos lucir con orgullo el galardón que nosotros mismos nos hemos impuesto en este memorable campo del Honor, paradigma que recordarán nuestros sucesores.

“Soldados de Boquerón: obedeced rigurosamente las órdenes de vuestros denodados oficiales, cuidad de sus vidas como algo necesario a vosotros mismos; y si caen, reemplazadles en el puesto del sacrificio.

Jefes, oficiales y soldados de Boquerón:
“¡SUBORDINACIÓN Y CONSTANCIA!”

Leída la anterior orden a mis soldados, éstos se ponen de pie, y tocados en lo más íntimo de su ser, por el

efluvio de su probado patriotismo, y pese al agotamiento físico, llenan el aire con un furente: ¡VIVA BOLIVIA!

SEPTIEMBRE 17 DE 1932

Las once de la mañana. Un camillero pasa corriendo por mi zanja, grita: “¡A mi Capitán Manchego le han metido un tiro en la cabeza!”

Corro al Puesto de Sanidad. Manchego, el corajudo Manchego, se debate en convulsiones. No puede hablar.. Hace crujir los dientes... Quiere arrancarse las vendas... Patea, lucha desesperadamente con la muerte.

Vuelvo preocupado a mi puesto. Se van acabando los oficiales. Cayeron Juan de Dios Guzmán y Alfredo Vargas. Yacen heridos: Banegas, Caro, Dávila, Peñaloza, López Sánchez, Miranda, Daza y Aguirre.

Este día es el más trágico. Los augurios son nada alentadores. El Capitán Ustárez ha sido abatido al practicar un reconocimiento sobre la picada a Yujra. Su estafeta el cabo Cadencia, con la pierna rota, vuelve al Fortín. Cuenta que Ustárez le obligó a sostener la liviana sobre el hombro mientras el legendario Capitán disparaba... El fantasma del Chaco, el soldado bohemio, el “charata” Ustárez, pagó su tributo.

Voy perdiendo la fe. Si Ustárez ha muerto, ¿por qué habré yo de librarme? Un hombre tan dueño de sí,

parece imposible no hubiera podido hurtarse a la fatalidad. Mando a mi estafeta a preguntar por el estado de Manchego. Vuelve y no necesito interrogarle... Manchego, el bravo Manchego, ¡también ha muerto!

Leños en forma de cruz, marcan las tumbas de dos hombres que un día se conocieron en un incidente casual y, otro, se volvieron a encontrar en las encrucijadas de la vida, para bajar juntos a la misma hora, defendiendo dos banderas distintas, pero a cual más heroicas. Ellos son: el Capitán Tomás F. Manchego y el Teniente Fernando Velásquez, de los Ejércitos boliviano y paraguayo, respectivamente.

SEPTIEMBRE 18 DE 1932

En mi sector, soy subalterno del Capitán Antonio Salmas Crespo. Es un oficial con excepcionales atributos profesionales y de cabal concepto sobre las cuestiones atinentes a la cultura superior en función del acontecer nacional. Certero en sus apreciaciones enfocamientos porveniristas. Profundamente leal consigo mismo, como con los demás. No es un mandón cuartelero ufano de superioridad jerárquica fundada únicamente en el grado que ostenta. Es todo bondad, pero impone el don de mando a través de una serena dignidad. No le inmutan los contrastes en la acción, porque deduce con lógica irrefutable las causas motoras. Es un valiente a cuya sombra siempre uno quisiera

protegerse. Ensayo una irreverente oposición frente a sus desconcertantes razonamientos, pero debo subordinar de inmediato mi juvenil inexperiencia ante sus pronósticos que saben a sentenciosas profecías. Cambiando ideas, musitamos a la luz de la luna y bajo el isócrono tac ...pum tac...pum, de los centinelas adelantados, estos descarnados pero fundamentales enjuiciamientos:

“Salamanca es el arquetipo del paranoico superior. Impotente para sancionar a su pueblo que comienza a dudar de su capacidad de conductor, lo lleva a la guerra para que el adversario y los elementos naturales de este infierno le castiguen; y no hay ser más peligroso para la vida y el porvenir de los pueblos, que el paranoico, hecho gobernante. Envanecido por la pirotecnia de su verba fácil sin contenido interpretativo de la realidad nacional y si sólo con el barniz curialesco de letrado sabelotodo en el medio que actúa, no admite intervenciones o consejos, aunque vinieran de especialistas en las ramas que él desconoce.

“Ególatra, no soporta la contravención a sus personalísimas decisiones, tomadas sin inquirir la realidad nacional. Como Arguedas, el feroz racista, observa olímpico desdén por cualquier ejemplar de su raza, a la que juzga tan inferior, que escribe la Historia Patria a su modo, con tinta enlodada, a base de diatriba y acu-

mulación de taras, presentando las desgracias de Bolivia como causas de nuestro atraso, sin comprender que ellas no son sino efecto de la injusticia en la organización económico social del país. Y van más allá, cuando, como en esta oportunidad, uno de ellos, Salamanca, se atreve a disponer de nuestras vidas, para alimentar el fuego sagrado de su vanidad e interés político, en el crisol de esta guerra despatarrada, muestra de sus pasiones obcecadas.

“Para estos turbulentos “Redentores”, sólo una sangría podrá cambiar la idiosincrasia y hasta el suero mismo de nuestra raza, según ellos “enferma” y degenerada... Europeizados, estos mestizos de sangre anémica, ven todo bajo la lente de su híbrida psiquis. La única misión que se han impuesto en la vida es la de ser implacables censores y críticos; pero, cuando el destino les pone en los puestos de responsabilidad, después de una testaruda inhibición, fracasan estruendosamente.

“Salamanca pasará a la Historia aureolado por una fama de erudición de abogado casuista y de sofismas que se distinguen por el oportunismo demagógico; pero no se salvará de la acusación nuestra y de nuestros hijos, a quienes sume criminalmente en la postración. En la conducción de la guerra se diría que es un Daza redivivo. Al final de cuentas, él tendrá la habilidad necesaria para atribuir a otros el fracaso de esta guerra

aceptada por él mismo. De sus éxitos parciales se ufana, como se ufano siempre de los yerros de sus adversarios políticos. Tiene en sus manos el poder estructurado en moldes sociales conservadores cuenta con la frivolidad de un pueblo que ignora o ha olvidado los peligros de las aventuras bélicas; algo más, descuenta la fragilidad de la memoria del pueblo boliviano, acostumbrado a perdonar a sus verdugos ... Sus áulicos le seguirán endiosando, porque representa el cerebro y médula de un mecanismo político arcaico, enmohecido y adosado a prácticas anquilosadas.

“Esta guerra cuya duración no puede preverse por el devenir de las operaciones militares, por el azar y, principalmente, por los factores geográficos, nos llevará a la ruina, porque enajenará nuestra incipiente economía. Un país depauperado, como el nuestro, jamás debe confiar su destino a las martingalas de la casualidad. Pero éstas no son razones que le impidan frenar el ímpetu senil de sus agrias ambiciones...

“Él, como Arguedas, para que la crónica boliviana les catalogue entre sus “superhombres”, explicará que la guerra, se perdió, porque sencillamente falló el elemento humano, el factor racial, el soldado indígena... Son hombres totalmente enfermos, en cuyas manos está puesto el futuro de un pueblo dócil y empobrecido. Somos cobayos de un experimento más. En

su escabrosa ciencia hace radicar la curación de todos nuestros males. Por eso estamos aquí, en el laboratorio de sus insanos propósitos. Estamos condenados a sucumbir todos en esta trampa ardiente, porque a Salamanca se le da un ardite que quede uno con vida para que narre a la posteridad, cómo se cumplió en Boquerón, su insensato capricho”.

El tac...pum...tac...pum de las livianas enemigas, nos llama a nuestros puestos de combate, para que se cumpla la inexorable sentencia: “HASTA QUE MUERA EL ÚLTIMO HOMBRE”.

Un prisionero nos informa que ha entrado en acción la II División Paraguaya al mando del Coronel Gaudioso Núñez. Los ataques se suceden ahora tres veces al día. Nuestros efectivos van disminuyendo. El Cuartel-Maestre de Boquerón, Mayor Esteban Bravo, hace saber que sólo hay raciones “secas” para tres días. Los dos últimos mulos han sido carneados.

SEPTIEMBRE 19 DE 1932

El Coronel Cuenca, Comandante de Batallón, me imparte la orden de constatar la “fuerza y composición” del enemigo que se encuentra frente a nuestras zanjas. Seleccionó diez soldados incluyendo al cabo Chipanari. Al arrastre logramos ganar el campo despejado. Avanzamos en línea de tiradores. Progresamos

quinientos metros. Estamos a punto de tomar contacto con el enemigo que se halla emboscado en la orilla del monte próximo. No obstaculiza a nuestro avance. Su intención, se advierte, es tomarnos prisioneros... Oigo sus voces... Resuelvo la retirada y hago la señal convenida. Mis hombres retroceden, mediante saltos escalonados, a retaguardia. El enemigo burlado, nos persigue. Intenta obstaculizar nuestro repliegue con fuego de morteros. Caen Chipanari y Alanoca... Siento, al correr, un golpe seco que me hace perder todo impulso. Con el corazón en la boca logro llegar a nuestros parapetos. Mis soldados me recogen para conducirme al Puesto de Socorro. No me es posible dar a mi jefe información alguna, puesto que su orden, en principio la consideré absurda. Bien sabía él qué clase de enemigo teníamos al frente. . . ¿Cuál su propósito, al encomendarme tan inútil como peligrosa misión? ¿Menosprecio por la vida de un oficial? ¿Efectos de la “neurosis de trinchera”. . .?

El cirujano doctor Alberto Torrico Ovando me comprueba varias lesiones. Un mortero me había revolcado por el suelo como a un muñeco. Me dan sitio junto a un turril de permanganato. Varios heridos, tienen sumergidos, por riguroso turno, brazos y piernas en el común desinfectante. Vendas no las hay; se utilizan tiras de camisa. Alcohol. . . ni para mojar la garganta, ni para cauterizar las heridas del alma. . . Mis soldados

continúan indominables al mando de mi reemplazante, el subteniente Humberto López Sánchez, ayudante de órdenes del Comandante del Fortín.

PUESTO DE COMBATE DEL COMANDANTE DEL FORTÍN

Atendiendo a la gravedad de mi estado (tengo totalmente estropeado el oído a consecuencia de la explosión de una granada) el Comandante del Fortín, con afectuosa solicitud, me ha ordenado permanecer en su Puesto de Comando, de tal manera que puedo ayudarle discretamente y como mis fuerzas lo permiten, en la atención de sus múltiples obligaciones. Pero me hallo sometido a un suplicio más: debo acompañarlo en sus continuos recorridos al Sector Romero, al Puesto Pardo, o donde hay mayor actividad enemiga; y al hacerlo, no percibo la detonación de los proyectiles pesados al salir de sus bocas de fuego, a causa de mi mal, menos puedo seguir el zumbido de su aproximación que más o menos indica el punto de arribada, señales a las que se atienen los demás combatientes y en lo que son ya muy prácticos.

Al estallido de los “shrapnels” que semejan granizadas de balines, quedo desprevenido o indefenso; de ahí que estoy obligado a imitar como autómatas, los movimientos que ejecuta mi jefe para evitar la sorpresa de nuevas explosiones. El Coronel Marzana, compa-

decido de mi angustiada sordera, me propina fuertes empujones para obligarme a tenderme en tierra. Hay momentos en que resultan pegados nuestros cuerpos debajo de los quebrachos abatidos por la furia demolidora de los 105.

Es curioso observar cómo el cuerpo humano, endeble y frágil como es, puede soportar tan rudas pruebas.

Y a propósito, me cuenta mi jefe, hasta con señas, puesto que no alcanzo a oírle bien, que después del primer bombardeo, informó al Comando Divisionario, sobre el efecto de los morteros y la artillería calibre 105 sobre Boquerón. Le respondieron: – “No teman a los morteros, porque sólo hacen bulla. . . En cuanto a los 105, sólo existen en la imaginación de ustedes porque si los bolivianos no contamos con ellos, menos los han de conocer los “pilas”. . .”

No puedo contener una estruendosa carcajada delante de mi jefe, y aclaro: – “Quiere decir, pues, mi Coronel, que nuestro “Servicio Secreto de Informaciones” sólo está interiorizado de nuestros chismes domésticos, pero no de los elementos de guerra con que cuenta el enemigo para masacrarnos. . . Luego, ahora, nuestro Gobierno y el Alto Comando, navegan en la sosegada atmósfera del más sincero pacifismo. Según ellos, los “pilas” nos están hostigando con serpentinas y bombas de papel mascado. . .”

SEPTIEMBRE 20 DE 1932

Vuelan aviones propios dejando caer bultos que, suponemos, nos traen víveres y municiones. Acosados sus pilotos por el intenso fuego enemigo, dejan caer los bultos lejos de nuestras posiciones, en campo de nadie. El adversario se apodera de ellos y vemos cómo con grandes muestras de regocijo, los abren y se aprovechan de su contenido.

Cavilando, voy planteándome tesis que a veces parecen oler a elucubraciones rumiadas sólo por el márgen de un sombrío derrotista. No alcanzo a entender por qué un testarudo que pomposamente exhibe el título de Capitán General del Ejército y que de Arte Militar no sabe una jota, impunemente dirige una contienda no preparada y menos planeada al ritmo de la guerra moderna. Como tampoco entiendo por qué, los Generales de la Nación – corderilmente arrebañados al conjuro de la verborrea del falso apóstol – no reaccionan, y saliendo por los fueros del Honor Militar, no rechazan decididamente las sugerencias del megalómano que distrae sus horas, comprometiendo la soberanía, la integridad y el futuro de la Patria Boliviana. ¿Es que no poseen un adarme de valor civil para descerrajarse un tiro en la cabeza antes de someterse complacientemente a directivas tozudas y esotéricas? ¿A qué fin práctico podrá conducir el desarrollo de un “plan teórico de operacio-

nes” ideado por un fetiche político, cuya doctrina de guerra se reduce al cobro de “represalias” patrocinadas como pleito de orden personal, desde la tenebrosa cueva del Palacio Quemado? Este predicador de tierra adentro no concibe que la posesión y retención de posiciones adelantadas en el Chaco, dependa de la estructuración general del país, en servicio de la defensa de sus alledaños.

A esos generales de la Nación aún sería tiempo de plantearles la categórica disyuntiva: “SER O NO SER”.

Los “pilas” van acerándose cada vez más mediante un sistema de zanjas peculiar que ha ido cavando durante las noches. Están sólo a doscientos metros. Ahora se les oye hablar en guaraní.

SEPTIEMBRE 21 DE 1932

El enemigo ha suspendido sus ataques. Releva sus tropas, ya agotadas. Sus camiones aguateros se acercan desaprensivamente hasta ponerse a nuestra vista. Los paraguayos se han dado cuenta que economizamos munición. Abrimos fuego contra dichos camiones y perforamos algunos de sus tanques. Uno de esos vehículos lleva pintado el número 54. Se colige que están bien equipados y mejor servicios. Como debe estarlo un Ejército en Campaña.

Surge un nuevo problema para los Comandantes de Pieza. Por el calor sofocante y el empleo continuo, las ametralladoras se ponen incandescentes y se niegan a funcionar. Falta agua para refrigerar los cañones de repuesto. Los sirvientes de pieza deben aproximarse hasta el pozo controlado por el enemigo, que lo espera bala en boca. La poca cantidad de agua de que disponen no la pueden beber, pues les está estrictamente prohibido. Deben ceder para el enfriamiento de las automáticas, las gotas con que podrían humedecer las gargantas torturadas por la fiebre. En algunos sectores se obliga a los soldados a juntar orines para dicho enfriamiento.

Asombroso dilema. ¿Quién debe tener preferencia en estos trances: el duro e inerte acero de las automáticas, o las gargantas humanas?

Un avión ha dejado caer un mensaje más. Es otra proclama del General Quintanilla, tan fantástica como todas las suyas: “Ya vuestros corazones latirán bajo la condecoración que os otorga el Supremo Gobierno. . . Nuestros pilotos, cuyas proezas habéis observado, se esforzarán a diario para lanzaros víveres que aseguren vuestro sustento”.

Ridícula hojarasca. Petulancia lírica que los hijos del pueblo boliviano escuchan siempre en los momentos más trágicos y solemnes de su vida. Teatralidad grotesca de todos los tiempos.



Un grupo de oficiales, después de la toma de Toledo. (Al centro, de pie, el cronista de "La Razón", Céspedes Rivera. El Autor, sentado, segundo de la derecha)

Pero Boquerón cumple la misión táctica y estratégica que sus defensores se han impuesto: contener el ímpetu de agresión masiva del enemigo, anulando su iniciativa de ataque, inmovilizándolo. Es menester quebrantar su moral convirtiéndola en fuerza ofensiva amedrentada. Urge convencerle al pueblo paraguayo que creyó retomar Boquerón con el primer golpe, que no podrá cumplir tan fácilmente su afán de desquite, porque aquí está el soldado boliviano, como jaguar en la selva, dispuesto a no ceder un palmo de nuestro patrimonio al invasor.

De los 15.000 hombres que el Paraguay puso sobre las armas en el espacio de tres meses, sobrepasando su inicial alcance de movilización integral, van quedando frente a nuestras trincheras, 7.000 combatientes que no podrán levantarse más. Sus escogidas fuerzas de choque, las más de ellas pertenecientes a los cuadros de regimientos de paz, se han reducido a la mitad. Nosotros sólo representamos un puñado, insignificante en número, del Ejército que podría movilizar Bolivia. Bien haya nuestro mortal sacrificio, si hemos de seguir desangrando a este pertinaz enemigo que no sabe economizar el potencial humano. Si los “pilas” progresan en profundidad hacia nuestro territorio, obligados por el compromiso moral adquirido, tendrán que hacerlo maltrechos, para ser definitivamente pulverizados frente al Fortín Arce, que será su tumba, si los Hados de la Guerra lo permiten. . .

SEPTIEMBRE 22 DE 1932

No tenemos agua. El tajamar o pozo de Boquerón ha sido clausurado por los “pilas”. Tienen dos pesadas regladas sobre este lugar. En sus charcos de lodo vemos dos cadáveres. Son los dos soldados nuestros que enloquecidos de sed, habían llegado hasta allí para buscar un poco de agua.

Se ordena conservar los huesos de los mulos que comimos en días anteriores. Raspados, sirven como “pito”. Los cascos y el cuero, remojados, pueden masticarse.

La atmósfera se hace insoportable. Los cadáveres, sobre haz de tierra, hinchados terriblemente, corrompen el aire.

No hay lugar ni tiempo para hacer ascos por el posamiento de moscas repelentes en los labios. Nubes de ellas se multiplican en la carroña putrefacta de los soldados inmolados por la Patria. Mejor, por culpa de los patrioteros.

Las once de la noche. La luna esplende magnífica. Esta luna del Chaco, monumental y enorme, tiene por marco a la selva. Se diría que hasta las luciérnagas se quedan cegadas ante sus deslumbradores destellos.

Cerca, se oye el dulce son de una música exótica, arrobadora y enervante. Una voz rompe en sutil falsete el desacostumbrado silencio:

. . . “India bella mezcla de diosa y pantera
doncella desnuda que habita el Guayrá
arisca romanza curvó sus caderas
copiando un recodo de azul Paraná. . .”

Emoción de machos bravíos. . . Estos “pilas” cantan por igual una endecha de amor, como una polca guerrera. Lo mismo, se persignan para entrar al combate, como no conocen los escrúpulos para desollar vivo al adversario sin ascos ni melindres.

Calla la canción, en nuestra línea empieza ahora un aire meliflúo, doliente. . . Parpadean nuestros ojos. Los corazones se estrujan. Vibra el charango, monocorde. Clama al cielo una voz altiplánica:

. . . “Mañana cuando me muera
morirán todas las flores,
y en la losa de mi tumba
cantarán los ruiseñores”. . .

Y se inicia un extraño pero espontáneo contrapunto. Gime el “pila”.

...“Bravea en las sienes su orgullo de plumas. . .

su lengua es salvaje panal de Iruzuú. . .
 collar de colmillos de tigres y pumas. . .
 enjoya a la musa del Ibituruзуú”. . .

Solloza el charango:

. . . “Cauquirurak irpitata,
 cauquirurak sarjañani,
 janipiniu sarquristy,
 uca thanta marcamaru”. . .

He solicitado volver a mi Puesto de Combate. El Comandante del Fortín accede. Tranquilidad en todos los sectores. Puedo dormir. Muchas noches no lo hacía. Con todo, despierto varias veces con una sensación rara. Es que los piojos que han proliferado en mi colán y en mis botas se ceban en mí sin misericordia. En los dedos hay un residuo alquitranado porque hace veinte días que no me lavo. No hay agua para estos lujos. Duermo ya sin importarme del estallido de las granadas.

Ahora, despierto alarmado. Mi asistente, estafeta y algunas veces confidente, me sacude y avisa: – “Mi teñente, ¡los “pelas” istán avanzando al arrastri, istán queriendu darti golpi di manu”. . .

SEPTIEMBRE 23 DE 1932

Mis soldados han descubierto al enemigo en su cauteloso avance. Aprovechando las sombras de la madrugada han progresado milímetro a milímetro. Les dejamos continuar. Abriremos el fuero a boca de jarro. Están a menos de cien metros. Nos creen dormidos. . .

Aullan en tropel: – Añá – mem – buí . . . bolís. ¡Viva el Paraguay!” . . .

Nuestros soldados replican: – “Ahora “pilas”. . . hijos de puta. . . ¡Viva Bolivia!”

El dragoneante Chura se desgañita gritando: “Pelas . . . pelas cojoros. . . avansate si eres hombre!”

Asaltan frenéticos. Llegan a los cincuenta metros. La metralla los siega inmisericorde. Son aniquilados cien hombres del Regimiento “Acá Carayá”. Sus muertos nos proveen de nuevos elementos: munición, dos livianas, agua de sus caramañolas y tabaco.

Hay que ir en busca de los víveres y municiones dejados por el enemigo. Se hace necesario organizar esta faena. Al efecto, el cabo Cuchallo, de Huanuni, sale con dos hombres para recoger esos artículos de vida que para nosotros resultan asombrosamente providenciales.

Cuchallo abandona la zanja y se aproxima hasta los primeros muertos. Estamos listos para protegerlos de posibles sorpresas. Observo y veo cómo el cabo esgrime incansablemente su machete. ¿Qué sucede? ¡Está ultimando heridos! Desciendo de mi “chapapa” para impedir tan horrenda tarea. El cuadro es espeluznante. Hay un hombre con el cuello sangrando y, lo que es peor, hay también un testigo: es un cadete paraguayo casi imberbe. Está herido. Me acerco a él, le mojo la cabeza con el agua de su caramañola y le instruyo para que llegada la noche llame en voz alta a sus camilleros. No lo tomamos prisionero, pues no podríamos curarlo. . . El cadete desea conocer mi nombre. Se la doy.

– ¿El suyo? – pregunto a mi vez –.

–Cadete Dionisio Barreiro – contesta–.

Le pido no revelar, bajo palabra de honor, a sus jefes, la escena que viera antes. . . Nunca olvidaré el rostro de este niño que no se queja y que responde como un hombre:

–“No diré nada, mi Teniente”.

Al anochecer Barreiro llama a sus camilleros. Les dejamos acercarse y llevárselo.

SEPTIEMBRE 24 DE 1932

El alba. Inundan mis pulmones raros efluvios con sabor a sereno y aromas silvestres. Luchanes, tuscas y urundeles enlazan con ágiles lianas a las garbosas palmeras en estrechos abrazos, como si celebraran el triunfo de la vida. La fronda acompaña con suave murmullo tan alegre fiesta. Las aves canoras parecen modular sus más dulces trinos para axaltar el esplendor del sol que asoma. Esta noche la naturaleza ha trocado sus ropajes grises por galas reverdecientes. Observo mi calendario. . . ¡Empieza la primavera!

Comunico, a mis soldados tan feliz nueva. No alcanzan a comprender mis ingenuos transportes. Emocionado, recuerdo la trayectoria de mi vida. Nada notable. Añoro los días de la infancia y evoco las faenas disciplinadas del Colegio Militar. . . ¿Amores? No tuve tiempo para gustarlos. Conclusión desconcertante: no he vivido la vida.

Respiro con frenesí. La pradera está cubierta de manchones multicolores. Un nervioso pintor parece haber derramado gotas de bermellón nacarado en un infinito amarillo de pétalos de retama. Es un enjambre de mariposas que tachonan un punto del agreste paisaje. Voy hacia el lugar y las mariposas levantan su vuelo multicolor y, ¡oh sorpresa! queda en descubierto el cadáver de un hombre que entre sus albos dientes quisiera

ensayar una risa macabra. Dijérase que se ríe ante esa paradoja, cruel y eterna que constituyen la Primavera y la Muerte.

Momento crítico. Cincuenta hombres del Regimiento “Boquerón” al mando del cadete Sisa, han irrumpido en nuestras zanjas. Conteniendo el asalto ha muerto heroicamente el Subteniente Luis Reynolds Eguía. De una estocada le han atravesado la garganta.

El Coronel Marzana ordena al Capitán Luis Rivero retomar la posición perdida. El “chaleco” Rivero cumple la orden. Con diez camilleros se lanza al asalto; sucumbe, abatido por una ráfaga. Le reemplaza el Subteniente Enrique Barriga, quien, a pecho descubierto, consigue desalojar al invasor. Muere Sisa. Pero también cae Barriga. Tiene el pecho perforado y en la espalda un enorme boquete.

(El subteniente Enrique Barriga Larrazábal, ilustre hijo de Oruro, milagrosamente recuperado, retornó un día a la Patria después de prolongado cautiverio, pero murió abandonado en un hospital de La Paz, víctima del mal que le causara su gloriosa herida de Boquerón; pero antes, fue dado de baja del Ejército, “por falta de espíritu militar”). . .

Barriga murió exclamando: ¡ABNEGACIÓN,
NUNCA SERVIDUMBRE MILITAR!

¡Qué fácil es hacer alarde de “espíritu militar” en tiempos de paz. . .!

Hago una visita de cortesía al “pahuichi” de los cirujanos Eduardo Brito y Alberto Torrico Ovando. Realizan su misión en forma abnegada, ayudados por el Suboficial de Sanidad José Parrilla Ugarte. Curan más con palabras que con instrumentos, porque no disponen de ninguno. Veo cómo amputan la mano a un soldado. Con un ensarrado bisturí hacen el corte y con fórceps de dentista quiebran los huesos.

Al soldado Melcón, de Chuquisaca, la deflagración de una granada le ha hecho abrir la boca; una esquirla se le ha incrustado en la lengua. El cirujano no halla la forma de contener la hemorragia; le consuela y trata de animarle. El pobre soldado sabe que se está muriendo; la sangre le ahoga la respiración. Va apagándose la llama de su joven vida.

Torrico me pregunta:

– “¿Vivimos en la edad de las cavernas?”

–Sí. Nuestros gobernantes, hijos de perra, nos han colgado en el último recanto de la tierra nuestra, sin importarles un ardite de las leyes humanas a las que tenemos derecho, –le respondo–.

Este doctor, dicharachero e ingenioso, se hace fácilmente confidente de oficiales y soldados. Nos narra pasajes jocosos de su vida de estudiante en Sucre. Me propone le haga conocer mis posiciones. Lo conduzco a ellas. Subimos a mi “chapapa” desde donde se avizora el campo de lucha, como de una atalaya. Con la ayuda de los prismáticos descubre a un oficial paraguayo escondido detrás de unas tuscas; lleva puesto en la cabeza un casco colonial blanco. . . Torrico me lo señala. Apunto la liviana, graduando su pestillo para el fuego de punto y disparo. El oficial no da señales de vida. El doctor Torrico protesta ante la idea de haber contribuido como coautor del suceso. Retorna a su “pahuichi”, contrito y apesadumbrado.

SEPTIEMBRE 26 DE 1932

Vuela un avión sobre el Fortín. Esta vez el Generalísimo impetra y amenaza al mismo tiempo: “Tres o cuatro días más y la otra División de Refuerzo, al brioso empuje de sus bayonetas, logrará vuestra liberación. No obstante es preciso que restrinjáis vuestra alimentación reduciéndola a lo más estrictamente necesario. El alimento moral bien puede compensar las privaciones físicas... ¡Dios está al lado de las causas justas!”.

Decididamente, el Generalísimo ha perdido los estribos. . . Cree contar con divisiones fantasmas. ¿Por qué no ordenó la retirada, si no tenía el deseo de com-

prometerse en una batalla decisiva? ¿Por qué no ordenó evacuar Boquerón para atraer al enemigo a una segunda línea de defensa? El Generalísimo confía en Dios y en un sistema de refuerzos por “cuenta gotas”. Sostiene que el alimento moral compensa las privaciones físicas. . . A mi cebado Generalísimo yo desearía verle ayunar un solo día. ¿Por qué nuestros grandes hombres asumen papeles que no les corresponden y hacen sufrir a sus pueblos toda suerte de calamidades?

Esta vez, sí, que las vi negras. . . Al atardecer y en vista de la calma reinante, nos hallábamos tendidos sobre una “chapapa” conversando Joaquín Reynaga, Samuel Rocha y Pedro Collorana. Los dos primeros conscriptos son oriundos del risueño Quillacollo y el último altioplánico. Oía extasiado los comentarios sobre sus audaces, según ellos, escaramuzas amorosas con unas cholitas de Tupiza, a su decir, también, bastante “competentes”. . . En esto nos interrumpe un golpe de fuego de ametralladora enemiga. No tardamos en localizar el sitio de su origen, ayudados por la perspicaz ojeada de Collorana. Respondemos la incitación con otro golpe de fuego de nuestra “Madsen”. Al intentar cerciorarnos de su efecto, recibimos en plenas narices una rociada de balas y de astillas de los troncos que nos protegen. Pasó mucho tiempo hasta darnos cuenta cabal de que aún seguíamos con vida. Rocha tiene incrustado un proyectil en el hombro, aunque superficialmen-

te. Reynaga nos llama a la serenidad, exhortándonos con un patético: “Jesús, hay que decir mi Teniente: rezaremos mi Teniente”. . .

Lo que pasó fue, que los “pilas”, trataban de ubicar nuestra “chapapa”, y consiguieron su objetivo debido a nuestro apresuramiento al dar contestación inmediata a su golpe de fuego. Descubierta nuestro emplazamiento, nos apresuramos a construir otro, y mejor “camuflado”, en medio del espeso follaje, desde donde seguiremos el mínimo movimiento de los tiradores enemigos; pero, creo será hasta la próxima nomás. . .

SEPTIEMBRE 27 DE 1932

El asedio se intensifica. Vuelan aviones enemigos a escasa altura. Son “Potéz”, pesados y lentos. Arrojan algunas bombas de fabricación casera. La tropa está exhausta. Se ha declarado una epidemia de disentería. Nadie logra hurtarse a la tentación de comer “sipoy” (raíz jugosa pero intoxicante que momentáneamente aplaca la sed). Otros mastican cuero tostado de mulo. Enferma y agotada la tropa sigue combatiendo. Vigila al enemigo de día y de noche.

Al mediodía, caliginosa y asfixiante atmósfera, que da la sensación de poderla apartar con las manos o cortarla de un tajo, nubla la vista de los que empuñan el fusil sin darse minuto de tregua. Cejas y pestañas

destilan densas gotas de sudor. Es que la temperatura se ha elevado de súbito hasta los 42ª a la sombra. Emanaciones detritus vegetales se confunden con la hedentina humana expuesta al sol inmisericorde, que todo lo pudre y calcina. Y hasta el apestante vaho que despidе el propio cuerpo, se fija en el olfato, cual nauseabunda cadaverina. Que anuncia el aciago sudario que envolverá a los mártires guardianes de la honra nacional en Boquerón.

El pesado y bochornoso ambiente que flota en rededor, se alía con el enemigo, acultándole y permitiéndole disparar arteramente sus dardos de fuego, sin que podamos siquiera conservar abiertos los ya alestargados ojos. Más, ¿es que todos los elementos han confabulado contra nosotros? No llueve desde que comenzara este macabro pandemónium. Los hombres jadeantes, arañando como enloquecidos el infinito con sus absortas pupilas, parecen intentar romper el empañado espejo de los cielos, para precipitar ilusorias cascadas de agua fresca y cristalina...

Astroso atuendo ostenta esta legión de varones. Se tiran, como inútiles, chamarras y camisas. Los torsos desnudos, semejan sarmentosos gajos, asolados por voraces llamas. Un pañuelo amarrado a la cabeza, con resacas hojas dentro, brindan ingenuo señuelo a los insolados. . . Sublimizante miseria realza la extenuada

figura de estos privilegiados hijos de Bolivia, en su cita con la gloria. . . Digna necrópolis, para los héroes del Pueblo, la bóveda verde, frondosa y magnificente del Chaco Boreal, ¡que es boliviano!

Aprovecho unos minutos libres para visitar a mis soldados heridos. Un galpón en ruinas hace de hospital. Nadie se queja. Imbecilidad colectiva domina a las facciones. Es el dolor adormecido. . . Todo está impregnado de un hedor insoportable. La fetidez de la muerte penetra al estómago. . .La gangrena gaseosa corroe la carne, los huesos. . .Mis soldados no me reconocen. Les llamo por sus nombres. Si sólo pudiera mojar sus labios con una gota de agua. . .Pugna en mi pecho la indignación. Les grito: —¡Soldados inocentes!. . .¡Algún día revelaré al pueblo que mantuvisteis en alto el sacrosanto emblema de la Patria, pero que también os sacrificasteis, para encubrir la traición de los impostores de la retaguardia!

Apunta la autora. Los centinelas de escucha, adelantados a cincuenta metros de nuestras zanjas, informan lo que han oído hablar al enemigo durante la noche. Se presume que vienen más tropas de Asunción. Han citado varias veces a los vapores de la Compañía Mianovich y a las cañoneras “Humaitá” y “Paraguay”.

Falta un centinela. . .¿Quién? Antolín Mazurco, de Apolo. Mando buscarlo. Mazurco vuelve en los

hombros de un compañero. Me mira fijamente como interrogándome. . . No sé por qué rehúyo el mirarlo de frente. Parece reprochar mi olvido. Lleva en las manos un bulto informe. Me cuesta convencerme, pero son sus intestinos y trata de rellenarlos en el vientre. Hace dos horas los “pilas” le dejaron por muerto en su puesto de escucha.

Mientras buscamos una manta para transportarlo al Puerto de Socorro, le dejamos solo. Unos segundos, y nos sorprende un disparo. Mazurco, introduciendo el dedo mayor del pie en el gatillo de su fusil, se ha hecho saltar el paladar. . . Desconcertante la determinación. No quiso prolongar su agonía. La pesadilla continúa para nosotros.

SEPTIEMBRE 28 DE 1932

A media noche se oye los sonos de una banda de música. Las tropas paraguayas corean una canción de guerra que se llama “Campamento Cerro León”. Es la polca de la Triple Alianza. Su letra dice así:

“Campamento de la trinchera
Fortín Galpón Che – ví – jaté
Ipúmaco la diana Fortín guaré
ro – ñé juntá. . .

“El día que los bolivianos

ñandé derecho no – respetai
 yajá paipé entero. . .
 a las armas los mitai”

Emocionado, siempre sentimental, suena de nuevo el charango. Clama la voz del Ande, imprecación de alma humilde:

“ . . . Al ausentarme de ti
 vierto lágrimas amargas
 y si la ausencia es tan larga
 tal vez te olvides de mí. . .

“ . . . Adiós, adiós, adiós para siempre, adiós,
 juraremos con la muerte
 los amores de los dos. . .”

Son dos razas distintas puestas frente a frente. La una, fatalista y serena, impasible como la estepa altiplánica. La otra, cálida, enervada por el atavismo de su ancestro guerrero.

Los “pilas” desafían a la muerte sin miramientos. Temerarios, combaten procurando poner en ridículo a su adversario. Se mofan de él, se complacen en aturdirlo con gritos salvajes, que imitan los aullidos de las fieras del monte, o el relincho de los potros cerriles. Parece que la guerra les es cómoda. Diríase que complementa el ansía de su vida selvática.

Llevar blusa y pantalón de tela ligera color verde olivo, sombrero de ala ancha, con una parte de ella levantada sobre el rostro, como quien quisiera destacar la prestancia de su porte. Se equipan con poncho arrollado a la bandolera, bolsa de municiones y de víveres al mismo tiempo, una pequeña lata de agua colgada al cinto, el fusil, el yatagán y unas cuantas granadas de mano pendientes de cualquier lugar en el correaje. A ninguno le falta la “guampa” de cuerno de res para masticar. Mezclan la galleta dura con agua, y se dan por bien alimentados. Combinan agua con yerba mate y sacian su sed (tereré). Hacen resaltar la arrogancia de su figura protegiéndose las rodillas y los codos con tiras de cuero de vacuno que los llaman “guarda-montes”. Los zapatos los llevan pendientes al hombre, como objeto inútil. El filoso cuchillo lo utilizan para cualquier menester, lo mismo cortan con él su “zoquete” de carne como la garganta del adversario. Tienen tendencia a herir la yugular, debe ser la influencia atávica de las tribus guaraníes. . . Andan por la espesura con agilidad de tigre. Gritan al hablar, con guturaciones extrañas, que saben a selva bravía. Casi todos cantan y tocan el “mbaracá” (guitarra). Son poetas y músicos. En el combate cuerpo a cuerpo nos aventajan. Lo reconocemos, y por esto preferimos despacharlos a prudente distancia.

¡El Infierno Verde es atroz! Los comejenes y los bichos del monte lo invaden todo. Las víboras cascabel pueden morder cuando menos se espera. Las moscas gigantes agusanan las heridas dentro de las cuatro horas. Los mosquitos penetran en los párpados infectándolos. El sudor ciega los ojos, pues la temperatura no baja de los 42^a a la sombra; en contraste, los surazos, con sus gélidos vientos, azotan implacables la naturaleza chaqueña. No hay abrigo posible contra tan lacerante castigo. La avitaminosis diezma los organismos más vigorosos. En tiempo de lluvias, los pantanos cierran las sendas y las picadas. En época de sequía, no se encuentra ni una sola gota de agua.

SEPTIEMBRE 29 DE 1932

Las dos de la madrugada. Somos citados los oficiales al Puesto de Comando del Coronel Marzana. Nos habla en estos términos:

—“El enemigo acaba de ocupar una posición en el sector norte de nuestro dispositivo de defensa. Han capturado prisioneros. Nuestra línea está rota. El Alto Comando sólo nos ha hecho llegar proclamas pero ninguna orden que altere el curso de la batalla. Por sí no podemos rechazar el asalto de esta madrugada, el Sub-Oficial Carlos de Ávila, enterrará secretamente la bandera del Fortín en un sitio bien ubicado. Deben destruirse las armas automáticas, puesto que no hay muni-

ción para alimentarlas. Siendo inminente el definitivo asalto del enemigo, pregunto a ustedes su opinión”.

Hablan algunos oficiales. Pido la palabra y expreso:

–“Mi coronel, sólo unos cuantos de mis soldados tienen diez o doce cartuchos. El enemigo se encuentra a distancia mínima de asalto (50 metros). Sus tropas han sido relevadas hace una hora. Nuestros soldados no resistirán el cuerpo a cuerpo, porque están aniquilados y postrados físicamente. Quiere decir que ha llegado el momento decisivo”.

El Coronel Marzana, concluye:

–“Dios sabe que hemos cumplido nuestro deber y que lo seguiremos haciendo. Os agradezco en nombre de la Patria vuestros sacrificios. Volved a vuestros puestos. . . ¡SUBORDINACIÓN Y CONSTANCIA!”.

Respondemos: – ¡ VIVA BOLIVIA !

El alba. Los “pilas” parten ruidosamente sus galletas. El rumor de sus voces nos llama a la realidad de su número. Destruyo mi liviana contra un árbol y la reemplazo con un fusil. Ordeno a mis soldados calar la bayoneta. Los soldados sanos deben defender a los enfermos y heridos en el momento del asalto final.

Cinco de la mañana. El Coronel Carlos G. Fernández, Comandante de la I División Paraguaya, solicita enviar sus parlamentarios al Coronel Marzana. Se les permite ingresar al Fortín a un jefe y dos ayudantes de campo. Fernández, dice, conoce a fondo nuestra situación: la califica de desesperada y suicida.

A nombre de Estigarribia, sugiere una tregua para enterrar a los muertos de ambos bandos. Asimismo, ofrece vehículos para evacuar a nuestros heridos hacia Yujra.

En estos momentos se inicia un nutrido tiroteo en todo el contorno de nuestras posiciones. En algunos lugares, el enemigo que se encontraba a diez metros de distancia, irrumpe en las zanjas y en vez de ultimar a nuestros soldados a bayonetazos, los abrazan, les dan agua y se apresuran a ofrecerles sus paquetes sanitarios.

La verdad es que el Alto Comando Paraguayo, había instruido a sus soldados, para que evitaran el cuerpo a cuerpo, a fin de ahorrarse mayores sangrías, ya que el número de sus bajas hasta este momento, había sobrepasado toda expectativa.

Mientras esto ocurre, y a la distancia, los capitanes paraguayos Fretes y Paredes gritan mi nombre. También a gritos les conminamos a no avanzar puesto que nuestros jefes aún están parlamentando. Disminu-

yen la marcha, pero prosiguen. Tratan de persuadirnos con razonamientos amables. Sostienen que siempre hemos sido hermanos, que debemos evitar el derramamiento inútil de sangre, que no tenemos por qué seguir peleando. . . No obedecen a una última intimación. . . Mis soldados abren el fuego a quemarropa. Fretes, herido en la pierna, hace alto.

Oficiales y soldados paraguayos invaden nuestras posiciones, en el primer minuto furiosos, pero al percatarse del estado físico de sus adversarios, se apresuran a extendernos la mano. . . ¡ Extraño e insospechado desenlace!

Somos prisioneros del Mayor Britos, Comandante de Batallón del Regimiento “Itororó” II de Infantería.

Cegado por la modorra no atino a medir los acontecimientos en toda su magnitud. Súbita estupidez me invade. . . Camino a tiendas. . . ¡LA BATALLA DE BOQUERÓN HA TERMINADO!

El Comando Paraguayo hace desenterrar nuestros muertos para contarlos. Colérico, no admite que Marzana hubiera combatido sólo con doscientos cuarenta hombres en los últimos días. . . Interrogatorios de guerra sumarios. . .

¿Dónde están las ametralladoras?

Están destruidas – es la respuesta general-

¿La bandera del Fortín?

Nadie sabe de ella.

Con los ojos cubiertos por el sueño agobiante, veo desfilar la otrora altiva columna de mis soldados, rumbo al cautiverio, por los tortuosos senderos del Chaco. . . del INFIERNO VERDE.

El Coronel Gaudioso Núñez, Comandante de la II División Paraguaya, hombre infinitamente humano y exquisito “gentleman”, nos retiene en su Puesto de Comando. Sus oficiales y soldados nos observan como a ejemplares raros. Nos ofrecen reparador mate con leche condensada y galletas. Mezclo estos caros elementos con dos latas de “corned beef” de fabricación argentina. . . Ninguno de nosotros se cuida de engullir raciones que por fuerza tendrán que enfermarnos. . . De pronto, aparece el Coronel Marzana, saliendo de una picada, le conducen con los ojos vendados. Le contemplamos absortos. Las gargantas se anudan. Las lágrimas inflaman los ojos reseco, imposible de contener los sollozos.

Gaudioso Núñez, ordena:

-“¡Oficiales y soldados del Paraguay, saludad las lágrimas de estos valientes. Los guerreros también sa-

ben llorar! ¡Atención!”.

Todos se cuadran y saludan. Ellos también lloran. Son los soldados que por veintitrés días nos han atacado furiosamente, hasta vencernos.

ISLA POÍ

Alguien me llama. . . Me presento. El doctor Recalde, Cirujano Mayor del Ejército Paraguayo, me ordena seguirle. Presiento alguna denuncia. . .

En el Hospital de Isla Poí me muestra una cama en la que yace un herido. Me interroga:

-“Teniente, ¿reconoce a este cadete?”

-No, -respondo-.

-“Es el cadete Dionisio Barreiro, a quien usted curó y permitió le recogieran nuestros camilleros después de un asalto. . . El Ejército Paraguayo se complace en reconocer que los oficiales bolivianos son generosos y humanitarios en la guerra. El cadete Barreiro ha solicitado sea usted atendido junto a él en el mismo Hospital. Puede permanecer a su lado”.

ASUNCIÓN

Rutilantes luces que copian en las tranquilas ondas del Río Paraguay, dibujan las formas de una ciudad desparramada en anfiteatro. La Cañonera “Hu-

maitá” entra en el Puerto de Asunción. Trae a bordo a los prisioneros de Boquerón. Abigarrada muchedumbre aguarda en los muelles. Los silbidos anuncian la hostilidad colectiva. Cólera y odio concitamos los que, en veintitrés días, habíamos colmado los cementerios y hospitales del Paraguay.

Marzana, diez barbudos y rengueantes oficiales y doscientos soldados, somos empujados a tierra; pero no somos seres humanos, sino espectros, cadáveres arrastrándose. Las camisas, hechas girones. Los pantalones, acortados hasta el ridículo. ¡Ridículo magnífico! Ninguno puede mantenerse en pie. La debilidad física vence a la altivez.

La multitud dispuesta al ultraje, se paralogiza. Vacila. Ha cambiado en segundos la faz de su indignación. . .Grueso velo de lágrimas empaña las pupilas de hombres y mujeres. . .Los prisioneros de Boquerón son piltrafas humanas a las cuales un niño no haría daño. El pueblo paraguayo, hidalgo, no articula un reproche. El estupor y la consternación estrujan las gargantas. . .

Un “mitái” (niño), descubre a nuestro Jefe y Grita:

-“¡Bravo Marzana!”

Es la señal. La multitud rompe las filas. . .Unos ofrecen agua, otros cigarrillos y “chipás” (pan de mandioca). Las mujeres preguntan por nuestras madres,

quieren saber si tenemos hijos. . . Idiotizados, maltrechos, malheridos, soñolientos, no atinamos a responder. ¡Dormir, dormir! es lo que anhelamos. Ojalá nos fuera dado dormir para siempre.

OCTUBRE 10 DE 1932

“EL ORDEN”, de Asunción, en incisivo Editorial, analiza y revela el balance de la Batalla en estos términos y con estos datos:

“Boquerón estaba guarnecido por fracciones de la IV División Boliviana, bajo el Comandando del Teniente Coronel Manuel Marzana Oroza, con un total de 619 hombres, una pieza de artillería 7,5 “Schneider” (1911), 8 ametralladoras pesadas “Wikers”, 15 livianas “Madsen”.

Nuestro Primer Cuerpo de Ejército, a las órdenes del Coronel Estigarribia, contó con un total de 15.000 hombres de los cuales 2.500 pertenecían a la caballería, sin nombrar los efectivos del Servicio Auxiliar de retaguardia. Quiere decir que los bolivianos han luchado en una proporción de UNO CONTRA VIENTE. Nuestros armamentos han estado sujetos a este detalle: 24 cañones 105 y 7,5; 15 morteros “Brandi”; 250 ametralladoras entre pesadas y livianas.

Estigarribia, si bien consiguió en definitiva una victoria, ésta en lo moral, pertenece a los bolivianos. El Alto Comando Paraguayo ha incurrido en fallas imperdonables; una victoria más como la de Boquerón y habremos emulado las victorias de Pirro.

El procedimiento para la batalla se ha ceñido sobre hipótesis absurdas que motivaron el empleo de la totalidad de nuestro Ejército, contra una insignificante “cobertura” del enemigo. Boquerón puede caracterizarse como una batalla MAL PREVISTA, IMPROVISADA, Y SIN DIRECCIÓN.

Nuestras pérdidas alcanzaron cifras muy elevadas. Aún los organismos responsables no han hecho el cálculo oficial, pero, en base de apreciaciones de testigos insospechables, ellos pueden fijarse en 2.800 muertos y 5.500 heridos.

Innumerables combates de día y de noche, bajo el terrible sol del Chaco o a la luz de la luna, llenaron de despojos sangrientos los cañadones y bosques en el Fortín disputado.

La entrada victoriosa de nuestros soldados al recinto del histórico Boquerón fue empañada por la vista de la espantosa tragedia que envolvía a sus valientes defensores. Diez oficiales y doscientos cuarenta soldados, en último extremo de miseria física, desfilaron

silenciosos, hacia Isla Poí. Por todas partes armamento destruido, equipo, cadáveres y escombros. En un galpón oscuro, cubierto de harapos, mugre, sangre, estiércol, y gusanos, se revolcaban más de cien moribundos sin curación, sin vendas y sin agua. En la pobre medida que le permitían sus propias circunstancias, el Ejército Paraguayo socorrió la miseria doliente de su adversario vencido.

Hay que reconocerlo: los bolivianos en la grandiosa Batalla de Boquerón, demostraron su heroicidad sin límites. Fueron unos enemigos magníficos y valientes. “PAZ PARA SUS MUERTOS Y GLORIA PARA LOS SOLDADOS DE ESTIGARRIBIA”.

En declaración nobilísima, Eusebio Ayala, Presidente del Paraguay, se apresura a reconocer el comportamiento y valor moral de sus adversarios de Boquerón, en estos términos:

“Los oficiales bolivianos que se batieron en Boquerón y que hoy son nuestros prisioneros, provocan un sentimiento admirativo. Se comportaron con tal bravura y coraje, que merecen todo nuestro respeto”.

PRISIONEROS DE GUERRA

Sombríos días de cautiverio jalonan nuestra permanencia en tierra enemiga. Tribulaciones sin cuento. El martirio implacable del hambre. T.B. es el diagnósti-

co generalizado. La Cruz Roja Internacional rubrica el desconocimiento de todo derecho humano a los prisioneros de guerra en el Paraguay.

Bajo el ardiente sol del trópico y bajo el látigo esclavista de los custodios sádicamente perversos, diez mil cruces, de diez mil prisioneros, marcan los hitos del progreso caminero en el erial Guaraní.

Cuadrillas de “prisioneros de guerra” son dados en alquiler para ser subalquilados a los estancieros y capataces de los yerbatales y “capueras” del agro paraguayo.

“Trabajos forzados” en las Canteras de Tacumbú y Emboscada. También Cañabé, Cambio Grande, Peña Hermosa, son la fosa común de una generación angustiada y encarnecida de bolivianos inermes en poder de los bárbaros negreros.

¡Honor para los que supieron llamarse bolivianos en suelo extranjero! ¡Gloria para los que sembraron sus huesos en ella! ¡Afrenta para los “estadistas” a quienes Dios perdonará pero que no merecerán de la Historia, ni el perdón de su olvido!

EVASIÓN

Tempestuosa noche alienta nuestra fuga del Campamento de Prisioneros de Paraguarí. Los Subte-

nientes Clemente Inofuentes, Armando Escóbar Uría y yo, tomamos la abrupta ruta de la liberación hacia el Sud “clavado”.

Extensos yermos venos peregrinar incansablemente, cruzando arroyos y esteros. El caudaloso Tebí Cuarí nos cierra el paso; lo vencemos. Alcanzamos la frontera argentina. Pobladores impiadosos nos capturan. Esbirros a caballo nos arrastran al paso de sus cabalgaduras. Somos entregados a la Comisaría paraguaya de Villa Florida en el Territorio de las Misiones.

Nos recluyen en las celdas del Presidio de Asunción, destinado para delincuentes comunes. Asfixia. Promiscuidad infecta. La hez de la criminalidad paraguaya se revuelca en espantosas aberraciones sexuales. Otra vez el martirio del hambre implacable.

Se ha firmado “La Paz del Chaco”. Florecen las esperanzas. . .

REPATRIACIÓN

Un tren cruza el norte argentino. Detrás queda Formosa. La “Comisión Militar de los Neutrales” nos convida a reparar las fuerzas en una fonda de Tartagal. Espectadores argentinos admiran nuestra torpe avidez. Una mano amiga pone un disco en la vitrola. Son brisas collandinas de allende el Pilcomayo.

“ . . . Llorarás cuando mañana
tal vez de mí nadie se acuerde. . .
porque del INFIERNO VERDE. . .
sólo Dios se acordará” . . .

Ganas dan de lagrimear. . . Tiernos, aún sentimentales. . .

EN SUELO PATRIO

Aurora preñada de emocionadas alegrías anuncia la proximidad de la Patria. Cielo Azul y reluciente esmeralda marcan la frontera de nuestras inefables ansias. . . No lejos, un “palo a pique”, una casita de techo rojo y una tricolor ondulada por suave vientecillo, nos aguardan al parecer alborozados. . . Sones marciales de una charanga militar conmueven el alma obligándola a trances irreprimibles.

¡Al fin! ¡Yacuiba a la vista! Años de angustiada ausencia quedan atrás, orlados de imborrables cicatrices. . . Caemos de hinojos, en éxtasis, para coger puñados de tierra boliviana, la paladeamos: dulce, húmeda, perfumada.

“¡DERROTISTAS Y TRAIADORES”!

Villamontes, Una orden reza:

-“Los subtenientes Alberto Taborga y otros sub-

alternos, prisioneros repatriados, deben presentarse ante el Jefe de la Desmovilización”.

Un galonado, de rasgos faunescos, hostilmente nos conmina a permanecer de pie, para luego arrojar-nos al rostro la baba de su alma rencorosa. Increpa:

-“Ustedes, carajos, se han atrevido a criticar y censurar la situación del Alto Comando. Nuestro Servicio de Informaciones, nos ha hecho saber de sus conciábulos en el Paraguay. Han conspirado contra el Gobierno y contra la seguridad de la Nación. ¡Derrotistas! ¡Traidores! ¡Aún estamos en tiempo de guerra! ¡Serán procesados! ¡Los vamos a fusilar!”

Energúmenos, respondemos:

-“¡El traidor y carajo es usted, beodo, disoluto! Los oficiales jóvenes del Ejército, hemos cumplido lealmente nuestro deber para con la Patria. Mientras ustedes los generales y coroneles jaraneaban en los comandos de retaguardia, nosotros codo a codo con los soldados, sostuvimos en la trinchera las responsabilidades que ustedes por incapaces no supieron enfrentar! ¡Ya llegará la hora en que será usted ajusticiado por los caídos de Picuiba!”.

El beodo trina:

-“¡La guardia. . .!”

Los “bizarros héroes” de la retaguardia nos conducen a empellones a los calabozos de la Policía Militar. . . ¿También, cautivos, en la Patria que tanto añoramos. . .? ¿Quién nos llamó traidores?

EPÍLOGO

Mientras en el Paraguay, el “Presidente de la Victoria”, Eusebio Ayala y José Félix Estigarribia, el “Forjador de los Milagros”, eran conducidos cargados de cadenas a comparecer ante el soberano tribunal de su pueblo, para dar cuenta de sus errores y desaciertos en la conducción de una guerra en la que esa Nación, en resumen, capitalizó ganancias efectivas, en la ciudad de La Paz, hacían su entrada triunfal los “Generales de la Derrota”, derrotados en el campo de las armas, pero vencedores en la liza de las concupiscencias y la inmoralidad cívica.

Ominoso espectáculo el que estos histriones brindaron a la bolivianidad acongojada, al terminar la contienda, luchando recién, con singular denuedo y arrogante porte, no ya para jugar a la guerra, sino para manosear con mano torpe los destinos colectivos y apoderarse de la más alta magistratura de la República.

Lograron al fin proditoriamente su ambición, detentando el sitial que el Mariscal de Ayacucho honrara un día, y lo hicieran con ignara torpeza, impelidos por sólo subalternos apetitos, sin responsabilidad ante la historia y sin respeto a sus fallos, que son inapelables.

Infelizmente, en esa menguada hora de nuestros comunes destinos, no estuvieron solos al timón de la Pa-

tria desmantelada y empujada a la deriva en el proceloso mar de sus desventuras, también los doctos, consejeros del desastre chaqueño y de la capitulación “La Paz del Chaco de Buenos Aires”, ingenuos e inconscientes, al no medir el desangre humano y la impotencia paraguaya frente a las posiciones de Villamontes, acudieron comedidamente a su vera, para quemarles mirra en sus tiendas levantadas sobre los escombros de la Patria y aclamar, con rajada voz, sus desatinos gubernamentales y el desconocimiento de inmanentes derechos populares. Ellos fueron, los tradicionales politicastros, rastacueros del oportunismo mendicante, que a través de varios gobiernos carentes de ideología e híbridos en su mezcla, se dieron la mano, para borrar con trapo empolvado, sus crímenes de lesa patria y los del “HOMBRE SÍMBOLO”, que llevó a la bancarrota a todo un Pueblo, sacrificado y crédulo, pero que jamás renunciará sus señeras virtudes de un acendrado y sublime patriotismo.

Sírvanos de aleccionadora experiencia la decepcionante tragedia chaqueña. Empero, urge reconstruir la Patria, apuntalada por vigorosa convicción nacionalista, no obcecada ni ahogada en aislacionismo suicida. Acción constructiva, que reforzará la unidad boliviana, para ponerla al frente de ambiciones no disimuladas, que un día buscarán alcanzar aquellos países que ven en nuestros petróleos, el maná soñado de su resurgimiento económico.

Los hechos, que marcan el comienzo del vía crucis boliviano en el Chaco, narrados en estas descarnadas páginas, forjadas en las horas de intenso dolor que le tocó vivir a mi generación, angustiada y castigada duramente por todos los infortunios, aureolada con la corona del martirio y dueña de una tradición de lucha en servicio de la Patria en los Campos de Batalla del INFIERNO VERDE, justifican ante la Historia del Pueblo Boliviano, las causas substantivas que motivaron la insurgencia revolucionaria en el campo político, económico y social, de Excombatientes consagrados por su ejecutoria guerrera, como réplica viril y sanción condigna al claudicante y traidor ejemplo que le quisieran imponer los derrotados del Chaco.

FIN

ANEXOS

“ASOCIACIÓN DEFENSORES DE BOQUERÓN”

LA PAZ- BOLIVIA

La Paz, 30 de agosto de 1950

Al Señor Mayor
Don Alberto Taborga T.
Presente

Señor Mayor:

Transcribo a Ud. el informe evacuado por la Comisión de Soldados Integrantes de esta Asociación, con respecto a su valioso libro “BOQUERÓN” (Diario de Campaña).

Sujetándome a dicho informe tengo el placer de autorizarle plenamente su publicación.

Pero no puedo dejar de lado mi deber de felicitar a Ud. por tan nítido aporte a la Historia Patria. Pues también me cabe certificar la veracidad de cada uno de los incidentes que se sirve anotar en su Diario de

Campana, hechos que me tocó espectralos y vivirlos junto a ustedes y a nuestros heroicos caídos en aquellos gloriosos días.

Como Cirujano del Fortín Boquerón, pude admirar el recio temple de nuestro Comandante el Coronel Marzana, de usted, valeroso Oficial a quien me tocó resañar sus heridas, así como la fe patriótica de cada uno de los valientes oficiales y soldados, que supieron hacer gala de un valor indomable en 23 días de fragoso combate, para defender a las fuerzas paraguayas invasoras.

Con este motivo, tengo el alto honor de saludar a mi distinguido y entrañable amigo, como su atto, y S. S.

(Fdo.) Doctor Alberto Torrico Ovando
Presidente

Héroes y mártires, soldados de la Patria en Boquerón, exponen sus opiniones sobre este libro, confirmando el detalle histórico impreso en sus páginas.

“ASOCIACIÓN DEFENSORES DE BOQUERÓN”
LA PAZ- BOLIVIA

La Paz, 19 de agosto de 1950

Al Señor

Presidente de la “Asociación Defensores de Boquerón”

Doctor D. Alberto Torrico Ovando

Presente

Señor Presidente

Habiendo sido designados por esa Presidencia, para estudiar y luego evacuar un informe sobre la obra intitulada “BOQUERÓN” (Diario de Campaña), propia de nuestro dilecto y distinguido compañero de armas el Mayor Don Alberto Taborga T., nos cabe expresar lo siguiente:

En dicho obra han sido contemplados todos los aspectos relacionados con la defectuosa conducción de la Guerra del Chaco en su primera fase. Asimismo, han sido citados los factores políticos, militares, sociales y económicos que guardaron relación con el notorio desarticulamiento existente entre el Gobierno, el Alto Comando Supremo en Campaña y la Diplomacia externa. Fallas que son imputables a los gobernantes que tomaron a su cargo la conducción de la Guerra.

En cuanto a las descripciones que hace el entonces Subteniente Alberto Taborga, de las acciones tanto en conjunto como aisladas dentro del Cerco de Boquerón, quedan aprobadas, puesto que se ciñen rigurosamente a la verdad de los hechos. Ratificamos también sus conceptos sobre la defección inexplicable de nuestro Alto Comando en aquellos críticos días en que se jugaba la suerte de la Nación.

Nos toca establecer, como corolario del análisis y crítica militar planteada por el Autor, que la resistencia de Boquerón, tuvo la virtud de mostrar el terminante y único camino de las realizaciones morales y materiales, que fatalmente no pudieron ser aprovechadas ni aprendidas por aquellos jefes a quienes les tocó el mando y dirección de posteriores acciones.

Porque los sitiados de Boquerón (600 hombres al comenzar la Batalla), pudieron detener y amarrar durante 23 días al enemigo paraguayo (compuesto de 15.000 hombres, sin contar sus servicios de retaguardia), adversario pletórico en esos momentos, de energías, de moral de ataque, con abastecimientos completos y con armamentos modernos en gran escala, ¿cómo es que, el Fortín Arce, se hubiera abandonado después de incendiarlo prematuramente, siendo así que era una base preparada para “grandes acciones” desde tiempo de paz, con fortificaciones y trincheras construidas hacía cuatro años, con una cañada de agua profunda (Río Verde), con pista de aterrizaje y con caminos troncales que podían abastecerle por el Norte, por el Sud y por retaguardia? ¿Para qué entonces sirvió el ejemplo y el sacrificio de Boquerón? Quiere decir que quienes abandonaron esa estratégica y gran posición, fueron objeto de pánico; que no tuvieron el valor de sentirse bolivianos ante un enemigo ya agotado y desangrado, y que sólo apelaron al ¡“sálvese quien pueda”! de los indecisos. Nos atrevemos a creer que allí, habría concluido la carrera de Estigarribia a los PETRÓLEOS. También no se habrían repetido lo que se dio en llamar, después, las vergonzosas “retiradas estratégicas”, que tanto destruyeron la moral del soldado boliviano.

Hecha esta necesaria aclaración, juzgamos que la obra del Mayor Taborga, ceñida al más estricto y

riguroso detalle, colma la importancia histórica de la Gesta de Boquerón, ejemplo sublime que sabemos han de seguir las generaciones del porvenir en los días críticos que le toque vivir al país sea en los tiempos de paz, en la defensa de su honor, de sus libertades o de su integridad territorial.

No debemos concluir, sin felicitar sinceramente al autor, que fuera uno de nuestros más brillantes oficiales en las trincheras de Boquerón, a quien le vimos y le tuvimos como a un leal, enérgico y valiente camarada. Opinamos porque esa Presidencia conceda el permiso solicitado, para hacer público el inestimable documento que nos ocupa y que pasará a reforzar las páginas de nuestra gloriosa Historia.

Aprovechamos esta oportunidad, para saludar a Ud. muy atentamente.

(Fdo,) Soldados del Fortín Boquerón:

Julián Cruz Orenge – Manuel Lima M. – César Novoa - Daniel De La Fuente Arce – Domingo Escóbar – Pacífico Uribe.

TEXTOS AUTÉNTICOS DE LAS PROCLAMAS
QUE EL ALTO COMANDO DEL EJÉRCITO EN
CAMPAÑA HIZO LLEGAR AL REDUCTO DE
BOQUERÓN POR MEDIO DE LAS FUERZA
AÉREA

Domingo 11-IX-32 Hs. 15.20

El enemigo se encuentra en mal pie.

El Dto Peñaranda atacará al enemigo que sitia Boquerón para dejar expedita la línea y la picada Boquerón – Yujra.

Esta noche enviaré municiones y víveres.

El Presidente de la República, el Comandante Cuerpo Ejército y el de División felicitan por segunda vez a los heroicos defensores de Boquerón.

Avise si llegó Capitán Ustárez esa.

Sosténganse diez días que el Primer Cuerpo Ejército romperá sitio Boquerón. – (Fdo.)General Quintanilla.

Martes 13-IX-32 Hs. 14.

DEFENSORES DE BOQUERÓN

Jefes, Oficiales y Soldados que defendéis la santa causa nacional, haciendo derroche de valor, abnegación y patriotismo, merecéis el bien de la Patria. Vuestro heroico y brillante comportamiento pone bien en alto el bien ganado prestigio del soldado boliviano. Vuestros camaradas también os ayudan y acabarán por hacer retroceder y derrotar al enemigo impotente ante el vigoroso empuje de sus bayonetas, en el nuevo contraataque que realizará. Debéis permanecer firmes en vuestras posiciones. Tened fe en Dios y en la santa causa de la Patria y la victoria será nuestra; seguid peleando con valor y bizarría en la defensa del Verdún Boliviano. El país entero os contempla, vibra de admiración al comprobar que sois dignos de vuestros valerosos antepasados y que respondéis a la gloriosa y legendaria tradición de los próceres de la Patria. ¡Viva Bolivia! (Fdo.) General Quintanilla.

Viernes 23-IX-32 Hs.9.

PROCLAMA COMANDO ICE.

Soldados: Vuestro heroísmo y valor no precisa elogios, ahí está nítido, blanco e indeleble en las pá-

ginas de oro de la Historia Patria. Tamaña bravura y tan grande esfuerzo no pueden ser estériles. Pocos días más y el sol de la victoria iluminará vuestra hazaña, mostrándonos como a los elegidos del destino, para salvar la honra de la Patria. Todos vuestros camaradas os envidiamos. El mármol y el bronce esculpirán mañana vuestros nombres. Defendéis toda la tradición de heroísmo de los próceres que nos legaron Patria y Libertad como hasta ahora seguid luchando como bravos y soportad con resignación y estoicismo todas las privaciones. Preferid morir con gloria dejando un legado suntuoso de heroísmo a vuestra heredad a la ignominia de rendiros o caer en poder del enemigo el que, a más de martirizaros no respetará vuestras vidas. Tres o cuatro días más y la otra División de Refuerzo, al brioso empuje de sus bayonetas, conseguirá vuestra liberación, ejecutando el completo barrimiento de las posiciones enemigas. Defendéis toda la honra del país y el prestigio de su institución armada. Tamaña honra bien merece el sacrificio y la resignación de todas las privaciones. Ya vuestros corazones sentirán latir la condecoración que ostentaréis en vuestros pechos, que os otorga ya el Supremo Gobierno y constituid el blasón eterno de vuestra gloriosa acción. Nuestros heroicos pilotos cuyas proezas habéis espectado, se esforzarán a diario para lanzaros víveres que aseguren vuestro sustento. No obstante es preciso que restrinjáis vuestra alimentación reduciéndola a lo más estrictamente nece-

sario. EL ALIMENTO MORAL BIEN PUEDE COMPENSAR LAS PRIVACIONES FÍSICAS.

Pletórico de valor y bizarría seguid teniendo gran fe en la santa causa de la Patria, Dios siempre está al lado de las causas justas. Está con nosotros y. . . adelante, ¡VIVA BOLIVIA! – El General Comandante del ICE. (Fdo.) General Quintanilla.

NOTAS

Publicadas entre el 9 y 29 de septiembre de 2016 por el portal web del Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social (www.mintrabajo.gob.bo) con base a información contenida en: “Masamaclay” de Roberto Querejazu Calvo, “Boquerón”, Diario de Campaña, del Mayor Alberto Taborga y “La Guerra del Chaco”, de Aquiles Vergara Vicuña. Además, de revisión hemorográfica de El Diario y La Razón de la época, entre el 9 y 29 de septiembre de 1932

LA RESISTENCIA BOLIVIANA EN EL FORTÍN BOQUERÓN

9 de septiembre

El 9 de septiembre de 1932 comenzó la heroica Batalla de Boquerón en la Guerra del Chaco

La Batalla de Boquerón se inició el 9 de septiembre de 1932 y concluyó el 29 de septiembre de 1932. Fue una defensa heroica de un fortín realizada por soldados bolivianos. Era el inicio formal de la Guerra del Chaco. El Ministerio de Trabajo recordará día a día esa gesta con la publicación de los diarios de esa época, los comunicados militares, una descripción de lo que sucedía día a día en ese fortín y un diario de batalla.

La Guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia, se libró en los hechos desde el 15 de junio de 1932, cuando los bolivianos tomaron el fortín Antonio López en la laguna Pitiantuta o laguna Chuquisaca hasta el 12 de junio de 1935, por el control del Chaco Boreal.

Fue la guerra más importante en Sudamérica durante el siglo XX. En los 3 años de duración, Bolivia movilizó 250.000 soldados y Paraguay 320.000. Los bolivianos tuvieron 38.000 bajas y los paraguayos 42.000.

El cese de las hostilidades se acordó el 12 de junio de 1935. Paraguay renunció a 110.000 km² ocupados por su ejército al cese de las hostilidades.

El Tratado de Paz, Amistad y Límites se firmó el 21 de julio de 1938 y el 27 de abril de 2009 se estableció el acuerdo de límites definitivo. La zona en litigio quedó dividida en una cuarta parte bajo soberanía boliviana y tres cuartas partes bajo soberanía paraguaya.

Paraguay recuperó laguna Pitiantuta. El Presidente boliviano Daniel Salamanca como si se tratara de una afrenta al honor nacional pidió al general Osorio el enjuiciamiento de los responsables. Poco después, ordenó al general Quintanilla que se apoderara de los fortines paraguayos Corrales, Toledo (del 27 al 28 de julio) y Boquerón (el 31 de julio de 1932).

Ejecute bien la orden, si hay en ello algún mérito, sería suyo; si surgen responsabilidades, serán mías. (Salamanca)

El 8 de septiembre, aviones bolivianos detectaron la aproximación de las fuerzas paraguayas en el camino hacia Boquerón, bombardearon y ametrallaron la columna, ocasionando bajas entre hombres y caballos.

El teniente coronel Manuel Marzana asumió el mando de las fuerzas que ocuparon Boquerón, el 31 de julio de 1932. Este competente oficial fue el responsable de sostener el cerco de Boquerón. Resistió los embates del Ejército paraguayo desde el 9 hasta el 29 de septiembre de 1932.

Las fuerzas de Marzana resisten el embate paraguayo, pero circula la noticia de una derrota

“Las cuatro de la madrugada. Ante la presión de las avanzadas enemigas se han replegado nuestros puestos adelantados. Estamos listos. Va despejando la niebla. Los dientes castañean, es imposible dominar el temblor de las piernas...” (Alberto Taborga, Boquerón) Al amanecer del día 9 de septiembre, se inició por parte de los paraguayos el ataque al fortín Boquerón, con asaltos desde el interior del bosque y desde el campo, los que pugnaban por arrollar rápidamente la defensa. Pero hasta finalizar el día no lo lograron.

Las fuerzas de Marzana, por el nerviosismo de los primeros momentos, abrieron sus bocas de fuego dejando salir un derroche de proyectiles. La mortífera barrera de plomo paralizó a los atacantes. Un avión paraguayo fue sorprendido sobre el fortín por dos aviones bolivianos y se retiró a su base con varios impactos y llevando herido a su piloto el teniente Rocholl.

El resto del día, los regimientos paraguayos que atacaban el fortín fueron urgidos a ocho intentos de asalto. Llegaron a avanzar hasta 100 metros de las trincheras bolivianas en el sector izquierdo y hasta 40 metros en el de la derecha. Empero, el certero fuego de fusiles y ametralladoras de los defensores, diezmó las filas paraguayas haciendo imposible su propósito final. Las tropas bolivianas actuaban ya serenas y confiadamente al comprobar la terrible eficacia de sus disparos.

Al anochecer, los regimientos paraguayos renuncia-

ron a su empeño. Cundió la desorganización en sus filas. Un oficial paraguayo ha descrito: “Los oficiales y soldados empezaron arremolinar en el gran cañadón” en busca de agua para aplacar la sed que corroía sus gargantas. Muchos de los más impacientes ganaron el interior de los montes para caer sorpresivamente sobre los camiones aguateros... y despojarlos de su carga... Otros tomaron el camino de Villa Militar...

En el Paraguay se trató de disimular el contraste, adormeciendo al pueblo por un lado, girando letras contra el porvenir, pues se hizo circular la especie de que Boquerón había sido retomado; y como se tenía la evidencia, dados los efectivos que se habían acumulado en su contra, que este acontecimiento debía ocurrir de un momento a otro, sobre tan feble base se lanzó una “batalla de prensa y propaganda” destinada a mantener en vibración el espíritu público y a minar subrepticamente el ardor y el vigor que debían primar en esos instantes en la nación altiplánica.

10 de septiembre

Los paraguayos deciden sitiar el fortín Boquerón e intentar vencer a los bolivianos por el hambre

El comando paraguayo se vio obligado a reconocer que su confianza en una rápida reconquista de Boquerón había sufrido un golpe de gracia. Se hacía indispensable cambiar de táctica. La guarnición del fortín

tenía que ser mucho más numerosa de lo que se había calculado al principio. El único medio de rendirla era por el hambre, encerrándola en un círculo de hierro. La orden de operaciones de Estigarribia del 10 de septiembre dispuso: “La división comenzará en el día, después de reorganizadas las unidades, un sitio reglamentario... La artillería y los morteros efectuarán tiros de destrucción y las ametralladoras pesadas efectuarán tiros de hostigamiento y neutralización”.

“Toda la noche ha hostigado la artillería enemiga. Apenas clarea, se reinicia la batalla. Es alarmante nuestro gasto de munición. La única pieza de artillería 7,5 con que contábamos ha sido batida. Seis de sus sirvientes han volado junto a ella. Su comandante, el teniente José Calero, se ha salvado milagrosamente”, relata la primera parte de la jornada del 10 el diario del My. Alberto Taborga.

Al extinguirse la tarde del día 10, el combate encontró su compás de espera, produciéndose la retirada de unos escasos sobrevivientes del batallón empeñado, hacia Yujra, donde pudo constatarse la desaparición del mayor Lairana, y que habían caído para siempre en el campo los tenientes Rosendo Villa y Alfredo Tellaheche y el subteniente Hernán Salazar. Un gran porcentaje había sido hecho prisionero, y las bajas eran graves.

En la operación de rodeo del fortín, las tropas paraguayas, afectadas moralmente por la sangría del primer

día, actuaron desmoralizadas. La maniobra se completó penosamente en tres jornadas.

11 de septiembre

General Quintanilla pide resistir 10 días; dos vehículos con heridos de Boquerón, acribillados

Hora 6. Vuela un avión nuestro sobre el Fortín. Deja caer un mensaje lastrado. Es una proclama del general Quintanilla. “Esta noche enviaré municiones y víveres”... ¿Lo hará mediante los arcángeles del cielo? – “Sosténgase 10 días más”... ¿Tendrá planeado algún golpe estratégico para aprovechar esos diez días? – “El enemigo se encuentra en mal pie”... ¿Y mi general Quintanilla en qué pie se encuentra? (Taborga)

Transcribimos más abajo algunos de los partes que se relacionan en estas dos etapas y sólo debemos, ante ellos, hacer la observación que la exagerada intencionada y reclamista de las noticias de fuente paraguaya, está contrarrestada por un desatentado coeficiente de optimismo de parte de los comandos bolivianos, sobre todo si se tiene en cuenta el cometido de persecución señalado al Destacamento Pereira; lo cual no puede ser plausible ni beneficioso en grado alguno, y aún puede ser asazmente negativo para una madura y correcta gimnasia de la apreciación y de la concepción en la conducción bélica, factores estos que no deben separarse de la más escueta realidad y verosimilitud, por peno-

so que sea tener que reconocer un error o un desastre.

Los comunicados pertinentes son estos:

“Recibido de La Paz. —Radio. —CICE. —Muñoz. —
Hs.12.25.

Transcríble siguiente captado: “Asunción media noche anunciase victoria Paraguay, campos Boquerón aniquilando Regto. Boliviano 14 Inf., con muchas bajas entre cuales un Tcnl. varios oficiales, y prisionero mayor Lairana. — Informe. — (Fdo.) Gral. Osorio.

“Transmitido de Muñoz. — Radio. — Esmayoral. —
La Paz.

Comunicado paraguayo dando cuenta su victoria en Boquerón, es falso, de toda falsedad. Nuestras tropas combaten ventajosamente con heroísmo les es tradicional. Regto. 14 aniquiló totalmente cadetes paraguayos en brillante contrachoque. Mayor Lairana desaparecido. — (Fdo.) Gral. Quintanilla.

“Trasmitido de Muñoz. —11 — IX — 32. — Cif. No.
420. — Esmayoral. —La Paz. — Urgentísimo.

Ataque enemigo sobre Boquerón, reinicióse por tercera vez con intensísimo fuego artillería empieza causarnos grandes efectos. Casi totalidad fuerzas divisiones combaten ese sector. Fáltanos munición. — (Fdo.) Gral Quintanilla.

El parte de la defensa del fortín está contenido en la comunicación siguiente:

“Telefonema de Cuartadiv. — Arce. — 11 — IX —32. —Hs..... —CICE. — Muñoz.

Transcribale siguiente parte recibido a Hs. 1.40. —“Boquerón, 10 —IX —32. —Hs. 18.45. —Cmdte. Cuartadiv. — Arce. — Continúa bombardeo intensísimo al fortín. El enemigo no se ha retirado, antes bien, han visto nuestros aviones que marcha la retirada hacia Isla Poi ha sido con objeto de reaprovisionarse con inmensas cantidades de munición y mucha artillería. El fuego enemigo hace ya estragos en nuestras posiciones con numerosas bajas. En el sector comprendido ambas picadas a Isla Poi y más a la izquierda de la nueva, existe mucho movimiento de tropas paraguayas. Continúa intensidad tráfico de camiones. Esta tropa que hállese rendida necesita relevarla por partes en la línea de resistencia. Sigo manteniéndome firme. — (Fdo.) Tcnl. Marzana.” — (Fdo.) Peña. — Recibido a Hs. 1.40 de Estafeta Víctor Zeballos”.

Tres puntos de importancia resaltan de inmediato en este parte. En el primero del Tcnl. Marzana y en general el personal de mando en el fortín, fueron engañados por el ardid paraguayo de simular una retirada, con el objetivo visible de atraer al grueso adversario a efectuar una confiada persecución hacia Isla Poi, según era el pensamiento operativo del Gobierno y Comando Su-

perior del Ejército boliviano, y de lo cual, seguramente, el Comando paraguayo estaba percatado.

El 11 de septiembre, la vanguardia del (regimiento) Corrales encontró dos camiones acribillados a tiros en los que yacían varios muertos y tres moribundos, entre éstos el chofer de uno de los vehículos. Eran dos carros que habían salido de Boquerón el día anterior transportando heridos.

12 de septiembre

Muere el Capitán Ustarez, temido por los paraguayos, y cae prisionero el Mayor Lairana

“... Un prisionero herido nos informa que a la entrada del Campo Boquerón, por Yujra, ha sido masacrado el Batallón del “14 de Infantería”, que venía en refuerzo nuestro. Su Comandante, Mayor Lairana, ha caído prisionero” (My. Taborga). El 12 de septiembre de 1932 tuvo dos malas noticias para Bolivia, aunque una de ellas tuvo efectos positivos. Cayó el Mayor Lairana y fue acribillado el Capitán Víctor Ustarez, temido por los mismos paraguayos y conocido como “charata” Ustarez por su larga experiencia en el monte.

“Este desgraciado suceso nos fue favorable a los sitiados (la detención del Mayor Lairana). Interrogado Lairana sobre el número de tropas existentes en Boquerón, respondió: 4.000 hombres. Estigarribia engañado por el dato, decidió emplear todo su poder ofensivo sobre

Boquerón. 4.000 hombres cercados en cualquier momento podrían contraatacarle y desbaratar su retaguardia... De esta manera quedó estacionado su avance en profundidad y no se animó en progresar sobre el fortín Arce, con lo que habría arrollado a las insignificantes fracciones escalonadas en ese sector, a paso de vencedores, hasta las petroleras de Sanandita y Camiri. Comprendida por nosotros la situación, nos decidimos a “aferrar” al grueso paraguayo. Los estrategas de nuestro Alto Comando no se dieron por entendidos ni de nuestra intención ni de nuestro sacrificio, que a la larga debían devenir estériles. La verdad fue que en Boquerón, sólo habían 619 defensores” (sic.).

La muerte de Ustarez relatado por el cronista paraguayo Juvenal Villanueva.

“Encontrando cerrados todos los caminos que le eran tan familiares, Ustarez no trepidó en atropellar con sus soldados un puesto defendido por un oficial y un reducido número de tropas. Personalmente manejaba un fusil automático y murió combatiendo cara a cara...en su ley; herido de muerte en el pecho y en el vientre, cayó de boca sobre su ametralladora, besándola como se besa una cruz”. El comandante de la división paraguaya que dirigía el cerco declaró: “La muerte del capitán Ustarez fue la primera gran pérdida boliviana, porque ese oficial conocía palmo a palmo el Chaco. Viviente hubiera constituido para las fuerzas paraguayas un factor de permanente inquietud, pues había demostrado en tiempo de paz gran audacia,

voluntad acerada y la sutil astucia de su raza. Su muerte es una acabada prueba de su osadía y coraje”.

13 de septiembre

Llegan más tropas paraguayas para cercar fortín Boquerón, Bolivia mantiene el optimismo

El teniente coronel Estigarribia pidió más tropas a su gobierno para poder decidir la batalla. Mientras éstas llegaban, la presión sobre el fortín se mantuvo constante. Poco a poco fueron arribando las tropas de los regimientos 2 de Mayo, Mongolés, el escuadrón Ortigosa, otra batería de cañones 105, dos baterías de 75 mm. Y contingentes para llenar los claros sufridos por las diferentes unidades.

Amanece. Un novedoso espectáculo se ofrece a la vista. ¡Pilas vestidos de azul! Parecen mecánicos con overol de trabajo. Llevan un brazal blanco en la manga derecha. Entre ellos, jovenzuelos con uniforme claro les dirigen: son los cadetes de la Escuela Militar de Asunción. Comandan los pelotones de asalto del regimiento Boquerón. Un prisionero nos informa que esta unidad, compuesta por empleados fiscales, de banco, universitarios y artesanos, ha salido de la capital asuncena jurando recuperar Boquerón.

Extraño resulta, en estas deplorables circunstancias, que nadie podía conocer mejor que el propio Jefe de Estado Mayor General, el optimismo todavía inapaci-

guado que rebosa en algunos de sus comunicados. Así, por ejemplo, el despacho que se inserta al final de este párrafo confirma que el Mando Supremo en La Paz vivía ausente de la fatídica realidad, cuyo desenlace era ya visible para todos los que se hubiesen dado la tarea de analizar los “factores—principios” concurrentes y los elementos materiales interesados en la brega.

El referido mensaje, fechado en 13 de septiembre, dice así:

“Recibido de La Paz.— Cif.Nº 240. —CICE.-Muñoz. —Hs23.45.

Queremos sigan aviones Junkers, llevando munición. Avión trimotor colaborará próximamente servicio. Según comunicado Asunción, existe desconfianza éxito afirmado, habiendo reconocido superioridad tropas bolivianas. Por haberse transformado batalla Boquerón fatiga operación decisiva para Paraguay y, es necesario que por todos los medios se sostenga a todo trance en ese punto. Se han impartido todas las órdenes para el ataque que queremos sobre Bogado. Haga saber unidades. — (Fdo.) J.E.M.G”.

Pero la falta de agua, con su despiadado efecto fisiológico, sería el efecto más penoso en contra de la guarnición sitiada, ya que es sabido que el organismo humano puede adaptarse y soportarlo todo, las más duras privaciones y flagelaciones materiales, incluso el hambre y el dolor en su punto más agudo, pero no así la sed.

14 de septiembre

El coronel Marzana comunica a la tropa la orden de “resistir hasta que muera el último hombre”

El Coronel Marzana no disimula su pesadumbre al no poder solucionar siquiera en parte las fallas que la imprevisión del Alto Comando ocasiona, respecto al mantenimiento de nuestra tropa, que no goza del más elemental servicio de aprovisionamiento ni de sanidad. Tengo la impresión de que se considera, ante los ojos de los soldados, como el inmediato responsable del drama que vivimos.

El Coronel Marzana está presente en los lugares de mayor peligro alentando a la tropa. Y cada uno de sus oficiales sabe lo que tiene que hacer para sincronizar las acciones en la defensa.

En esa situación el 14 de septiembre se emite la siguiente orden: “Memorándum del CICE.- No. 142 – Muñoz.- Señor Mayor Comandante de la Escuadrilla de Aviación.-“: “Sírvasse disponer que esta tarde despeguen de ésta, cuatro máquinas para volver sobre el sector Boquerón, con misión de observación, caza y bombardeo, sobre las posiciones enemigas ubicadas a dos kms. al S.O. de Boquerón, cooperando a nuestras tropas de contraataque, que tienen orden de romper la resistencia del adversario en el camino Yujra Boquerón.- (Fdo.) Gral. Quintanlla”.

Durante el 14 de septiembre y días posteriores los paraguayos siguieron atacando los atrincheramientos del fortín con artillería, produciendo el malestar moral consiguiente, sin que se registraran bajas apreciables.

El mismo día, otra comunicación destaca: “Enemigo recibió nuevos refuerzos, con los que paralizó nuestro contraataque. Enviamos nuevos refuerzos formado últimas fracciones del Rgto. 6 de Cab., con lo que efectivos empeñados batalla Boquerón son 2.700 hombres. Aprovechando refuerzos preparamos el sexto contraataque. En sector Tinfunqué-Arce, sólo quedan alrededor de 600 hombres. Sector Agua Rica, sigue tranquilo.- (Fdo.) Gral. Quintanilla”.

Ante la posibilidad de un rompimiento del cerco desde afuera, por falta de efectivos y armas auxiliares, el Coronel Marzana comunica a la tropa “la orden terminante que me transmitieron por teléfono proveniente del Palacio de Gobierno, es que no debemos abandonar el fortín por ningún motivo”.

El Presidente de la República me hizo llegar por intermedio del Comando Divisionario, esta consigna que para nosotros significa la sentencia de muerte: “BOQUERÓN DEBE RESISTIR HASTA QUE MUERA EL ÚLTIMO HOMBRE”.

15 de septiembre de 1932

Los bolivianos reciben, vía aérea, munición inutili-

zada; los paraguayos, refuerzos armados

El 15 de septiembre se renueva la orden de reaprovisionamiento aéreo, lo que induce a desprender la conclusión que el Comando tiene absoluta fe en la tentativa de abrir paso hacia Boquerón – no obstante que reconoce la superioridad numérica grande del adversario y de que se halla fuertemente posicionado-, propósito que denomina de “sexto contraataque”.

La orden fue dada así: “Memorándum del CICE.-Muñoz.- Señor Mayor, Jefe de la Escuadrilla de Aviación.

Mañana hasta horas 8, despegarán de ésta tres máquinas con la misión de abastecer a nuestras tropas de Boquerón, de municiones y víveres, (pan y charque) que recogerán de Arce, debiendo efectuar tres vuelos sucesivos.- (Fdo.) Gral. Quintanilla”.

El cumplimiento de esta orden fue algo afortunado, pues dos aviones lograron arrojar a Hs. 10.30 del día 16, paquetes conteniendo pan, charque y munición (1000 cartuchos), cantidad que para 600 hombres sería de un efecto análogo al que produce una gota de agua al caer en las fauces reseca de un sediento.

Un avión nuestro da vueltas sobre el fortín a escasa altura. Las antiaéreas paraguayas y su fusilería de primera línea abren contra él sus fuegos, semejando un clamor humano que protestaría contra su intención de favorecernos.

Por fin, después de varios intentos, lanza un gran bulto, sobre el centro mismo del Fortín, en campo despejado y duro. Varios hombres se precipitan a descubrir el bulto ¿Qué encuentran? Munición retorcida, inutilizada por el fuerte golpe que sufrió. Ni un solo cartucho conserva su forma, además en medio de la munición, lo que fue una lata de alcohol.

En el otro lado, hasta el 15 de septiembre, llegó el regimiento Boquerón integrado por cadetes de la Escuela Militar y elementos reclutados en Asunción entre los empleados de banco y el comercio.

Con la llegada de esta unidad “se consideraba segura la conquista de Boquerón”. Un oficial paraguayo comentó: “En esos días recibimos la agradable noticia de la venida al frente de operaciones de una gallarda y poderosa unidad, que posiblemente haría reventar las paredes del reducto”.

16 de septiembre

Coronel Marzana advierte a sus soldados que no existe esperanza de aprovisionamiento; ellos responden con patriotismo ¡Viva Bolivia!

El 16 de septiembre de 1932 el Comandante del Fortín Boquerón Coronel Marzana prepara a la tropa para las acciones de defensa advirtiéndoles cuidar la insignificante dotación de municiones, y usar el arma blanca como único y último recurso.

El 16 de septiembre el fortín recibió el mensaje que dice así: “Agradezco ilimitada confianza. Me sostendré hasta lo imposible con la firme intención de vencer. Militarmente considerada, situación no es de extrema gravedad; último caso, cada paso demos retaguardia, contribuirá aniquilamiento enemigo. Pedimos solamente apresurar marcha reservas y prestar más atención a servicios retaguardia.- (Fdo) Gral. Quintanilla”.

Consciente de la situación real, el Comandante del Fortín, ha hecho llegar a todos los sectores la presente Orden: 16-IX-32

Hs.16.45. Para su lectura a la tropa en todos los Puestos de Combate.

“Jefes, oficiales y soldados de Boquerón: El dedo de la fortuna nos ha señalado el insigne honor de representar en esta Batalla al pueblo de Bolivia, a sus instituciones y a la salvaguardia de su honra nacional. No debemos discriminar sobre las desventajosas condiciones en que luchamos. Nuestro deber es llegar al convencimiento de que el enemigo, podrá pasar después sobre nuestros cadáveres, con respeto que infunde la memoria de los soldados que supieron caer como leales defensores de su bandera.

“...debo anotarles la gravedad que entrañaría el gasto insulso de munición. Cada tirador debe vigilar su propio empleo de fuego, ya que no tenemos esperanza de

ser reaprovisionados. El arma blanca será nuestro único y último recurso cuando se agote la dotación insignificante que aún nos queda; hay que aniquilar hombre por hombre al atacante. Las ametralladoras y la fusilería deben apuntar exactamente al cuerpo del adversario”.

Y el mensaje finaliza “debemos vencer al sueño, a la fatiga y a todas las privaciones que las circunstancias obligan. Un día podremos lucir con orgullo el galardón que nosotros mismos nos hemos impuesto en este memorable campo de Honor”.

Leída la anterior orden a mis soldados, éstos se ponen de pie, y tocados en lo más íntimo de su ser, por el efluvi-
o de su probado patriotismo, y pese al agotamiento físico, llenan el aire con un fuerte: ¡VIVA BOLIVIA!

17 de septiembre

Los bolivianos ya no disparan para ahorrar las municiones; los oficiales se “van acabando”

Este día es el más trágico. Los augurios son nada alentadores. El Capitán Ustárez ha sido abatido al practicar un reconocimiento sobre la picada a Yujra. Se van acabando los oficiales. Cayeron Juan de Dios Guzmán y Alfredo Vargas Yacen heridos: Banegas, Caro, Dávila, Peñaloza, López Sánchez, Miranda, Daza y Aguirre.

Al amanecer del 17 y durante dos horas, la artillería y los stockes bombardearon el fortín, tratando de des-

trozar los nidos de ametralladoras. A las 8 empezó la actuación de la infantería. Todas las unidades al aproximarse a las trincheras bolivianas se extrañaron de no recibir fuego. Las fuerzas de Marzana, “midiendo el peligro”, obedecían la orden de su comandante de ahorrar la poca munición que les quedaba y disparar sólo a blancos visibles y próximos. Los aviones bolivianos habían arrojado bultos con munición el día anterior, pero casi todos los proyectiles se inutilizaron con el golpe. Apenas, 916 resultaron útiles. En la tarde, la mayoría de las fuerzas paraguayas estaba en posición de apronte para el esfuerzo final. El parte del destacamento Palacios informó: “Batallón ocupa un frente de 450 metros... Las tropas se hallan a 40 metros de la línea enemiga fortificada... Deseo saber hora del asalto”. El parte del regimiento Curapaity explicó: “Batallón Paredes continúa avanzando, esperamos que caiga la Punta Brava hasta antes de la noche”.

Voy perdiendo la fe. Si Ustárez ha muerto, ¿por qué habré yo de librarme? Un hombre tan dueño de sí, parece imposible no hubiera podido hurtarse a la fatalidad. Mando a mi estafeta a preguntar por el estado de Manchego. Vuelve y no necesito interrogarle... Manchego, el bravo Manchego, ¡también ha muerto!

Leños en forma de cruz, marcan las tumbas de dos hombres que un día se conocieron en un incidente casual y, otro, se volvieron a encontrar en las encrucijadas de la vida, para bajar juntos a la misma hora, defendiendo

dos banderas distintas, pero a cual más heroicas. Ellos son: el Capitán Tomás F. Manchego y el Teniente Fernando Velásquez, de los Ejércitos boliviano y paraguayo, respectivamente.

18 de septiembre

Los paraguayos no logran alcanzar ninguno de sus objetivos; cunde la desmoralización

El 18 de septiembre, los paraguayos intentaron asaltos por diferentes puntos del reducto sin lograr alcanzar ninguno de sus objetivos. En la tarde cundió la desmoralización. Un setenta por ciento de las tropas abandonó sus posiciones y se dirigió a los caminos de retaguardia en busca de los carros aguateros.

En mi sector, soy subalterno del Capitán Antonio Salmas Crespo. Es un oficial con excepcionales atributos profesionales y de cabal concepto sobre las cuestiones atinentes a la cultura superior en función del acontecer nacional. Certero en sus apreciaciones enfocamientos porveniristas. Profundamente leal consigo mismo, como con los demás. No es un mandón cuartelero ufano de superioridad jerárquica fundada únicamente en el grado que ostenta. Es todo bondad, pero impone el don de mando a través de una serena dignidad. No le inmutan los contrastes en la acción, porque deduce con lógica irrefutable las causas motoras. Es un valiente a cuya sombra siempre uno quisiera protegerse. Ensayo

una irreverente oposición frente a sus desconcertantes razonamientos, pero debo subordinar de inmediato mi juvenil inexperiencia ante sus pronósticos que saben a sentenciosas profecías. Cambiando ideas, musitamos a la luz de la luna y bajo el isócrono tac ...pum tac... pum, de los centinelas adelantados, estos descarnados pero fundamentales enjuiciamientos:

“Salamanca es el arquetipo del paranoico superior. Impotente para sancionar a su pueblo que comienza a dudar de su capacidad de conductor, lo lleva a la guerra para que el adversario y los elementos naturales de este infierno le castiguen; y no hay ser más peligroso para la vida y el porvenir de los pueblos, que el paranoico, hecho gobernante. Envanecido por la pirotecnia de su verba fácil sin contenido interpretativo de la realidad nacional y sí sólo con el barniz curialesco de letrado sabelotodo en el medio que actúa, no admite intervenciones o consejos, aunque vinieran de especialistas en las ramas que él desconoce.

“Ególatra, no soporta la contravención a sus personalísimas decisiones, tomadas sin inquirir la realidad nacional. Como Arguedas, el feroz racista, observa olímpico desdén por cualquier ejemplar de su raza, a la que juzga tan inferior, que escribe la Historia Patria a su modo, con tinta enlodada, a base de diatriba y acumulación de taras, presentando las desgracias de Bolivia como causas de nuestro atraso, sin comprender que ellas no son sino efecto de la injusticia en la organiza-

ción económico social del país. Y van más allá, cuando, como en esta oportunidad, uno de ellos, Salamanca, se atreve a disponer de nuestras vidas, para alimentar el fuego sagrado de su vanidad e interés político, en el crisol de esta guerra despatarrada, muestra de sus pasiones obcecadas.

“Para estos turbulentos “Redentores”, sólo una sangría podrá cambiar la idiosincrasia y hasta el suero mismo de nuestra raza, según ellos “enferma” y degenerada ... Europeizados, estos mestizos de sangre anémica, ven todo bajo la lente de su híbrida psiquis. La única misión que se han impuesto en la vida es la de ser implacables censores y críticos; pero, cuando el destino les pone en los puestos de responsabilidad, después de una testaruda inhibición, fracasan estruendosamente.

“Esta guerra cuya duración no puede preverse por el devenir de las operaciones militares, por el azar y, principalmente, por los factores geográficos, nos llevará a la ruina, porque enajenará nuestra incipiente economía. Un país depauperado, como el nuestro, jamás debe confiar su destino a las martingalas de la casualidad. Pero estas no son razones que le impidan frenar el ímpetu senil de sus agrias ambiciones...

19 de septiembre

Los bolivianos no tienen medicamentos para los heridos: los paraguayos asedian

El 19 de septiembre hubo una cruenta y categórica muestra de que los paraguayos, que conocían perfectamente la situación en que se debatía el fortín Boquerón, cuidaban más la salida que la entrada a él; se entiende, de fracciones cuya potencia no fuese amenaza para su iniciativa ni para su plan.

La situación llegó a tal punto que el subteniente Luis Grossberger tras su salida de Boquerón en un parte escribió lo siguiente; “salí de Boquerón por el camino que conduce a Puesto Castillo en compañía del sub-oficial Estenssoro, al mando de una sección compuesta por 42 hombres. A pocos kilómetros recibimos una descarga de ametralladora enemiga, nos tendimos para observar y luego contestar el fuego. Pero éste era tan intenso que en pocos minutos fue diezmada mi sección”.

De igual manera, desde otro punto, por orden del Coronel Cuenca, Comandante de Batallón, Alberto Taborga junto a 10 soldados se moviliza avanzando al punto de tomar contacto con el enemigo, por estrategia deciden retroceder. “El enemigo burlado, nos persigue. Intenta obstaculizar nuestro repliegue con fuego de morteros. Caen Chipanari y Alanoca”.

El 19 de septiembre, el coronel Peña vuelve a insistir por medio de un nuevo informe, y hace una formal advertencia a su superior inmediato, acerca de la extrema realidad de la situación.

En parte de dicho informe, que lleva el número 3192, dice así:

“Por el desarrollo de las operaciones a partir de esta noche se presenta una nueva fase que es la guerra de DESGASTE, por fracciones paraguayas móviles que oponen fuerte resistencia en cada posición, con la única mira de evitarnos comunicación y aprovisionamiento con Boquerón. Debemos confesar que para esta clase de guerra no estamos preparados”.

Constata también que la situación de tropas paraguayas es diferente a la que registran las tropas bolivianas, “la captura de los últimos prisioneros nos demuestra que no están muriendo de hambre y sed los paraguayos”.

El cirujano doctor Alberto Torrico Ovando, me comprueba varias lesiones. Un mortero me había revolcado por el suelo como a un muñeco. Me dan sitio junto a un turril de permanganato. Varios heridos tienen sumergidos por riguroso turno, brazos y piernas en el común desinfectante. Vendas no las hay; se utilizan tiras de camisa. Alcohol... ni para mojar la garganta, ni para cauterizar las heridas del alma... Mis soldados continúan, indomables, al mando de mi reemplazante, el subteniente Humberto López Sánchez, ayudante de órdenes del Comandante del Fortín.

20 de septiembre

Un diario argentino dice que unos pocos soldados bolivianos están escribiendo la más bella página de

heroísmo americano

La situación que vive el fortín Boquerón dirigido por Marzana y su resistencia se conoce en el exterior, un diario Argentino describe: “En Boquerón están escribiendo unos pocos soldados bolivianos la más bella página del heroísmo americano. Contados centenares de hombres luchan desde hace quince días no sólo contra enemigos infinitamente más numerosos, sino contra el hambre y la sed que les han impuesto los sitiadores. Antes que rendirse quieren morir”.

En el fortín Boquerón, el 20 de septiembre de 1932 fue el día más crítico y heroico tras 15 días de combate, sin alimento ni municiones y con decenas de heridos que lo único que tenían para recuperarse era la fuerza y el apoyo moral de los médicos.

En un galpón yacían más de setenta heridos para quienes “las drogas, gasa, algodón y desinfectantes se habían agotado. El agua y los víveres eran cada vez más escasos”.

La vida dentro del fortín entró en un período crítico. En un galpón, tendidos en el suelo, se agrupaban ya más de setenta heridos. Su número aumentaba día a día. Entre ellos el soldado Miguel Rodríguez, que tenía una herida en el cuello y las piernas paralizadas, clamaba a gritos: “¡Los pilas se van a entrar, llévenme a mi posición, aún puedo mover los brazos!” Los doctores Eduardo

Brito y Alberto Torrico apenas si podían hacer otra cosa que confortar moralmente a esas víctimas.

“La aviación boliviana trataba de aprovisionar a los sitiados pero con resultados insignificantes...Una gran parte de los paquetes caía fuera del reducto...Uno a uno fueron sacrificados los mulos de la compañía de ametralladoras para alimentar a oficiales y tropa” (OM). Cinco mulos que corrieron hacia el fortín desde el campo paraguayo, sufrieron igual suerte.

En las noches, soldados bolivianos se arrastraban hacia donde habían visto caer a sus enemigos en el combate del día y se apropiaban de su munición, su caramañola de agua y sus víveres. Estos, muchas veces, estaban empapados en sangre, pero ello no era impedimento para que se los consumieran ávidamente.

Pese al estado en el que se encontraban las tropas en el fortín Boquerón, les instruyen continuar la resistencia “el abandono de este fortín, tanto en el aspecto militar como particularmente dentro del orden moral, representaría para nosotros un completo desastre”.

El 20 de septiembre, en el Estado Mayor y el Comando del Primer Cuerpo del Ejército se barajan argumentos, “pero no se acuerdan de la batalla de Boquerón en su única, fundamental e improrrogable exigencia: evacuación del fortín y pasar de inmediato a una defensiva definitiva y organizada...”

21 de septiembre

En Boquerón, ordenan refrigerar los cañones con las últimas gotas de agua y aguantar la sed

El 21 de septiembre de 1932, las tropas bolivianas que permanecen en el fortín Boquerón se enfrentan a un duro problema: refrigerar los cañones de repuesto con la poca agua y orines, o calmar la sed de soldados; optan por refrigerar cañones y soldados deben aguantar la sed.

El relato sobre este pasaje de la historia indica: “surge un nuevo problema para los Comandantes de Pieza. Por el calor sofocante y el empleo continuo, las ametralladoras se ponen incandescentes y se niegan a funcionar. Falta agua para refrigerar los cañones de repuesto”.

“La poca cantidad de agua de que disponen no la pueden beber, pues les está estrictamente prohibido. Deben ceder para el enfriamiento de las automáticas, las gotas con que podrían humedecer sus gargantas torturadas por la fiebre. En algunos sectores se obliga a los soldados a juntar orines para dicho enfriamiento”.

Pese a esta situación difícil “Boquerón cumple la misión táctica y estratégica que sus defensores se han impuesto; contener el ímpetu de agresión masiva del enemigo, anulando su iniciativa de ataque, inmovilizándolo”. “Aquí está el soldado boliviano, como jaguar en la selva, dispuesto a no ceder un palmo de nuestro

patrimonio al invasor”, deciden las tropas.

De los 15.000 hombres que Paraguay puso en tres meses frente a las trincheras bolivianas, cayeron 7.000 soldados que no podrán levantarse más, sólo quedan otros 7.000.

Ese mismo 21 de septiembre salió la fracción del Tcnl. Montalvo y éste informa a los superiores que en el Fortín Boquerón hay pocos víveres, al punto que se vieron obligados a matar un mulo para comer. La situación sin embargo no conmueve y no ordenan la salida.

El 21 de septiembre obra en poder del Cmdo. del I.C.E. la siguiente pieza documental, en la que los jefes más caracterizados de las tropas actuantes en Boquerón y aledaños, certifican las condiciones deplorables y desesperadas a que se hallaba abocada la febricitante y paupérrima guarnición.

Encima de todo no llegó el refuerzo anunciado, según admite el propio coronel Peña, mediante comunicación que dice así “a) que Boquerón no podía sostenerse más de dos días; y b) que “dependía del espíritu ofensivo con que el Paraguay emprendiese sus operaciones después de la toma de ese fortín, la eficacia de las nuestras con un esfuerzo anunciado de 1.500 hombres, que nunca llegó”.

22 de septiembre

Fortín Boquerón está sin municiones y con comida para 2 días; ¡los corazones se estrujan!

Con municiones agotadas, con alimentos para dos días, sin agua para calmar la sed de los soldados y sin posibilidades de recibir aprovisionamientos, el 22 de septiembre de 1932 los bolivianos encaramados en el Fortín Boquerón se encontraban desmoralizados y temiendo un ataque de los paraguayos.

Así se evidencia en un parte militar transmitido desde La Paz y que destaca: “El siguiente día 22.-agrega a continuación el ex-Comandante divisionario-ampliaba en informe No. 3199 lo anterior y añadiendo que la defección de algunos jefes, y la falla del medio comando y del subalterno, por su desconocimiento del terreno había influido sobre la oficialidad inferior y la tropa, cuyo espíritu tocaba un momento crítico, agravado por la creciente inferior de condiciones respecto del enemigo, lanzado ahora en masa con todo su arsenal”.

Otro parte militar emitido el mismo 22 de septiembre por el Gral. Quintanilla señala: “Comando Cuartadiv. Contestó siguiente a su Cif.640:-1.- Boquerón sometido intenso bombardeo diario parece haber lesionado moral tropa, con racionamiento para dos días más, munición agotada e imposibilidad de efectuar inmediato aprovisionamiento necesario, puede sostenerse dos días

más -2.-Dependerá de espíritu ofensivo con que emprenda Paraguay operaciones después toma Boquerón, ya que superioridad numérica y potencia de fuego, es manifiesta actualmente con relación Cuartadiv.- (Fdo.) Peña y Lillo.-Apreciación Comando Cuerpo Ejército irá hasta horas 4.-(Fdo.) Gral. Quintanilla”.

Los oficiales y soldados deciden esperar en medio del fuerte olor que despiden los cadáveres de sus compañeros y en tanto rasgan cuerdas y cantan canciones para aliviar la tristeza del abandono y la espera del ataque de los paraguayos. El relato de un oficial dice: “calla la canción, en nuestra línea empieza ahora un aire melífluo, doliente...Parpadean nuestros ojos. Los corazones se estrujan. Vibra el charango, monocorde. Clama al cielo una voz altiplánica”.

Un testimonio señala: “en los dedos hay un residuo alquitranado, porque hace 20 días que no me lavo”.

23 de septiembre

Paraguayos intentan asaltar Fortín Boquerón: 100 de ellos son aniquilados por los bolivianos

En medio del acecho de los paraguayos, el 23 de septiembre de 1932, un combatiente instalado en un sector del Fortín Boquerón actúa junto a sus hombres y se llevan por delante a 100 soldados paraguayos; luego recogen los víveres y municiones para su dotación.

“Asaltan frenéticos. Llegan a los cincuenta metros. La metralla los ciega inmisericorde. Son aniquilados cien hombres del Regimiento “Acá Carayá”. Sus muertos nos proveen nuevos elementos: munición, dos livianas, agua de sus caramañolas y tabaco”.

Los soldados bolivianos van por los víveres y municiones de los muertos, en medio de esta tarea, uno de ellos procede a ultimar a los soldados paraguayos con machete; pero el oficial que los dirige lo detiene y logra que un oficial enemigo se salve, quien promete no decir nada a los suyos sobre lo que vio. Lo rescatan sus camaradas.

Ese mismo día, los encargados de logística preparan un eventual aprovisionamiento de víveres y municiones para Boquerón; sin embargo ante el avance de las tropas enemigas, temen no lograr el objetivo y ordenan al destacamento dirigido por Marzana dejar Boquerón.

El parte militar de la época dice: “Telefonema de CICE.- Muñoz, 23- IX-32.Cuartadiv.-Arce.-Hs. 16.40.

Contraataque prepárese mañana debe tener como principal objetivo aprovisionamiento mayor cantidad posible de víveres y munición a Boquerón. Caso no lograrse objetivo se persigue, ordenará usted abandono Boquerón, podrá realizarse mañana en la noche o al amanecer del día 25 de acuerdo plan propuesto. Fue imposible realizar aprovisionamiento por aviones, que viéronse

obligados regresar debido mal tiempo. Noticias transmitidas por Esmayoral y Quintadiv. Confirmadas por prisioneros tomados Agua Rica, dan cuenta avance fuertes fuerzas enemigas a lo largo del río Pilcomayo, utilizando posible territorio argentino.- Para defensa sector sud hállase actualmente abandonado, sírvase abandonar a Platanillos que Cmdte. Reg. 15 a cargo primer Bat. que está en marcha se traslade inmediatamente y directamente a Muñoz, donde deberá ponerse a órdenes de este Comando.- (Fdo.) Gral. Quintanilla”.

Sobre los refuerzos para el Fortín Boquerón el parte militar destaca que: “un batallón que venía de refuerzo para el frente que empujaba hacia Boquerón, fijándole destino a otro sector, también en peligro, pero con lo cual se descartaba la única posibilidad existente de que el nuevo intento de rompimiento pudiera ser distinto a los anteriores”.

24 de septiembre

Tropas paraguayas rodean Boquerón; Marzana tiene orden de evacuar el fortín pero resiste

El 24 de septiembre de 1932, los soldados bolivianos del Fortín Boquerón rodeados por las fuerzas paraguayas resisten y dan batalla en algunos sectores, los partes militares les confirman que están a merced de los enemigos.

El ataque de los paraguayos genera un momento crítico

a los bolivianos, un contingente dirigido por un oficial causa problemas. “Cincuenta hombres del Regimiento “Boquerón” al mando del Cadete Sisa han irrumpido en nuestras zanjas. Conteniendo el asalto ha muerto heroicamente el Subteniente Luis Reynolds Eguía. De una estocada le han atravesado la garganta”.

Ceder ese puesto al enemigo fue considerado como peligroso y “El Coronel Marzana ordena al capitán Luis Rivera retomar la posición perdida. El “chaleco” Rivera cumple la orden. Con diez camilleros se lanza al asalto; sucumbe, abatido por una ráfaga”.

Finalmente, el subteniente Enrique Barriga consigue desalojar al invasor. Muere Sisa, pero también cae Barriga. Tiene el pecho perforado y en la espalda un enorme boquete. Se recuperó y volvió a la Patria y finalmente muere en un hospital de La Paz, luego de ser dado de baja del Ejército “por falta de espíritu militar”.

En medio de esta situación llegó el parte militar en los siguientes términos: “Orden de Cuartadiv. Para el Destacamento Marzana.- No. 1.-210. 32.- Arce, 24-IX-32.- (día sábado).- Hs.7.05.- Orden de evacuación para el Destacamento Marzana.- 1-Boquerón se halla rodeado por fuerzas paraguayas las que ocupan los islotes de monte de sus alrededores, los islotes que se hallan a uno y otro lado de la picada Yujra-Boquerón en los linderos del monte E. y O. de la misma picada hasta unos 8 kms. de Yujra. Al parecer los campos no están ocupados.”

Los superiores les recomiendan evacuar Boquerón con la mayor reserva y durante la noche, les sugieren también que de no ser posible esa alternativa, preparar la salida a viva fuerza. "En la madrugada de mañana domingo un ataque demostrativo de conjunto en todo el frente, con objeto de distraer las fuerzas paraguayas, acto seguido su Destacamento, cubriendo su retaguardia, romperá el cerco con su ataque".

25 de septiembre

Quintanilla ordena el "último esfuerzo" antes de retirarse por honor del país y prestigio del Ejército

El 25 de septiembre de 1932, las fuerzas bolivianas que defienden Boquerón no logran avanzar a otras posiciones, se mantienen cercados, los soldados que rompen el círculo pelean uno a cuatro, porque los paraguayos los superan en número. Pero los superiores les imponen "realizar el último esfuerzo, antes de ordenar el abandono de Boquerón".

Los mismos jefes militares en sus correspondientes partes del día reconocen la delicada situación de Boquerón: "Septiembre 25, horas 13.40.- Tengo la impresión de que la isla está ocupada por fracciones paraguayas atrincheradas en varias líneas. Durante nuestro avance por el campo, ocupan las posiciones que tienen en la orilla del monte combatiendo con sus fuegos hasta aproximarse a la distancia de 50 y 100 metros de asalto,

y cuando creen en la inminencia de éste se retiran a sus posiciones”, para luego atacar.

Otro parte del Cnl. Peñaranda indica que las iniciativas de ataque y de toma de otras posiciones no progresan y al caer la tarde reconoce que: “el ataque contra la isla y linde del monte no pudo progresar, a pesar del coraje y empuje de los jefes, oficiales y tropa, los que tuvieron que chocar, en relación de uno contra cuatro y superioridad abrumadora de armas auxiliares y contra posiciones bien trabajadas.- El Destacamento ocupa sus primitivas posiciones”.

El Coronel Peña en su parte preliminar sobre las acciones del día 25, es el que va seguidamente: “Telefonema de Cuartadiv.- Yujra (Puerto Comando).-25-IX-32.-CI-CE.-Muñoz-Hs.11.45.

PARTE.- Sector Toledo y Rojas Silva, sin novedad.- Sector Boquerón: continuamos combatiendo sin que haya sufrido modificación en nuestras posiciones por fuerte resistencia enemiga. Dos Am. Pes., tres Am. Liv. descompuestas. En todo el frente contamos con treinta y nueve Am. Liv., catorce Am. Pes., nueve cañones sin munición, uno con munición en número de cincuenta.- De Tte. Eduardo no se tiene ningún parte. Aviones enemigos después nuestros pasaron por Arce, a su regreso volaron sobre Boquerón, cerca de Yujra.- (Fdo.) Cnl. Peña”.

Al final de la jornada el Gral. Quintanilla a cargo del

acompañamiento táctico y estratégico así como logístico de las tropas bolivianas comunica la nueva decisión adoptada tras el fracaso del contraataque:”Telefonema de CICE.- Muñoz.- 25-IX-32.-Cuartadiv.-Arce... La situación internacional actual, el honor del país y el prestigio del Ejército, aunados a la difícil situación por la que atraviesan nuestras fuerzas de Boquerón, nos impone emplear todas nuestras energías, sin escatimar ningún esfuerzo para intentar definir la situación más pronto posible - En esa virtud, esperamos realizar el último esfuerzo, antes de ordenar el abandono de Boquerón. El día de mañana a más de servir para el descanso de nuestras tropas, debe ser aprovechado para efectuar el último contraataque- (Fdo.) Gral. Quintanilla”.

26 de septiembre

Paraguay ataca y bombardea con más de 10 mil hombres; pero Marzana sigue respondiendo

Tal como lo había anticipado Estigarribia, el 26 de septiembre el Fortín Boquerón sufrió un ataque masivo por parte de los paraguayos, pero con pocos combatientes Marzana continuó respondiendo. “El teniente coronel Estigarribia señaló el 26 de septiembre como fecha para un nuevo y definitivo asalto. Sus fuerzas habían aumentado más. Según el teniente coronel paraguayo Fernández, eran 9.000. El teniente coronel Caballero Irala, de la misma nacionalidad, afirma que eran 11.000. El teniente coronel Antonio Gonzales, también

paraguayo, asegura que eran 11.500”.

Horas antes, “el regimiento Mongelós atacó a las fuerzas que se atrincheraban delante de Yujra y mediante un intento de rodeo al ala izquierda, dispersó a las fuerzas del teniente coronel Wálter Méndez”, Con esta acción se frenó la posibilidad de que las fuerzas defensoras de Boquerón vuelvan a recibir la ayuda.

Al nacer el día 26, según relato paraguayo, “la artillería inicio un imponente bombardeo... Los proyectiles explotaban por aire produciendo fuertes sacudimientos de la tierra circundante, dando la sensación de que el recinto del fortín era convertido en escombros... Los combatientes de primera línea no esperaron la hora fijada y diez minutos después lanzaron los cohetes-luz”.

“Pero el enemigo, que se había mantenido silencioso durante el bombardeo de la artillería, abrió un nutrido fuego contra las primeras líneas que se aproximaban resueltamente a sus posiciones... La pugna más fuerte entre asaltantes y defensores duró una hora”, describe el texto.

Marzana sin contar con fuerzas de reservas, sacó algunos hombres del sector donde la presión era menos peligrosa y ordenó el contraataque. Oficiales bolivianos cayeron en esta tarea, mientras sus soldados recuperaron posiciones. “Una Compañía del regimiento 2 de Mayo “se redujo a cuarenta combatientes después

de intentar abordar las trincheras”.

Por otro lado, el 26 de septiembre, el general Lanza, Comandante de la Tercera División, informaba sobre el proyecto de plan que se le había sugerido de hacer marcha hacia el sud a las escasas fuerzas de su mando.

27 de septiembre

Enferma y agotada la tropa boliviana sigue combatiendo; Paraguay continúa con el asedio

El 27 de septiembre de 1932, Paraguay decide desatar la batalla definitiva para aniquilar la resistencia del Fortín Boquerón, del lado boliviano los soldados sufren la falta de agua y con las bocas secas aguardan en sus puestos. El Consejo de Generales decide “retener Boquerón durante 10 días”.

“El teniente coronel Estigarribia ordenó que luego de reorganizarse las unidades el día 27, se reanudasen los asaltos. Las bajas paraguayas desde el comienzo de la batalla de Boquerón pasaban ya de 3.000 entre muertos y heridos”, dice un texto de la época.

Paraguayos hacían cálculos estratégicos “sí el fortín no caía en los próximos dos días el ejército paraguayo tendría que aceptar su derrota. No cabría sino ordenar el repliegue. Sería el derrumbe de “todo el sistema defensivo en formación”. Y la razón principal estaba en el problema de agua.

El mismo día los bolivianos en Muñoz, “el Consejo de Generales celebrado el 27, previo reconocimiento de las actuales posiciones y posibilidad de mantenerlas, acórdose por unanimidad: 1) Retener Boquerón durante 10 días, aprovisionándolo mediante lanzamientos de aviación; 2) Concentrar durante este tiempo en Arce tropas frescas que viajan entre Villamontes y Muñoz; 3) Vencido el plazo, atacar violentamente al enemigo para salvar la guarnición de Boquerón”.

Antes de esta decisión otra comunicación que llegó desde La Paz y que lleva la firma del Tcnl. Rivera y que llegó a Muñoz iba dirigido a Fortín Boquerón: “Gobierno y país entero aprecian y reconocen grandes esfuerzos y elevada moral anima ese Comando y tropas, depositando confianza en éxito nuestro. Militarmente juzgo conveniente considerar situación, antes emprender nuevos ataques en vista refuerzos se hallan en ruta ésa cuyo detalle debe comunicar Jefe Etapas. Esta semana salen 3.000 hombres y otro tanto próxima”.

La misma comunicación anticipa que de acuerdo al consejo del Presidente de la República existía la posibilidad de emplear aviones trimotor convenientemente escoltado y con empleo de paracaídas para continuar “aprovisionamiento Boquerón, que podría libertarse con próximos refuerzos”.

Pero en Boquerón el asedio se intensifica. “Vuelan aviones enemigos a escasa altura. Son “Potéz”, pesa-

dos y lentos. Arrojan algunas bombas de fabricación casera. La tropa está exhausta. Se ha declarado una epidemia de disentería. Nadie logra hurtarse a la tentación de comer “sipoy” (raíz jugosa, pero intoxicante que momentáneamente aplaca la sed). Otros mastican cuero tostado de mulo. Enferma y agotada la tropa sigue combatiendo. Vigila al enemigo de día y de noche.

28 de septiembre

Proclama pide “10 días más de inquebrantable resistencia”; pero la munición se ha agotado

El 28 de septiembre de 1932, los generales Montes y Osorio volaron sobre Boquerón y lanzaron una proclama a los sitiados: “... Diez días más de inquebrantable resistencia y la victoria será nuestra. Habéis escrito la página de oro de la historia patria”.

Durante todo ese día la presión paraguaya fue intensa. El teniente coronel Estigarribia cuenta en sus Memorias que los regimientos Itororó y Boquerón otra vez “rompieron la línea boliviana con cargas a la bayoneta y al final de la jornada llegaron al pie de la última línea de trincheras”. Las otras unidades, en sus respectivos frentes, también lograron acercarse hasta pocos metros de los defensores. El fuego de los bolivianos había sido siempre mortífero, pero menos intenso. El anillo de hierro estaba próximo a estrangular los últimos estertores de la defensa.

El teniente coronel Marzana reunió a sus oficiales para hacerles conocer el mensaje lanzado por el general Osorio. Los oficiales rodearon a su jefe en el estrecho agujero techado de troncos que le servía de refugio. Sus rostros mostraban la huella dejada por 19 días y 19 noches de constante tensión nerviosa y la escasez de alimentación y agua. Algunos estaban al límite de sus fuerzas. Horas antes, el subteniente Inofuentes se había desvanecido al recorrer las trincheras de Punta Brava repartiendo los cigarrillos lanzados junto con la proclama. Faltaban varios. La ausencia más sentida era la del capitán Tomás Manchego, uno de los puntales de la resistencia.

El mensaje de los generales fue leído a todos. Era la tercera vez que se pedía “unos días más”, pero las circunstancias habían empeorado hasta el extremo porque la mayoría de los paquetes caía, fuera del reducto y la munición, que era lo que más necesitaban, se inutilizaba con el golpe. Se podría tratar de sobrevivir unos días más, ¿pero que se podía hacer sin munición? El problema era de los heridos porque sus camaradas agonizaban sin un solo medicamento que aliviase sus dolores y su fiebre, entre moscas y la putrefacción de sus propias heridas. Lo que pedía el comando supremo era irrealizable. El comando no sabía que la munición estaba agotada y que las tropas paraguayas se hallaban a pocos metros de las trincheras. No habría con que detenerlas al día siguiente, cuando reanudasen sus ataques. La caída del fortín era inminente. Empero, no cabía

una rendición. Los 20 días de lucha, la expectativa de todo el país, el sacrificio de Ustarez, Manchego, Rive-ro, Cuéllar, Guzmán, Reynolds, Callisaya, Rodríguez y tantos otros, no podía tener por epílogo una rendición. Existía una sola alternativa. Pedir al jefe enemigo una capitulación con honor o perder Boquerón en la punta de las bayonetas.

Se acordó que al amanecer del día siguiente saldrían dos oficiales como parlamentarios para solicitar una entrevista del teniente coronel Marzana con el comandante enemigo. El teniente coronel Marzana trataría de negociar la entrega del fortín a cambio de que se le permitiese retirarse con sus hombres hacia Yujra, incluyendo los heridos. En caso de no aceptar el jefe enemigo una capitulación honrosa, a la vuelta del teniente coronel Marzana se adoptarían las medidas para decidir la suerte de la guarnición detrás de las bayonetas, por mucho que el resultado podía adelantarse dada la enorme superioridad numérica del adversario.

29 de septiembre

Marzana en Fortín Boquerón: “Dios sabe que hemos cumplido nuestro deber. Os agradezco en nombre de la Patria vuestros sacrificios”

El 29 de septiembre fue el día decisivo para los soldados del Fortín Boquerón quienes bajo la dirección del teniente coronel Marzana, toman posiciones dispuestos

a luchar cuerpo a cuerpo, y conscientes de la supremacía del enemigo, encomiendan sus vidas a Dios.

“Amaneció el 29 de septiembre en medio de la angustiosa expectativa de los combatientes. La artillería no se atrevió a actuar por la proximidad entre atacantes y atacados. El teniente coronel Estigarribia ordena que sus divisiones se jueguen ese día el todo por el todo. Boquerón tendría que caer a cualquier costo”.

En el Fortín Boquerón el Coronel Marzana informa a los oficiales que el enemigo toma posiciones peligrosas, y que cayeron prisioneros. “El enemigo acaba de ocupar una posición en el sector norte de nuestro dispositivo de defensa. Han capturado prisioneros. Nuestra línea está rota. El Alto Comando sólo nos ha hecho llegar proclamas pero ninguna orden que altere el curso de la batalla”.

Marzana teme lo peor y ordena que en caso de no poder rechazar el asalto de la madrugada, “el Sub-Oficial Carlos de Ávila, enterrará secretamente la bandera del Fortín en un sitio bien ubicado”. También ordena destruir las armas automáticas que no tengan municiones.

Los oficiales informan a su vez las condiciones en las que se encuentran sus tropas, uno de ellos da cuenta que sólo unos cuantos soldados tienen de 10 a 12 cartuchos. Del otro lado el enemigo se encuentra a 50 metros con tropas relevadas hace poco. “Nuestros soldados no resistirán el cuerpo a cuerpo, porque están aniquilados

y postrados físicamente. Quiere decir que ha llegado el momento decisivo”.

Marzana lanza su última arenga a sus tropas: “Dios sabe que hemos cumplido nuestro deber y que lo seguiremos haciendo. Os agradezco en nombre de la Patria vuestros sacrificios. Volved a vuestros puestos... ¡SUBORDINACIÓN Y CONSTANCIA!”... Respondemos:- ¡VIVA BOLIVIA!.”

Una misión boliviana lleva un mensaje al Comandante paraguayo: “Señor : el oficial portador de la presente nota, capitán Antonio Salinas, lleva la misión de entrevistarse con Ud. en representación mía.- Dios guarde a UD.- Teniente coronel Marzana”.

Mientras esto ocurría, “se inicia un nutrido tiroteo en todo el contorno de nuestras posiciones. En algunos lugares el enemigo se encontraba a diez metros de distancia, irrumpe en las zanjas y en vez de ultimar a nuestros soldados a bayonetazos, les abrazan”, relata un texto de los sucesos. Ocurrió que al no recibir respuesta al fuego, creyeron que los bolivianos se habían rendido.

Los paraguayos toman como prisioneros a los oficiales bolivianos y como parte de su supremacía pide desenterrar a los muertos del bando boliviano. “El Comando Paraguayo colérico, no admite que Marzana hubiera combatido sólo con doscientos cuarenta hombres en los últimos días...”.

Prohibida su venta

“Si hacemos una profunda evaluación, con seguridad no ha sido una guerra de los pueblos de Paraguay y Bolivia, la historia demuestra que el 31 de julio de 1932 entre el Ejército de Paraguay con Bolivia comenzaron esa guerra, pero a la cabeza y provocadas por las petroleras”.

**Evo Morales Ayma
Villa Montes, 15 de junio de 2015**



**Ministerio de Trabajo,
Empleo y Previsión Social**

Prohibida su venta